BIANCA™

HARLEQUIN™



LOUISE FULLER

UN COMPROMISO MUY REAL

Portadilla

BIANCA™

LOUISE FULLER

UN COMPROMISO MUY REAL

HARLEQUIN™

Créditos

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.
Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Avenida de Burgos, 8B - Planta 18
28036 Madrid
www.harlequiniberica.com

© 2024 Louise Fuller
© 2025 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Un compromiso muy real, n.º 3185 - septiembre 2025
Título original: Reclaimed with a Ring
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.
Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.
Sin limitar los derechos exclusivos del autor y del editor, queda expresamente prohibido cualquier uso no autorizado de esta edición para entrenar a tecnologías de inteligencia artificial (IA) generativa.
® Harlequin, Bianca y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.
Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.
Imagen de cubierta utilizada con permiso de Harlequin Enterprises Limited.
Todos los derechos están reservados.

I.S.B.N.: 9791370170318

Conversión a ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Portadilla
Créditos
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Si te ha gustado este libro…

Capítulo 1

A pesar del calor y de la humedad, había un grupo de tal vez cincuenta o sesenta fotógrafos esperando, pero no lo esperaban a él.

Trip Winslow torció la cabeza hacia la ventana tintada de la limusina.

Nadie sabía que estaba allí. Por increíble que pareciese, y a pesar de la plétora de plataformas de comunicación disponibles en el mundo moderno, había conseguido estar de incógnito. Y todo gracias a la llamada a Lazlo, que había organizado el baño caliente, el afeitado, el avión privado, el vehículo con chófer y el equipo de seguridad con rapidez, sin hacer ruido y con la misma calma inquebrantable con la que lo hacía todo. Eso era lo que lo convertía en una persona de un valor incalculable para las diez personas más ricas del planeta que pertenecían al selecto club de élite.

Pero la desaparición de Trip seguía siendo la noticia del momento, tal vez de la década. Al fin y al cabo, ¿cuántas veces se esfumaba como por arte de magia uno de los hombres más ricos del mundo?

Así pues, había anticipado que los *paparazzi* y los equipos de prensa estarían en Nueva York. Sus ojos azules se posaron en el grupo de personas, casi todas hombres, que merodeaban por las escaleras del icónico edificio de cristal y acero, el edificio Winslow.

Y, no obstante, tuvo la sensación de que aquello era una emboscada.

Sintió una punzada de pánico y, por un instante, volvió a estar en la selva, con el corazón acelerado, mientras varios hombres se acercaban al árbol detrás del que él se escondía, con el ceño fruncido y las pistolas apretadas al pecho como en los videojuegos a los que había jugado de manera incesante de adolescente.

Salvo que aquellos tiradores eran reales. Y sus balas, también.

–¿Quiere que vayamos por la puerta trasera, señor Winslow? También puedo llamar a seguridad y que manden otro equipo para bloquear la carretera.

Él tardó en responder al conductor, sobre todo porque, diez meses después del fallecimiento de su padre, todavía le costaba recordar que se referían a él cuando hablaban del señor Winslow. Para él, el señor Winslow siempre sería su padre, Henry Winslow II. A Charlie, su hermano mayor, no le habría ocurrido lo mismo.

Se puso tenso al pensar en su hermano, al que le había costado conocer, y ya no lo haría porque Charlie estaba muerto, había fallecido tres años antes en un accidente de avión, junto con su madre.

Por lo que solo quedaba Trip, el hermano pequeño, que había llegado al puesto por defecto.

No era que no hubiese demostrado ser un digno director general, pero Charlie había sido el que había estado destinado a tomar las riendas del negocio. En parte, porque era doce años mayor que Trip, pero también porque su padre lo había educado para que fuese su heredero y porque Charlie siempre le había dado la razón.

Todo lo contrario que Trip, que siempre había estado enfrentado a Henry Winslow II, desde que tenía memoria.

Levantó la vista, vio al conductor, que esperaba una respuesta, y se encontró con sus propios ojos en el retrovisor. Eran del mismo azul que los de su padre. Lo único que habían tenido en común.

Como Charlie, su padre había sido un hombre académicamente centrado, consistente, disciplinado, mientras que él había oscilado entre el aburrimiento y la genialidad.

Había ido a Harvard, como Charlie y su padre, pero lo había dejado para montar su propio negocio, un negocio que había fracasado el primer año. Había aprendido de sus errores y su

segunda aventura había sido considerada como un unicornio entre los medios, alcanzando un valor de mil millones de dólares el primer año.

Y probablemente habría montado un segundo negocio si su padre no lo hubiese llamado para que se ocupase de la división de Extremo Oriente, con base en Hong Kong.

Su padre nunca había jugado, siempre había sido contrario al riesgo, así que Trip había sabido que lo estaba poniendo a prueba y eso le había dado un objetivo. Se había centrado sin esfuerzo en las áreas más débiles del negocio y cada uno de esos sectores había mejorado mucho bajo su liderazgo.

Su padre había tenido que admitir, a regañadientes, que lo había hecho bien y, poco después de la muerte de Charlie, le había permitido ir a Londres a dirigir la división europea. Allí, sus golpes de genio creativo habían atraído la atención de la prensa económica y habían dado a Winslow Inc. el año más rentable de su historia, pero para su padre nunca había sido suficiente.

Porque Henry Winslow II no había aceptado ningún error, fallo o paso en falso. Su padre había sido un oficial de marina condecorado, que se había hecho cargo de la modesta empresa de construcción de su padre y la había convertido en el conglomerado multinacional que era. Un hombre de familia reservado y comprometido, cuyo único acto de impulsividad lo había llevado a un matrimonio de cuarenta y dos años que solo había terminado con la trágica muerte de su esposa.

Trip apretó los dientes. Salvo que su padre nunca había sido un hombre realmente comprometido.

Se irguió al recordar el momento en el que había encontrado las cartas entre los objetos personales de su padre. Cartas de una mujer llamada Kerry, llenas de frases ardientes.

En *shock*, se había desviado hacia Ecuador, hasta las agitadas aguas blancas del río Upano, y de ahí a la selva tropical y al encarcelamiento a manos de un cártel de la droga que pasaba por allí.

Miró por la ventanilla y se fijó en una pareja que se movía entre los coches parados. El hombre alto y canoso cogía de la mano a la

mujer que estaba a su lado. ¿Su mujer? Antes de Ecuador lo habría supuesto sin pensarlo. En esos momentos, sin embargo, solo veía otras posibilidades.

Se aferró al reposabrazos tapizado. A puertas cerradas siempre había habido tensión entre sus padres, así que la infidelidad de su padre no debía de haberlo sorprendido tanto, pero Henry Winslow II había tenido una vida casi perfecta, había sido una persona famosa por su intolerancia ante los errores ajenos, en particular, de su hijo menor. Y, no obstante, él había estado todo el tiempo rompiendo las normas, mintiendo, engañando…

No era de sorprender que el mundo de Trip se hubiese quedado patas arriba cuando se había enterado de la verdad.

–¿Señor Winslow?

La voz del conductor interrumpió sus pensamientos y él volvió a mirar hacia donde estaban los fotógrafos, que parecían hambrientos, decididos.

–Vamos por la puerta delantera –le indicó–. El equipo de seguridad se ocupará de ellos.

Era lo contrario de lo que habría hecho su padre. O, tal vez, no. Tras haber leído las cartas de la amante de su padre, ya no estaba seguro de conocer a Henry Winslow II.

Cuando el conductor le abrió la puerta, el calor lo golpeó como un muro, pero apenas tuvo tiempo de notarlo antes de que los fotógrafos se giraran y lo vieran.

Se quedaron todos boquiabiertos y se hizo un breve silencio, como si toda la ciudad estuviese sorprendida por su repentina aparición.

Entonces, alguien reaccionó gritando.

–¡Es él! ¡Es Trip!

Y todos se movieron hacia el coche.

–¿Señor Winston, es cierto que le dispararon?

–¿Perdiste la memoria, Trip?

–¿Estaba escondido o perdido?

–Aquí, aquí, señor Winslow…

Estaba acostumbrado a la atención de la prensa, había crecido jugando al escondite con los *paparazzi*, pero notó cómo su corazón se aceleraba.

No obstante, el equipo de seguridad era bueno y los mantuvo a raya para permitir que él subiese las escaleras de entrada a sus oficinas.

Formaba parte del espíritu conquistador de su padre que la naturaleza no se entrometiera en el día a día de su negocio. No importaba que Nueva York estuviera derritiéndose o sepultada bajo un metro de nieve, el edificio era siempre igual de discreto, la temperatura era constante. Sin embargo, aquel día el vestíbulo de mármol reluciente y paneles de madera parecía diferente. Más fresco, familiar y, sin embargo, alterado de una forma que no podía precisar.

Él también se sentía diferente. Lo que sin duda era la razón por la que todo el mundo lo miraba como si acabase de ver un fantasma. En cierto modo, así era.

–Señor Winslow –le dijo la recepcionista, ¿Carole?, poniéndose en pie, con los ojos muy abiertos.Su compañera se limitó a mirarlo con sorpresa–. Ha vuelto. Está aquí…

–Sí, soy yo –le dijo él, dedicándole una sonrisa antes de mirar hacia arriba–. ¿Están aquí?

Se refería a los directores ejecutivos y era una pregunta retórica. Les pagaban para que estuviesen allí, para que dirigiesen el buque en su ausencia, ¿dónde iban a estar si no?

–Sí, el señor Mason está celebrando una reunión extraordinaria con la junta esta mañana.

–Bien. Voy a asegurarme de que sea realmente extraordinaria.

Se dio cuenta de que la recepcionista tomaba el teléfono mientras él se dirigía hacia los ascensores. Pensó que estaba bien, así les daría tiempo a desplegar la alfombra roja. Salve al héroe conquistador, pensó mientras subía al ascensor.

Mientras ascendía, se estremeció. ¿Era él o hacía más frío según iba subiendo de piso? Esa pregunta quedó sin respuesta cuando las puertas se abrieron y vio caminando hacia él, con los brazos abiertos, a Mason Cooper, director financiero de Winslow y padrino de Trip.

–Trip…

Él protestó mientras el otro hombre le daba un fuerte abrazo. Mason era un hombre que creía en el amor duro y, a lo largo de los años, se había llevado a Trip en contra de su voluntad para darle consejos. Trip sintió la repentina necesidad de apoyarse en él.

–No lo entiendo –comentó Mason, dándole una palmada en los hombros, como para probar que era real–. ¿Cómo has llegado hasta aquí? ¿Cómo estás? ¿Qué ha ocurrido? ¿Dónde estabas?

–Ya te lo contaré en otro momento –le respondió él, dándole también un golpe en la espalda para que dejase de hacerle preguntas–. Es una larga e intrincada historia y, ahora mismo, lo que quiero es volver a la normalidad.

Aunque el problema era que ya no sabía qué era eso, se dijo, mirando el retrato de su padre al pasar por delante de la sala de juntas.

–Por supuesto –le respondió Mason–. Vamos a tu despacho.

–No te preocupes, conozco el camino –le dijo él, molesto, al ver que su director financiero lo guiaba–. No he estado fuera tanto tiempo.

Mason arqueó una ceja.

–Yo diría que cinco semanas solo en la selva ecuatoriana es bastante tiempo.

A Trip le habían parecido cinco años. En algunas zonas, el dosel formado por los árboles había sido tan denso que había sido difícil diferenciar la noche del día, y había tenido que dejar de moverse para no tropezar. Y siempre había tenido de fondo el ruido del agua, de las gotas cayendo contra la vegetación.

Pero eso había sido solo una parte. Otra parte del tiempo, probablemente nunca sabría con certeza cuánto, había estado en la más absoluta oscuridad, con los ojos tapados y las muñecas atadas.

Nunca se había sentido tan solo, tan indefenso, ni siquiera de niño, cuando había empezado a darse cuenta de que veía el mundo de una manera diferente al resto de su familia.

Pero no era un hombre dado a mostrarse débil o vulnerable, mucho menos allí. Allí era el jefe. No solo era un Winslow, sino que era el que llevaba las riendas y había vuelto, así que iba a

asegurarse de que cuando alguien pensase en su apellido pensase en él, y no en su padre o en su abuelo.

Se dejó caer en el sillón que había detrás de su escritorio, llamaron a la puerta y aparecieron Conrad Stiles, el director de operaciones, y Ron Maidman, el jefe de *marketing*, con gesto de sorpresa e incredulidad. No tenía con ellos tanta relación como con Mason, pero ambos le dieron la mano y una palmada en el hombro.

–No me puedo creer que estés aquí –le dijo Maidman, sacudiendo la cabeza–. He pensado que estaba alucinando. ¿Qué te pasó? ¿Estás bien? ¿Te han hecho daño?

–Ya te lo contaré en otro momento, Ron. Como le he dicho a Mason, solo quiero volver a tomar el control, así que sentaos y contadme qué ha pasado por aquí.

¿Fue imaginación suya o ambos se pusieron tensos?

Mason asintió.

–Por supuesto, por supuesto. Como es evidente, en tu ausencia hemos tomado algunas decisiones.

Trip miró a los tres hombres que tenía delante.

–Estoy seguro de que os habéis ocupado de todo –comentó en voz baja, sin poder disimular una cierta amargura.

Su padre lo había nombrado su sucesor, pero le había dejado claro que esperaba que aprovechara la experiencia y los conocimientos de su equipo de dirección.

Él había agradecido sus consejos y apoyo justo después del fallecimiento de su padre, pero las cosas habían cambiado.

–He vuelto y, en vista de los recientes acontecimientos, quiero hacer algunos cambios. He tenido mucho tiempo para pensar en la selva y tengo algunas ideas que quiero poner en marcha.

Mason asintió.

–Y estaremos encantados de discutirlas contigo, pero ahora mismo deberías estar en casa, descansando. Has tenido una experiencia traumática…

–El médico me ha dicho que estoy bien, y lo estoy –insistió él, impaciente–. No quiero descansar. Lo que necesito es volver al trabajo.

Conrad se aclaró la garganta.

–Y vas a hacerlo, pero antes tenemos que ponerte al día, aclarar algunos temas, teniendo en cuenta lo ocurrido –añadió, mirando a Trip a los ojos.

–¿Qué quieres decir?

Trip se recostó en el sillón e intentó relajarse. El guion que se había preparado en la cabeza mientras iba en el coche estaba empezando a torcerse.

–Trip, has estado fuera varias semanas. No sabíamos dónde estabas, si estabas vivo…

–Cualquiera diría que lo tenía preparado –comentó él, frunciendo el ceño–. Os prometo que no fue así. No esperaba cruzarme con un carte ni que me hiciesen prisionero.

–¿Es eso lo que ocurrió? –le preguntó Mason, sorprendido–. Cielo santo, Trip, no sé qué decir…

Trip miró hacia el horizonte. Aquello era solo el principio, pero no quería pensar en lo que seguía. No allí, ni en aquel momento, ni delante de aquellos hombres. Se le cortaba la respiración, sabía cómo iba a reaccionar.

–¿Te hicieron daño?

–Estoy bien.

Estiró las piernas y apoyó la espalda en la tapicería de cuero. No era del todo mentira. Lo había examinado un médico en Ecuador cuando había salido de la selva y, salvo por algunos cortes feos y algo de deshidratación, estaba físicamente bien.

No obstante, dormía mal, se despertaba en la oscuridad, sudando, pero con frío y con un miedo que solo podía evitar al abrir los ojos y salir de la cama para sentir la moqueta bajo los pies. Porque era la única manera de convencerse de que había estado soñando.

–Me alegra oírlo –le dijo Ron con poca convicción–. Nos alegra a todos, por supuesto… Hicimos todo lo posible por encontrarte, pero el problema era que no sabíamos dónde estabas.

Trip frunció el ceño.

–No necesito que me deis permiso para tomarme unas vacaciones, Ron, soy el director general.

Su director de *marketing* se ruborizó y hubo un breve silencio, durante el cual los tres hombres mayores se miraron.

–Permiso no, pero habría sido útil saber dónde estabas –dijo Mason por fin.

Conrad frunció el ceño.

–Pensábamos que estabas muerto.

Trip los miró fijamente y después esbozó una sonrisa.

–Siento decepcionaros.

Mason sacudió la cabeza.

–Eso no es justo, Trip…

–No, lo que no es justo es que me estéis reprochando algo que estaba fuera de mi control, pero eso forma parte del pasado, ahora estoy aquí, así que no ha pasado nada.

Había terminado de dar explicaciones.

–¡Pero si has sido el prisionero de un cartel! –exclamó Mason con incredulidad.

–Y he podido escapar. Sin un arañazo.

Eso era casi verdad, pero en esos momentos cualquier detalle que diese solo conseguiría minar su argumento.

–Nos alegra oírlo –comentó Ron con el ceño fruncido–. Por desgracia, el negocio no ha tenido tanta suerte. El precio de las acciones se desplomó…

–Eso he oído –dijo Trip, interrumpiendo al otro hombre–, pero han vuelto a subir. De hecho, han subido más.

Mason estaba sacudiendo la cabeza.

–Tu padre no hacía así los negocios, no hacemos así los negocios.

–La empresa es mía –le respondió él en tono frío–. Soy el director general.

–Pero solo si eres la persona más adecuada para el trabajo –le contestó Mason, mirándolo a los ojos–. El puesto de director general no se asigna simplemente en función del apellido.

–¿No?

Hubo un largo silencio. Finalmente, Mason se aclaró la garganta.

–Mira, Trip. Tu padre quería que tú te quedases con el negocio, pero también nos dio la opción de intervenir si lo estimábamos necesario.

Sí, porque siempre había pensado que su hijo pequeño era solo el de repuesto. Era demasiado impulsivo, demasiado testarudo para

estar de acuerdo con su padre, pero, tras la muerte de Charlie, Henry no había tenido más alternativa que dejarle a él la empresa.

De repente, deseó que los tres hombres saliesen de su despacho.

–No podéis despedirme.

Mason esbozó una sonrisa.

–No te estamos despidiendo, pero tenemos que responder ante los accionistas, lo mismo que tú.

Trip se puso en pie.

–Exacto y, por si se os ha olvidado, también soy el accionista mayoritario.

–Cierto –admitió el otro hombre–, pero como te expliqué cuando tomaste las riendas, algunas de esas acciones están en un fondo del que nosotros somos los administradores. Y podemos utilizar esas acciones para destituir a un director general de manera temporal o permanente si sus actos perjudican los intereses de los accionistas. Y lo que ocurrió en Ecuador… lo que podría haber ocurrido… ha creado algunos problemas. A los accionistas les gusta la estabilidad.

Trip lo miró fijamente.

–Yo hago las cosas a mi manera. Si no les gusta…

–No les gusta, Trip. Ese es el tema. Quieren ver que eres serio y me temo que, en los últimos tiempos, tu comportamiento no lo ha sido.

–¿Mi comportamiento?

Se sintió furioso. ¿Y el comportamiento de su padre? ¿Alguien lo había censurado por haber tenido una amante durante mucho tiempo? Miró a los tres hombres y sintió que se quedaba sin aire. ¿Habría confiado su padre en ellos? ¿Sabrían quién era Kerry? No fue capaz de preguntárselo. Eso le habría dado a la relación una validez que no merecía.

–Necesitan… Necesitamos un director general estable, maduro y centrado.

–Y yo soy todo eso… ¿Qué?

Los tres hombres estaban sacudiendo la cabeza. Trip apretó los dientes.

Mason suspiró.

–Tienes madera de líder empresarial, pero eres impulsivo, incluso temerario. Mira cómo te fuiste a Ecuador, por capricho…

Él pensó que no había sido un capricho. De repente, le costó respirar. Había sido necesario. Había sentido que se asfixiaba en Nueva York, que lo ahogaba el peso de la hipocresía de su padre.

–Tu vida privada es un caos. Tus amigos salen en titulares por los motivos equivocados. Tal vez, si tuvieses una novia formal… aunque según Internet te pasas el tiempo de cama en cama, acostándose con todas las mujeres a las que conoces.

–Eso no es verdad –replicó él–. Lo cierto es que estoy comprometido.

Dijo aquello sin darse cuenta, sin saber por qué, pero los tres hombres se quedaron en silencio, fascinados, todavía más sorprendidos que un rato antes. Como si fuese más sencillo creer que había vuelto de entre los muertos que si se hubiera comprometido.

Ron Maidman fue el primero en recuperarse.

–¡Prometido! ¿Con quién?

Trip parpadeó. «Buena pregunta», pensó.

Siempre había pensado en el matrimonio de manera abstracta. Le parecía inevitable, pero no sabía cómo iba a llegar hasta él. Además, no sabía lo que era un matrimonio de verdad. A menudo se había puesto a sus padres como ejemplo de pareja feliz y devota, pero eso era solo la fachada pública. En privado, su relación había sido más la de dos personas que coexistían que la de dos vidas compartidas.

Sintió el peso de las miradas de los tres hombres y puso gesto indescifrable antes de pensar el nombre de la mujer más estable, madura y centrada que se le pudiese ocurrir. Un nombre que los hiciese callar y le diese algo de ventaja.

–Con Lily. Lily Dempsey.

La sorpresa de los tres hombres alcanzó un nivel casi cómico y Trip casi se echó a reír, aunque en realidad no tenía ganas de reír.

Lily Dempsey, con su sonrisa de Mona Lisa y sus fríos ojos grises, era la personificación de la estabilidad, la madurez y el enfoque.

Por desgracia, lo odiaba.

A él tampoco le caía demasiado bien, aunque no tenía ningún motivo para ello. Siempre habían chocado, aunque eso solo ocurría cuando ella se dignaba a reconocer su existencia. A menudo daba la sensación de que ni lo veía. Y era una experiencia tan excepcional, tan molesta, que Trip había hecho lo posible por encontrarse con ella, solo para arrepentirse cuando ella le hablaba con aquel tono frío, fulminante, que le dejaba claro que encontraba sus encantos superficiales.

Así pues, que hubiesen estado acostándose en secreto durante los dos meses anteriores a su viaje a Ecuador no solo era incomprensible, sino un misterio irresoluble.

Era solo sexo, por supuesto. Él nunca había planeado que pasase de una noche, pero después se la había encontrado en otro evento benéfico y había vuelto a ocurrir. Y así durante un mes, y otro.

Y él todavía no lo entendía.

Eran como el agua y el aceite, salvo en la cama, donde saltaban chispas entre ellos. Trip se excitó solo de pensar en su cuerpo pegado al de él y tuvo que poner la mente en blanco.

–¿Lily Dempsey? –preguntó Mason con el ceño fruncido.

–Sí –mintió él–. Llevamos un par de meses viéndonos, pero ella quería mantenerlo en secreto por su padre.

Eso, al menos, era cierto. Lily había insistido en que nadie supiese de su relación porque no quería perjudicar a su padre, que se presentaba a senador, y a Trip le había dado lo mismo. Le importaba la opinión de muy pocas personas y no tenía que darle explicaciones a nadie.

Eso era una suerte, porque no era capaz de explicar de manera razonada la atracción que sentía por Lily. No tenía sentido.

Por eso había terminado con ella. Salvo que eso tampoco era cierto. Había terminado con ella por las malditas cartas.

Al leerlas, se había sentido estafado, engañado, traicionado, y había querido destrozarlo todo. En aquel momento, la pasión y el secretismo de la aventura de su padre se habían parecido demasiado a sus acalorados encuentros clandestinos con Lily, y él se había enfadado y ella había estado allí, y algo se había roto en su interior.

Ron se puso en pie.

–Enhorabuena, Trip. Es una noticia maravillosa.

Le tendió la mano y Trip se la agarró automáticamente.

–Me alegro mucho por ti –le dijo Mason en voz baja–. Lily es una mujer maravillosa, y sé lo mucho que disfrutaba tu padre trabajando con ella.

–Enhorabuena –le dijo también Conrad, dándole la mano–, pero ¿qué estás haciendo aquí? ¿Sabe ella que has vuelto?

No, todavía no lo sabía. Ni tampoco sabía que estaban comprometidos, pero eso no sería un problema.

¿O sí?

De repente, recordó su último encuentro en casa de ella. Él no había sabido cómo reaccionaría, pero Lily lo había desconcertado.

–Es solo una aventura –le había dicho.

Por algún motivo, probablemente por ego, sus palabras le habían dolido más de lo debido, lo suficiente como para que le retumbasen en la cabeza durante las semanas que había estado retenido. En esos momentos, tenía la esperanza de que su repentina reaparición la sorprendiese tanto que estuviese dispuesta a acceder a cualquier propuesta. Al fin y al cabo, ¿cómo no iba a querer casarse con uno de los diez hombres más ricos del planeta?

–Sí, por supuesto, pero quería que viniese a veros, en persona, para tranquilizaros –les contestó enseguida, volviendo a mentir.

–Por eso es una excelente elección –comentó Mason, mirando a los otros dos hombres–, pero has pasado por una situación muy difícil, Trip. Necesitas tiempo y espacio para procesar todo lo que ha ocurrido y la mejor persona para ayudarte es Lily. Deberías estar con ella.

Él asintió despacio.

–Tienes razón. De hecho, creo que iré ahora mismo a verla.

No para procesar lo ocurrido, pensó mientras volvía a salir del despacho y se dirigía hacia los ascensores, sino porque tenía que convencerla de que fuese su prometida antes de que ella se enterase de su supuesto compromiso por otra persona y se estropease todo.

–Entonces, ¿cuál te gusta más?

Lily Jane Dempsey miró las muestras de tejido y frunció el ceño. No tenía ni idea. Las cortinas que tenía en esos momentos le parecían bien. De hecho, le parecían perfectas. ¿Por qué iba a cambiarlas? ¿Por qué estaba allí con Samantha, la decoradora de interiores de su madre?

Se llevó la mano a la garganta y no notó sus dedos, sino los labios de él.

Los labios de Trip.

Los mismos labios que la habían besado hasta hacer que perdiese el sentido mientras ella arqueaba la espalda debajo de él, en el dormitorio del piso de arriba, y después le habían dicho que se marchaba a Ecuador.

Él era el motivo por el que había decidido cambiar las cortinas.

Porque no podía cambiar el pasado, no podía retirar las últimas palabras que le había dicho, y había necesitado ocupar su mente con algo para no pensar que se había marchado y que ella era responsable, en parte, por haberle dicho que quería perderlo de vista, así que podía marcharse a Ecuador y no volver.

Y no había vuelto, había desaparecido en la selva tropical y, a pesar de que lo habían buscado, no lo había podido encontrar, y después de cinco semanas ya no solo lo daban por desaparecido, sino también por muerto.

Además de sentirse culpable, Lily lo odiaba por haber desaparecido así. En ocasiones, la ira le impedía dormir y, entonces, iba y venía por su apartamento, imaginándose que Trip volvía y sintiéndose casi aturdida por el alivio de que estuviese vivo.

Le dolía pensar que no volvería a ver jamás aquellos brillantes ojos azules. Y, entonces, cuando pensaba en un mundo sin Trip, tenía que distraerse trabajando, ayudando a su madre o cambiando las cortinas, pero le resultaba difícil concentrarse porque había conocido a Trip toda la vida. Habían crecido en el mismo círculo social. Sus padres habían sido amigos.

Ellos, sin embargo, siempre habían tenido una relación fría.

O lo había sido cuando él se había percatado de su existencia, cosa que no había ocurrido muy a menudo, porque él tenía los ojos

azules, la piel suave y dorada, el pelo largo que le caía sobre la frente y aquella sonrisa, mientras que ella…

Se miró en el espejo que había sobre la chimenea y sintió la familiar punzada de decepción.

Se había preguntado con frecuencia por qué sus padres habían decidido ponerle de primer nombre Lily y, de segundo, Jane. Lily hacía pensar en pétalos cremosos, en un olor sugerente y ella no era perfecta ni seductora. Era muy normal, como su segundo nombre.

No era un alarde de humildad, era la realidad. Tenía el pelo alborotado y encrespado, aunque ya había aprendido a domarlo, los ojos grises y una pequeña protuberancia en la nariz que no tenían sus padres, de facciones patricias. En cuanto al cuerpo, era delgada y tenía las piernas largas. Demasiado largas.

No brillaba como lo hacía Trip. Era más bien invisible.

Entonces, de repente, tres meses antes, sin previo aviso, sin saber por qué, habían terminado en la cama juntos.

Si su padre, Henry, no hubiese creado la fundación Alessandra Winslow para la Música en recuerdo a su esposa, tal vez solo se habrían encontrado de manera ocasional, pero tras la muerte de Henry, Trip había ocupado a regañadientes el lugar de su padre y, de repente, había aparecido en su vida, lleno de calor y de energía, como un meteorito, iluminando el mundo, arrastrando una promesa de algo que Lily nunca se había permitido imaginar porque no era para las mujeres como ella.

Lily había bajado la guardia.

Y no tenía excusa. No después de lo ocurrido la última vez con Cameron, donde su deseo de gustar la había cegado y, en última instancia, había puesto a su hermano en peligro.

Aunque era humana y Trip Winslow era el hombre más atractivo que había conocido. En una habitación llena de gente y de lejos, la impecable simetría de sus rasgos y su descarada masculinidad le hacían llamativo, pero de cerca, su belleza era asombrosa, magnética.

Nada podría haberla preparado para lo que había sentido al sentarse frente a él y, simplemente, mirarlo. Cada vez que su mirada había cruzado con la de ella, había sido como una caricia. Y eso la

había sorprendido, asustado, enfurecido. ¿Cómo había podido sentirse tan atraída por alguien que la desagradaba tanto?

Notó que Samantha la miraba y se dio cuenta de que no sabía cuánto tiempo había pasado desde que la otra mujer le había hecho la pregunta acerca de las cortinas, tampoco sabía cómo responder.

–Esa –dijo enseguida.

–Tenía la esperanza de que eligieras el modelo Kingston –le respondió ella, sonriendo con aprobación–. Esta habitación lo necesita. ¿Y qué opinas del color? ¿Estás segura de querer cambiar el azul por el verde?

Lily apretó los dientes. A su madre le encantaba los colores neutros, pero Lily quería salir del crema y el blanco.

–Por supuesto –respondió en tono firme.

Hubo un silencio y luego Samantha volvió a mirar la pantalla de su tableta.

–Sé que no hemos hablado de las cortinas del cuarto de baño, pero tu madre me ha pedido que les eche un vistazo…

Samantha tardó otra hora en marcharse.

Entonces, Lily se dejó caer en el sofá y tomó una de las revisas que había encima de la mesita del café, la abrió y deseó no haberlo hecho, porque allí estaba Trip, mirándola.

Lily sintió que se le encogía el corazón.

Hacía semanas que estaba desaparecido. Cinco semanas y tres días.

Se habían hecho muchas conjeturas sobre lo ocurrido en Ecuador, pero, al ver las noticias, ella se había quedado mirando los agujeros de bala en el capó y en las puertas del Jeep que Trip había conducido, sintiéndose devastada, luego enfadada y, después, invadida por la culpa.

Llamaron a la puerta y gimió. Debía de ser su madre.

Laura Dempsey se había ocupado de la decoración original de aquel piso y Lily sabía que querría opinar acerca de cualquier cambio. Seguro que Samantha la había llamado nada más salir de allí.

Lily suspiró, fue hasta la puerta y la abrió.

–Ya sé que se te da mejor que a mí, pero sé lo que quiero…

Se quedó en silencio. Por un momento, se sintió como si hubiese habido una explosión a sus espaldas. No era su madre. Era Trip. Delgado, musculoso y tan guapo como siempre, apoyado en el marco de la puerta, con una ceja oscura y gruesa arqueada y los bonitos labios sonriendo de tal modo que el corazón se le subió a la garganta.

–Me alegra saberlo –le dijo él–. Porque yo también sé lo que quiero.

Capítulo 2

Lily se quedó inmóvil. Quería moverse, pero se sentía entumecida, aturdida.

Estaba vivo.

Levantó la mano porque quería, necesitaba tocarlo, comprobar que era real, pero se la llevó a la garganta, donde le latía el pulso de manera frenética.

–¿Cómo? ¿Cuándo? –le preguntó en un hilo de voz–. Pensé que estabas…

Perdido, muerto, desaparecido para siempre. No podía articular aquellas palabras en voz alta.

Él se encogió de hombros.

–Digamos que mi demora ha sido inevitable.

Al ver que ella no respondía, Trip frunció el ceño de modo casi imperceptible, sacó su teléfono y pasó el dedo por la pantalla.

Lily miró la imagen. Trip estaba subiendo las escaleras del edificio Winslow como si fuese un día normal. Las palabras del titular que la acompañaban la golpearon: *Cautivo. Cartel. Huida.*

–¿Es verdad? –consiguió preguntarle por fin.

–Es una versión de la verdad. La que vende periódicos.

Lily se sintió abrumada por su presencia, todo su cuerpo invadía la puerta, tenía el pecho más ancho y era más alto de lo que recordaba, sus ojos azules eran imponentes, aquellos labios eran capaces de hacer que todo su cuerpo se estremeciese. Lily no podía respirar.

–¿Qué haces aquí? –le preguntó con voz ronca.

–Quería verte, decirte que he vuelto en persona. No quería que te enterases por los medios.

–Bueno, había oído…

La sensación de alivio se vio reemplazada por una ira que no había sentido nunca antes y Lily intentó cerrar la puerta, pero él puso el pie para impedirlo como ocurría en las películas en blanco y negro.

–¿Qué estás haciendo? –inquirió ella.

–Tenemos que hablar.

–Yo no tengo nada que decirte –le replicó Lilly, frunciendo el ceño–. Bueno, sí. Adiós.

Volvió a empujar la puerta, pero Trip la abrió con facilidad.

–En ese caso, seré yo quien lo haga. Venga, Lily. Acabo de regresar de entre los muertos –insistió él, esbozando una sonrisa–. Estoy seguro de que puedes dedicarme cinco minutos.

–Está bien. Te doy cinco minutos, pero luego tendrás que marcharte.

Lily soltó la puerta y se apartó para dejarlo pasar.

Todavía tenía la respiración acelerada.

Estudió su traje oscuro y, sin duda, muy caro, vio que tenía algunos arañazos y el pelo demasiado largo que le hacía parecer un héroe de acción de Hollywood.

Su relación había sido una estupidez y a Lily se le encogió el estómago al pensarlo.

–Parece que no te alegras de verme –comentó Trip, deteniéndose en medio del salón y girándose a mirarla.

A ella se le hizo un nudo en el pecho. Estaba hecha un cúmulo de emociones.

–Me alegro de que estés a salvo –le dijo, mirando por encima de su hombro, aunque era consciente de que sus intensos ojos azules estaban clavados en ella y que un mechón de pelo castaño, brillante, le caía sobre el rostro.

–¿Qué ocurre? –le preguntó Trip, acercándose–. No me esperaba este recibimiento, la verdad.

Ella tuvo que hacer un esfuerzo para no retroceder. Escuchó una nota de ironía en su voz y eso avivó su enfado. ¿Cómo podía bromear en aquellas circunstancias?

–¿Qué esperabas? ¿Una pancarta de bienvenida? –inquirió ella.

Se preguntó por qué lo había dejado entrar. Había rezado por que siguiese vivo, pero, una vez allí, hacía que le diese vueltas la cabeza.

–Me ha llamado el alcalde cuando venía hacia aquí y me ha hecho el ofrecimiento, pero lo he rechazado –comentó él con naturalidad–. No quiero armar un alboroto, pero… Sí es cierto que esperaba que tú fueses algo más expresiva. Al fin y al cabo, estábamos saliendo juntos…

Era una trampa, Trip quería que mordiese el anzuelo, pero no podía hacerlo.

–No salíamos juntos.

–No, tienes razón. No salíamos, siempre nos quedábamos en casa.

La trampa se cerró. Ella sintió calor en la piel, notó que todo su cuerpo se ponía tenso. Tenía el corazón a punto de salírsele del pecho. Pensó que tenía que escapar, tenía que alejarse rápidamente, lo antes posible, de aquel hombre tan bello y peligroso.

Trip le provocaba anhelos que nublaban su juicio y la apartaban de la realidad. Ya le había ocurrido con Cameron y las consecuencias habían sido demoledoras, pero con Trip había sido diferente. No habían sido amigos. No habían charlado ni habían tenido citas. No se habían hecho promesas, no había habido expectativas y eso le había gustado. Se había sentido al mismo nivel que él porque ambos habían querido solo sexo.

Y, no obstante, le había dolido demasiado que él hubiese querido terminar con la relación. Y le dolía verlo allí, recordándole lo que habían tenido.

–Si te soy sincera, lo nuestro fue tan breve que ya casi se me ha olvidado –comentó en tono frío.

Él tardó un segundo en responderle.

–Entonces, tal vez sea el momento de que lo recuerdes.

De repente, Lily sintió que se tambaleaba, se sintió como un boxeador contra las cuerdas, pero se obligó a mantenerle la mirada.

–No me gustan las retrospectivas. Prefiero vivir el presente.

Trip estaba delante de la ventana y sus pupilas eran casi invisibles con el sol de frente, así que Lily sintió que se ahogaba en el mar azul de sus iris.

–No podría estar más de acuerdo –murmuró él–. Así que aquí estoy.

Ella lo miró confundida, se estremeció.

–¿Qué quieres decir? Has venido a decirme que has vuelto y ya lo has hecho, ¿qué más quieres?

–Ya te lo he dicho. Quiero hablar contigo –le contestó él–. Acerca de nosotros.

–No hay nada entre nosotros –le contestó Lily.

Solo había oscuridad, cuerpos desnudos, respiraciones entrecortadas y pieles sudorosas.

–Ahora mismo, no –admitió él después de un segundo de silencio–, pero podría haberlo. Yo quiero que lo haya.

Lily sintió calor ante la franqueza de sus palabras. Notó que se le enrojecía el rostro.

–¿Y por qué habrías de quererlo? –inquirió, odiándolo, pero odiándose todavía más por el escalofrío que acababa de recorrer todo su cuerpo.

Él la miró fijamente y sonrió.

–Porque entre nosotros hay conexión.

Esa era la palabra. Por un momento, Lily se vio en la cama del piso de arriba, respirando con dificultad, los brazos estirados sobre la cabeza, arqueando el cuerpo para recibirlo, levantando las caderas, moviéndose contra él. Y a Trip mirándola con deseo.

–Eres increíble –le dijo, retrocediendo un paso, enfadada al pensar en su conexión–. ¿Lo dices en serio? ¿Has venido hasta aquí porque pensabas que me iba a acostar contigo? Pues no va a ocurrir.

No debería haber ocurrido jamás.

Lily había sabido desde el principio que estaba jugando con fuego.

–Funcionó durante un par de meses, pero terminó y me alegro. Sinceramente, no quiero tener que estar escondiéndome como una adolescente. La próxima vez que decida salir con alguien, quiero que sea real.

–¿Real? ¿Me estás hablando de amor?

Ella no lo tenía claro. Aunque esperaba encontrarlo algún día, como casi todo el mundo, pero sabía que eso no ocurriría con Trip. Eran demasiado diferentes. Además, no quería cometer el mismo error que con Cameron.

Apartó su mente de aquello y levantó la barbilla.

–Sí, supongo que sí. O algo parecido –le dijo.

–O algo parecido –repitió él despacio–. ¿Y cómo sería?

–No lo sé –admitió ella, fulminándolo con la mirada–. ¿Acaso importa?

–Tal vez. En respuesta a tu pregunta, no, no he venido aquí pensando en acostarme contigo –le explicó, traspasándola con sus ojos azules–. He venido a pedirte que te cases conmigo.

Lilly lo miró con incredulidad y dejó escapar una carcajada.

–¿Piensas que es una broma? –le preguntó Trip.

–Sí, por supuesto. Es evidente –le contestó ella, poniéndose seria de repente–. Aunque no me hace ninguna gracia.

–No es una broma. Quiero que te cases conmigo.

–¿Te has vuelto loco? No hace falta que respondas a eso. Está claro que te has vuelto loco. ¿Por qué si no ibas a pedirme que me casase contigo?

–Porque tengo un problema –admitió él–. Quiero solucionarlo y tú me puedes ayudar. A corto plazo.

–¿Casándome contigo? Siento decirte que a mí eso me parece más un problema que una solución.

Él no respondió de inmediato. En su lugar, se inclinó y tomó el trozo de seda azul que Lily había considerado escoger para las cortinas.

–Me gusta este color –comentó en voz baja.

Era casi el color de sus ojos y Lily sintió que le ardía el rostro todavía más. Recordó sus manos en la piel, su mirada brillante, y le dio miedo que Trip se diese cuenta. Le arrebató la muestra de la mano.

–Pues a mí no. Prefiero el verde, y deja de fingir que te importan algo mis cortinas. O que te importo yo. Lo que tuvimos era solo sexo…

–Cierto.

–Y esa no es razón suficiente para casarse. Gracias, pero no. No quiero casarme contigo.

Hubo un breve silencio.

–Lo necesito –repitió Trip, con la voz cargada de ira, frustración y dolor–. Winslow es mi negocio, lleva mi nombre. Soy el principal accionista, pero parte de mis acciones están en un fondo y, si los fideicomisarios piensan que mis actos son incompatibles con mi puesto como director general o que perjudican al negocio, podrían echarme.

Ella rio con amargura.

–¿Me estás diciendo que, por algún motivo, habrían preferido que el director de la empresa hubiese seguido prisionero en Ecuador? –le preguntó con incredulidad–. Qué disparate.

Él no parpadeó, pero Lily vio un brillo peligroso en sus ojos azules.

–Fui a Ecuador a hacer *rafting*.

–En uno de los rápidos más peligrosos del mundo, así que sabías que existía la posibilidad de que te ahogases, pero no pensaste que podrían secuestrarte.

Se lo imaginó en la selva, con la mirada clavada en el cielo. ¿Cómo había podido poner su vida en riesgo de aquella manera? Notó que se le llenaban los ojos de lágrimas, parpadeó para apartarlas al ver que el rostro de Trip se endurecía.

–No tengo deseo de morir, así que no pensé que pudiese ahogarme. Me gustan los retos, es evidente. Vivir el momento…

–¿Y qué hay de las consecuencias? Todo el mundo pensó que estabas muerto. La mitad de la policía ecuatoriana te estuvo buscando.

–Es su trabajo –comentó él, encogiéndose de hombros.

Lily arqueó una ceja.

–Sí, seguro que se metieron allí para rescatar a multimillonarios osados.

Él no dejó de mirarla a los ojos, apretó la mandíbula, su expresión era implacable, arrogante.

–Ya me han echado una charla esta mañana, no he venido aquí a recibir otra.

–Qué pena, porque es lo único que vas a obtener de mí –replicó ella–, pero no te preocupes, que supongo que hay toda una fila de mujeres esperando para aceptar tu propuesta. Ni siquiera sé por qué me lo has pedido a mí. Quieres una esposa, pero nosotros solo hemos tenido una aventura de dos meses.

–No te escuché quejarte ni una vez. Te escuché gemir, suspirar, gritar mi nombre… pero no quejarte –le dijo él en voz baja, ronca.

Y a Lily le costó respirar, no le pudo contestar. Apretó los dientes. Él estaba tan tranquilo, sabía que era guapo, encantador y rico, siempre lo había sido. Nunca se había mirado al espejo y se había sentido como un impostor, no había decepcionado a nadie.

Lo miró a los ojos y se encogió de hombros.

–He disfrutado teniendo sexo contigo, pero no hay nada más. No voy a participar en una farsa para sacarte del pozo que tú mismo has cavado.

–Ya no es solo mi pozo, es nuestro pozo –le dijo él–. Es oficial. Es real. O eso piensan.

–¿Le has contado a alguien que ibas a venir a pedirme que me casara contigo?

Él negó con la cabeza.

–No. Eso no tendría sentido. Les he dicho que estamos prometidos, que lo estábamos antes de que yo me marchase de Estados Unidos.

Trip se quitó la chaqueta y se remangó la camisa.

–Yo tampoco quiero casarme, créeme –continuó–, pero no voy a perder mi empresa por unas terribles vacaciones. Tiene que dar la sensación de que he cambiado. Por eso necesito una esposa. Los fideicomisarios que mi padre nombró son de su época, tienen los mismos valores que él. Piensan que el matrimonio puede cambiar a cualquiera. Me presionaron y tenía que darles un nombre. Tenía que ser la mujer adecuada, alguien de confianza, sensata, poco aventurera.

Lily alzó el rostro.

–¿Y pensaste en mí? Qué halagador.

Se sintió humillada al saber que ese era el único motivo por el que la había escogido. Porque pensaba que no era una modelo de

piernas interminables y que no tenía sentimientos.

–Y funcionó. Deberías haber visto sus caras. Les gustas, Lily.

Trip lo tenía todo planeado, pensó ella, deseando no haberle abierto la puerta y no haber permitido que entrase en su casa, en su vida.

–Seguro que sí. El problema eres tú –le dijo, tomando aire y sacudiendo la cabeza–, pero no eres mi problema. Y ya han pasado los cinco minutos. Así que te sugiero que los llames y les digas que has cometido un error, que te has precipitado. Seguro que te creen. Ya sabes dónde está la puerta.

Le dio la espalda y fue hacia la otra punta de la habitación, donde se puso a hojear los libros de muestras que Samantha le había dejado. La habitación se quedó en silencio, solo oyó cómo Trip se movía. Se sintió aliviada y triste al mismo tiempo.

Entonces, se giró y lo vio sentado en el sofá, hojeando una revista, con las piernas estiradas hacia delante. Le mostró la revista abierta.

–Fue una buena noche, ¿verdad? La foto también está muy bien.

Ella no respondió, no pudo hacerlo. La imagen la aturdió. La habían tomado la noche de la gala benéfica, cuando ella había encendido su tableta y se había dado cuenta de que no tenía el discurso descargado en ella.

La misma noche que se había acostado con Trip por primera vez.

En la imagen aparecían juntos, sin tocarse, pero ella recordó la sensación de tenerlo al lado, su altura, la fuerza de sus músculos, el brillo de sus ojos.

Clavó la mirada en la fotografía. Él parecía, como siempre, perfecto. Relajado, seguro, cómodo ante las cámaras, mientras que ella…

Se le hizo un nudo en la garganta, estudió su rostro en la imagen.

Parecía tensa, aturdida. En parte porque todavía no se había recuperado de la sorpresa de que Trip subiese al estrado y diese él el discurso sin habérselo preparado, pero también porque se había acostumbrado a no sonreír de adolescente porque había llevado aparato en los dientes.

–Es solo una foto.

Él sacudió la cabeza.

–Es una historia. El comienzo de un cuento de hadas en Nueva York –la corrigió, acariciándola suavemente con su mirada–. Un hombre y una mujer que crecieron en la misma ciudad, pero sin que sus caminos se cruzasen hasta que el destino los unió y se hicieron amantes.

Amantes. Lily sintió calor. Trip no había sido el primer hombre con el que se había acostado, pero había sido su primer amante.

Antes de él, había entendido lo que era el sexo y siempre le había resultado placentero, pero no le había parecido para tanto.

Trip había cambiado eso.

El sexo con él había sido salvaje, frenético, le había cortado la respiración. La había dejado anhelando más. Había perdido la noción de la realidad de tal manera que, por primera vez en su vida, se había sentido bella, especial.

Entonces, de repente, Trip se había presentado allí, enfadado, y había terminado con ella. Lily todavía no sabía el motivo.

Se cruzó de brazos y le dijo en tono gélido:

–¿Has olvidado dónde está la puerta?

Trip dejó la revista abierta encima de la mesa del café.

–Buen intento. Sé que recuerdas lo que tuvimos. Podríamos seguir con ello –le dijo en voz baja.

–Me dijiste que había durado más de lo que tú habías planeado –replicó ella en tono amargo, pero no le importó–. Te recuerdo en esta misma habitación, deseando marcharte.

–Y he vuelto.

Trip se puso en pie y ella notó que todo su cuerpo se ponía tenso y se relajaba al mismo tiempo. Retrocedió un paso, pero él siguió avanzando. Lily levantó una mano para pedirle que se detuviera.

–No te acerques más…

–Porque no confías en lo que pueda pasar –bromeó él, sonriendo de manera sensual.

–Porque, si lo haces, lo lamentarás –lo corrigió Lily en tono tenso.

A él le brillaron los ojos todavía más, avanzó otro paso.

–¿Me vas a asfixiar con esas muestras de tela?

Agarró la tela que Lily tenía en la mano y ella no la soltó, así que Trip tiró con fuerza y Lily chocó contra su pecho. El contacto hizo que se estremeciese, que se le acelerase el corazón. Quiso apartarse, pero pensó que eso la delataría y eso era lo último que quería.

–Retrocede, Trip, o llamaré a seguridad.

–¿Te refieres a Carlos? –le preguntó él, arqueando una ceja–. Lo he visto al llegar, comiéndose un perrito caliente y una ración enorme de patatas fritas. No lo juzgo, pero la próxima vez que venga, te avisaré antes por si quieres que haya alguna posibilidad de que tu guardaespaldas llegue antes de que las cosas se nos vayan de las manos.

–No habrá una próxima vez –replicó ella–. No pensarás que quiero volver a verte, y mucho menos casarme contigo. No necesito tu dinero ni tu apellido. De hecho, me cuesta entender qué sacaría yo de semejante acuerdo.

Trip no reaccionó. Se limitó a mirarla fijamente de un modo que la hizo sentirse como si hubiese caído en una trampa.

–Supongo que lo mismo que antes –le respondió él muy despacio.

Lily vio un toque de rubor en sus mejillas y supo a qué se refería y sintió un calor abrasador en la pelvis que la puso muy tensa.

–Eso forma parte del pasado.

Se obligó a mantenerle la mirada mientras una fuerza irresistible la atraía hacia él.

–¿Estás segura de eso??

A Lily se le encogió el estómago mientras Trip levantaba la mano y le acariciaba la mejilla. Fue una sensación tan familiar y violenta que se limitó a mirarlo, paralizada, incapaz de convencerse a ella misma de que tenía que hacer lo más sensato, decirle que se marchara, que estaba segura.

En su lugar, se mantuvo en silencio. No hizo nada mientras él se acercaba más y la acariciaba con su mirada brillante, Lily no pudo apartarse, no soportaba la idea de que Trip no volviese a mirarla de aquel modo.

Quería saborearlo. Quería sentir su lengua en la piel una última vez, aspirar su embriagador olor y disfrutarlo mientras sus bocas se

fundían en un beso.

Y así fue como se olvidó de su enfado y cuando él la abrazó por la cintura para acercarla a su cuerpo, se inclinó hacia él y se aferró a la tela de su camisa.

Había echado de menos aquello, había echado de menos a Trip. Sintió que se derretía, que su cuerpo se ablandaba y despertaba al mismo tiempo con un anhelo que solo él sabía satisfacer, y lo deseó como no había deseado a nadie, en aquel lugar y en aquel instante.

Como si le hubiese leído la mente, Trip metió la mano por debajo de su blusa y le acarició la curva del pecho.

Era como estar en una noria de sensaciones y Lily gimió suavemente contra sus labios y volvió a perderse en el deseo y en los recuerdos de los dos apasionados meses que habían compartido.

Apartó los labios y lo empujó, y él retrocedió y la soltó, sus ojos brillaron con frustración y un triunfo apenas encubierto.

Capítulo 3

Sea lo que sea que vas a decir, no lo hagas –le advirtió Lily con voz ronca.

–¿Ni siquiera gracias? –le preguntó él en tono burlón, pero también ronco–. Solías darle mucha importancia a los buenos modales.

Ella lo fulminó con la mirada.

–Esto no cambia nada.

Él se echó a reír.

–Me gustaría creerte, Lily, pero, de los dos, tú pareces ser la que no tiene clara la situación. Porque has dicho que ya no sentías lo mismo.

Ella lo odió, pero se odió todavía más por su falta de control, por seguir deseándolo en un momento como aquel. Tomó aire, intentó aferrarse al orgullo que le quedaba y lo miró a los ojos.

–Tal vez responda porque soy humana y porque ver que estás vivo me despierta sensaciones en el momento, pero eso es todo, Trip, un momento. Casarse es comprometerse con alguien, compartir la vida, y no quiero fingir eso solo para ayudarte a lavar tu imagen. Si algún día decido casarme, será con un hombre que comprenda lo que eso significa. Un hombre que me entienda. Un hombre que resuelva sus propios problemas, no que los cree para los demás. Y tú no eres ese hombre.

Tenía el corazón acelerado, alzó la barbilla.

–Tienes que marcharte.

Él volvió a dejarse caer en el sofá, totalmente impasible a sus palabras.

–Y lo haré, pero ahora que estamos en la misma honda, ¿por qué no repasamos nuestras agendas y buscamos fecha para la boda?

Era evidente que no la había escuchado.

Lily lo vio estirar las piernas y lo odió, lo odió por lo seguro que se sentía.

Al otro lado de la habitación, vio las escaleras que conducían a su dormitorio, el dormitorio en el que Trip la había desnudado con pericia la primera noche que habían pasado juntos, porque era un experto en aquellas lides, pero a ella no le había importado. Había estado demasiado ocupada observándolo, disfrutando de todos esos músculos tan esculpidos, de su piel suave y bronceada y de su orgullosa erección.

Lo había deseado y había deseado dárselo todo durante aquellas horas comprendidas entre el atardecer y al amanecer, pero eso no era un motivo para casarse con él.

Se giró y tomó su bolso.

–Te equivocas, no estamos en la misma honda, ni de lejos –replicó con sorprendente calma–. Y no voy a casarme contigo.

Él volvió a sonreír.

–No tienes elección, no puedo retirar lo que he dicho. Además, Mason ya me ha enviado un mensaje preguntándome cuándo lo vamos a anunciar.

Ella se llevó las manos a los muslos para no abofetearlo.

–Por última vez, no voy a hacer ningún anuncio. Ahora, sal de mi casa o llamaré a seguridad.

Él la miró fijamente a los ojos.

–¿Por qué me lo pones tan difícil? No es tan complicado. Sería, como mucho, un año. Y solo tendríamos que hacer algunas apariciones públicas.

–Incluida una boda. La nuestra. Y tendríamos que mentir a nuestra familia y amigos. No voy a hacer eso. Es tu problema, resuélvelo tú. Además, yo me marcho de la ciudad. Esta misma noche.

Él echó la cabeza hacia atrás.

–¿Qué? ¿Y te vas a perder toda la diversión?

Lily lo fulminó con la mirada.

–No tenemos el mismo concepto de diversión, Trip. Ya te he dicho que me marcho esta noche y si cuando aterrice no les has contado a los fideicomisarios que no nos vamos a casar, lo haré yo.

A él le brillaron los ojos, pero se puso en pie y avanzó hacia ella con paso decidido.

–Lily…

Ella ya había abierto la puerta principal y lo miró con el rabillo del ojo, había incredulidad en su rostro. Lily salió, cerró la puerta y echó la llave, aliviada.

No volverían a estar jamás juntos en la misma habitación. De hecho, no quería estar ni en la misma ciudad que él, ni en el mismo continente.

Salió a la calle, a la luz del sol, y se sintió culpable por haberlo encerrado en su casa. Al fin y al cabo, acababa de escapar de su cautiverio, pero aquello era Tribeca, no Ecuador, y había otra llave al lado de la puerta. Además, ella necesitaba ventaja y demostrarle que hablaba en serio.

Después de escuchar la llave en la cerradura, Trip tardó unos segundos en darse cuenta de lo que había ocurrido.

Al ver cómo Lily perdía los nervios, se había echado a reír. Le había parecido gracioso. Estaría indignada, pero le había devuelto el beso.

Aunque había sido una estupidez por su parte y Trip acababa de darse cuenta.

Frunció el ceño. Por un momento, se le había olvidado lo que había ido a hacer allí. Solo había querido besarla.

Entonces, Lily había apartado los labios y él había sabido, por su mirada, que estaba furiosa con él. Por eso debía de haber decidido castigarlo, pero cuando él se había dado cuenta, ya estaba allí encerrado.

Se había acercado a la ventana y había visto como ella levantaba la vista y lo saludaba desde la calle antes de meterse en un taxi.

Como si no tuviese ninguna preocupación, y no tenía por qué tenerla. Era su vida, su futuro, lo que estaban poniendo en la balanza.

Trip volvió a su casa, aunque se había pasado hora y media en la de Lily hasta que se había dado cuenta de que había una llave en un cuenco, cerca de la puerta.

Abrió la nevera, sacó una cerveza y empezó a ir y venir por el enorme salón, sin poder disfrutar de las impresionantes vistas de Central Park.

No le gustaba estar solo, en parte, por culpa de su hiperactividad y déficit de atención. De niño, había sido incapaz de sentarse en silencio, ante la exasperación de su padre. Después, había crecido y había aprendido algunas estrategias, como pasear o mover los pies.

Pero en esos momentos tenía demasiadas cosas en la cabeza. No podía dejar de pensar en hombres con el rostro cubierto y su cuerpo se ponía tenso, con un miedo que no podía controlar. Por eso era tan injusto el tema de los accionistas. Al volver a Nueva York, había sabido que habría alguien al mando y había dado por hecho que recuperaría las riendas de su negocio sin ninguna dificultad, pero la junta y los accionistas le estaban dando la espalda y ese era el verdadero problema.

Hizo una mueca. Y su solución iba camino de marcharse del país.

Cerró los ojos, los volvió a abrir y miró a su alrededor. Estaba en casa. Había vivido allí durante casi siete años, pero no había pensado en ella durante el tiempo que había estado en Ecuador. Solo había pensado en mantenerse con vida.

Y en Lily Dempsey.

Agarró con fuerza la botella. No tenía ni idea de por qué no había podido sacársela de la cabeza. Tal vez porque la suave lluvia de la selva le había acariciado la piel casi como ella. O tal vez le hubiese jugado una mala pasada la oscuridad.

Lo peor era que ella se negase a participar de su plan, y que lo amenazase con contar la verdad.

Trip apretó la mandíbula y empezó a andar de nuevo. Eso no iba a ocurrir. No lo podía permitir. Si volvía a meter la pata, podía perder el control de la empresa.

«Ciento treinta años construyendo un negocio para que tú lo estropees todo en cuestión de segundos». Oyó la voz de su padre en su cabeza y se le cayó algo de cerveza al suelo. Bajó la vista y frunció el ceño.

Henry Winslow II había perdido cualquier derecho a juzgarlo, pensó Trip, mientras se llevaba la botella a los labios. De hecho, nada de aquello habría ocurrido si su padre hubiera sido el hombre que había pretendido ser. Habían sido sus mentiras, su engaño, los que habían puesto en marcha todo aquel lío. Sin esas cartas, nunca habría aceptado la invitación de su amigo Carter, nunca habría terminado en un lugar peligroso.

Pero no servía de nada llorar sobre la cerveza derramada, lo que tenía que hacer era conseguir que Lily cambiase de opinión, pero ¿cómo?

Recordó sus palabras.

«Si algún día decido casarme, será con un hombre que… resuelva sus propios problemas».

Si eso era lo que Lily quería, lo iba a tener, pero antes tenía que hacer una llamada.

El avión estaba esperando en la pista y a Lily se le hizo un nudo en la garganta al verlo.

Su padre, James, era senador de EE.UU. y se sentía orgullosa de él. Orgullosa de sus valores y de su ética profesional. No solo era un orador carismático, sino una persona que actuaba. Por desgracia, su trabajo también era el motivo por el que ella se había visto expuesta desde una edad temprana. No había sido tan terrible. No era tan tímida como lo había sido su hermano, Lucas, y unos años antes le había parecido emocionante llegar al final de la campaña, con los globos y los vítores.

Todo había cambiado cuando algunos medios habían decidido atacarla y le habían hecho daño.

Había intentado mantener un perfil bajo y en ocasiones le había funcionado. Otras veces, la habían criticado por ser distante y altiva, pero, en general, habían perdido el interés por ella porque estaba soltera y solo permitía que se le acercasen su familia y algunos amigos que habían pasado el filtro.

Y Trip.

Huir le parecía una palabra demasiado fuerte, pero era evidente que estaba escapando de Nueva York y, afortunadamente, el hecho de que su padre fuera Secretario de Estado de Asuntos de Veteranos significaba que podía tomar un avión con poca antelación. Estaba demasiado alterada para sentirse culpable. Se sentía segura allí.

Trip no le daba miedo, pero la aterraba la idea de que la gente pensase que estaban prometidos. Y todavía más que pudiesen descubrir la verdad: que Trip había necesitado un nombre, una esposa con la que pareciese que había cambiado, y se le había ocurrido ella porque era sensata, de fiar y no le gustaban los riesgos.

Solo eso habría sido motivo suficiente para echarlo de su casa y, sin embargo, le había permitido que la besase.

No solo se lo había permitido, le había devuelto el beso. Y eso la había asustado también.

Los tres miembros de la tripulación, dos mujeres y un hombre, la estaban esperando junto a las escaleras. Ella les sonrió, aunque no reconoció a ninguno. Entonces, pensó que hacía año y medio que no utilizaba el avión.

Le apetecía hacer el viaje tranquila, sola, pensó mientras dejaba su bolso en uno de los asientos de cuero y miraba a su alrededor. ¿Era su imaginación o le parecía más grande de lo que lo recordaba? ¿Habría cambiado de avión su padre?

No tenía ni idea y no se lo iba a preguntar a ninguna de las azafatas. El piloto y el copiloto llegaron en ese momento, se presentaron y Lily se abrochó el cinturón. Miró el reloj. Eran las ocho menos cuarto, así que, con la diferencia horaria, llegaría a Londres a las…

–Buenas noches.

Era una voz masculina, ella sonrió y levantó la vista automáticamente, esperando ver al azafato, pero se quedó de piedra.

Trip estaba allí, con una mano apoyada en el respaldo de su sillón, y su cuerpo musculoso llenaba el pasillo.

Ella lo miró en silencio, sorprendida, sin poder olvidar el beso que se habían dado un rato antes en su casa, ya que todavía podía sentir un ligero cosquilleo en los labios.

–Ahora es cuando me dices que qué sorpresa y qué alegría verme –comentó él en voz baja.

A Lily se le había quedado la garganta seca de repente y notó que le temblaban las manos, pero levantó la barbilla y lo miró a los ojos.

–Eso sería mentir y supongo que no quieres que te mienta, ¿verdad, Trip?

–Oh, hay cosas peores que mentir –le contestó él con voz aterciopelada, pero ligeramente tensa–. Como dejar a alguien encerrado con llave. Eso ha sido muy feo, Lily.

–No me has dejado elección. No querías marcharte –replicó ella–. Y yo no te había pedido que vinieras a mi casa, como tampoco te he pedido que vengas aquí. No te sientes…

Pero ya era demasiado tarde, Trip se había instalado a su lado.

Ella lo fulminó con la mirada.

–¿Qué estás haciendo? ¿No has entendido el mensaje?

Él se encogió de hombros y, a pesar de la sorpresa y de la irritación, los ojos de Lily siguieron el movimiento de los músculos de sus brazos.

–Me llegan tantos correos –comentó él, malinterpretándola a propósito–, pero me enteré de que íbamos en la misma dirección y, como sabes, estoy intentando ser más responsable y comedido, así que me pareció que lo mejor era utilizar solo un avión, no dos.

Lily se limitó a mirarlo. Recordó que su madre se había mostrado muy colaboradora cuando le había ofrecido que utilizase el coche y el avión.

–¿Eso le has dicho a mi madre?

Él la miró a lo ojos, no parecía arrepentido por su comportamiento, pasado ni futuro.

–Como me dijiste que te marchabas de Nueva York, la llamé para que me diese más información. Es una mujer encantadora. Y comprensiva. Esta muy preocupada por ti. Al parecer, últimamente has estado muy rara.

A Lily se le hizo un nudo en la garganta y no fue capaz de contestarle. ¿Cómo era posible que su madre la hubiese traicionado de aquel modo?

Como era normal, se había quedado destrozada al enterarse de la desaparición de Trip y de su supuesta muerte. También era normal que se alegrase de que estuviese vivo, pero también había otras emociones.

Culpa, porque hasta el momento de su desaparición, le había deseado todo tipo de calamidades. E ira.

–Estaba preocupada por ti –admitió–. Todo el mundo lo estaba.

–Sí, menudo disgusto, ver cómo cae el mercado bursátil –comentó él, estirando las piernas y haciendo que su muslo rozase el de ella dos veces.

Lily supo que lo había hecho a propósito y se apartó de él.

–No estaban preocupados por eso, sino porque les importas.

Hubo un breve silencio.

–¿A ti también te importo?

Ella levantó la vista, vio que le brillaban los ojos y notó que le empezaban a arder las mejillas.

–¿Es ese el motivo por el que tu madre dice que has estado tan rara?

Trip cambió de postura en su sillón, pero no dejó de mirarla.

Lily puso la espalda recta y respiró hondo.

–No voy a mantener esta conversación contigo, Trip. Y no digas nada. No quiero oír ni una palabra más. No quiero saber de qué has hablado con mi madre. Ya te has divertido suficiente, ahora, márchate.

–¿Puedo hablar ya? –le preguntó él–. Porque pienso que deberías saber que eso no va a ser posible. De hecho, es imposible porque no tengo alas ni paracaídas y me parece que ya hemos despegado.

–¿Qué?

Lily miró hacia la ventanilla y descubrió, horrorizada, que solo se veía el cielo.

Trago saliva y se giró hacia él.

–Lo has hecho a propósito. Sabías que el avión iba a despegar y me has distraído.

Trip se encogió de hombros.

–Me habías pedido que no hablase. Supongo que podríamos pedirle al piloto que diese la vuelta, si es lo que quieres.

Lily supo que no era posible. Le estaba empezando a doler la cabeza y quería gritar, pero eso no cambiaría nada. No podía pedirle al piloto que diese la vuelta y Trip lo sabía.

Vio cómo giraba la cabeza y una de las azafatas apareció a su lado a toda velocidad.

–Dos copas de champán, por favor.

–Yo no quiero una copa de champán –protestó ella entre dientes mientras la mujer desaparecía y volvía a aparecer.

Él arqueó una ceja.

–¿Qué es una celebración sin champán?

Ella rio con amargura.

–No creo que el hecho de que te hayas presentado en mi vuelo sea un motivo de celebración –le respondió con calma.

–Me refería a nuestro compromiso –alegó él en un tono dulce que hizo que Lily se estremeciese.

Y que se ruborizase.

–No estamos prometidos.

–Pero aquí estamos. Juntos. Yendo hacia el ocaso –comentó Trip mientras miraba por la ventanilla, hacia donde el sol empezaba a desaparecer en el horizonte–. Es casi como si el destino estuviese intentando decirte algo. Es como si hubieses querido estar aquí con tu prometido, aunque no quieras admitirlo.

Lily no sabía por qué había pensado que Trip no era lo que parecía, pero se había equivocado. Era un hombre rico y poderoso, acostumbrado a conseguir lo que quería siempre, sin pensar en los daños colaterales.

–Lo que quiero es estar sola –espetó, desabrochándose el cinturón de seguridad y levantándose.

Tomó su bolso y esperó a que él apartase las piernas, cosa que hizo con una desmedida lentitud. Luego se sentó en otro lugar y se pasó la siguiente hora fingiendo que Trip no estaba allí.

Pero a pesar de que le daba la espalda, era imposible no ser consciente de su presencia. Era como si ella fuese la princesa del cuento y él, el guisante debajo del colchón. Oyó cómo Trip hablaba con las azafatas y se lo imaginó relajado. Y se imaginó a las azafatas intentando complacerlo.

Lily intentó controlar su respiración y reclinó el asiento un poco. Además de la cabeza, le estaba empezando a doler el cuello por la tensión. De niña se había mareado mucho cuando viajaba, pero en esos momentos ya casi no le ocurría, salvo cuando estaba muy cansada o estresada.

Sonrió con amargura. Gracias a Trip, estaba cansada y estresada. Por suerte, había llevado unas pastillas y tal vez pudiese tomarse un par y cerrar los ojos…

Se despertó sobresaltada.

Tenía la boca seca y le picaban los ojos. La cabina estaba iluminada y no era luz artificial. En el exterior el cielo estaba de un azul brillante. ¿Qué hora era? Se miró el reloj y se incorporó de manera brusca, frunciendo el ceño. Era por la mañana.

–Ahí está. Eh, Greta Garbo. ¿Has dormido bien? He intentado despertarte, pero estabas fuera de combate.

Trip se sentó enfrente de ella, que todavía estaba demasiado aturdida para hacer nada que no fuese responderle con toda franqueza.

–A veces me mareo, así que me tomé un par de pastillas. Estaré bien en cuanto aterricemos.

Miró por la ventanilla al decir aquello. Volvió a mirarse el reloj y frunció el ceño.

–¿Por qué seguimos volando? Solo se tarda siete horas, como mucho, en llegar a Londres.

–Cierto –admitió Trip.

–¿Y por qué no hemos llegado todavía?

Él sonrió.

–Probablemente, porque no vamos a Londres.

–¿Qué quieres decir? –inquirió ella en un hilo de voz.

–Estamos a una hora de aterrizar en un aeropuerto privado de Siena.

–¿Siena?

–En Italia. Cerca de Florencia.

–Ya sé dónde está Siena –replicó ella.

A Trip le había crecido mucho el pelo en las semanas que había estado desaparecido y, en aquel momento, se lo apartó de la cara, pero aquel no fue el motivo por el que a ella se le aceleró el corazón.

–No lo entiendo. ¿Ha habido algún problema? ¿Han tenido que desviar el avión?

Eso no tenía sentido, porque Italia estaba más lejos que Inglaterra.

–No hay ningún problema.

–Entonces, han debido de cometer un error –añadió Lily, asustada–. ¿Por qué si no estaríamos dirigiéndonos a Italia?

A el le brillaban los ojos azules, parecía satisfecho.

–Porque es donde le he pedido al piloto que aterrice –le respondió en tono amable.

Capítulo 4

Hubo una ligera sacudida cuando el avión tocó tierra y Trip se apretó un momento contra el sillón.

Había tenido que hacer varias llamadas y había tenido que desvelar parte de sus motivaciones e intenciones, pero al mirar el rostro de Lily, pálido, sorprendido, pensó que había merecido la pena.

–¿Qué es lo que has hecho? –inquirió ella, furiosa.

–Le he dicho al piloto que nos llevase a Italia.

Era la primera vez que veía a Lily perder el control, al menos, fuera del dormitorio.

Todavía recordaba la sorpresa que se había llevado con ella la primera vez que habían tenido sexo.

No lo había tenido planeado.

Habían ido a tomar una copa a un bar en el que había una enorme pantalla en la que ponían un combate de boxeo y nadie los había mirado al llegar. Tal vez había sido el anonimato compartido o que Lily lo había mirado para que la salvase, pero a él se le había olvidado que no era su tipo, o que tenía un tipo, y habían terminado en casa de Lily, en su cama.

Al final.

Porque la primera vez no habían pasado de la puerta de entrada.

Antes de aquella noche, Trip había creído conocerla, pero Lily había sido una revelación. El sexo con ella había sido todo un descubrimiento. Ella se había mostrado insegura al principio, luego,

impaciente, casi torpe, después, insegura otra vez. En otras palabras, real, y lo más emocionante de todo, se había comportado por instinto.

Verla perder el control había sido la experiencia más erótica de toda su vida, pero él solo había sido para Lily una cara bonita.

–¿Cómo te has atrevido a hacer algo así?

Él sacudió la cabeza despacio.

–Te lo merecías…

Sus ojos grises lo fulminaron.

–Eres como un niño –lo acusó.

No estaba acostumbrada a perder los nervios, Trip se dio cuenta por la manera de contenerse y el temblor de su voz, y no le gustó cómo le hacía sentirse eso, sabiendo que era el responsable. Le dolió que Lily pensase que se estaba vengando con ella.

Como muchas otras personas en su vida, Lily había cometido el error de no tomárselo en serio, hasta entonces.

–Fue idea tuya –le dijo–. Dijiste que querías estar con un hombre capaz de resolver sus propios problemas.

Ella lo miró con incredulidad.

–¿Y te parece que esta es la mejor manera de hacerlo? –inquirió–. Pues quiero que sepas que voy a hablar con el piloto y le voy a pedir que me lleve a…

Trip se había cansado de que lo reprendiesen y de sentirse como un tonto.

–Eso no va a ocurrir –le contestó en voz baja–. Porque estás en mi avión, es mi tripulación y no te van a llevar a ninguna parte.

Lily se quedó inmóvil un momento, como si estuviese procesándolo todo.

–No, es el avión de mi padre. Le pregunté a mi madre si podía…

–Si, pero yo hablé con ella después y le conté que nos habíamos comprometido en secreto y que ese era el motivo por el que estabas tan disgustada. Porque habías estado muy preocupada por mí, pero tenías que ocultar tus sentimientos –le explicó él–. Y le dije que pensaba que necesitábamos pasar algo de tiempo a solas, juntos. Y que tú estabas intentando lidiar con todo lo ocurrido, pero eras demasiado testaruda para admitirlo.

–Eso no es cierto… –replicó ella, furiosa.

Y él deseó tanto tocarla que, sin darse cuenta, levantó la mano para acariciarle la mejilla.

–Tu madre es muy comprensiva.

Sus miradas se cruzaron un instante y luego Lily apartó el rostro de sus dedos, dejando a la vista el lateral de su cuello.

–Así que no solo piensan que estamos prometidos los fideicomisarios, sino también tus padres. De hecho, a tu madre le ha gustado mi idea, me ha dicho que sería como una luna de miel antes de la boda.

Deseaba tanto a Lily como verla enfadada porque le gustaba ver cómo se ruborizaba y se le ponía ronca la voz. Era la única mujer que había conocido que era tan testaruda como él y, aunque su negativa de aceptar lo inevitable lo frustraba, también se dio cuenta de que la admiraba.

–Pero no lo es, porque no nos vamos a casar –replicó ella en voz baja, furiosa.

Trip apoyó la espalda en el sillón y se encogió de hombros con un gesto exagerado.

–No quiero que discutamos, así que, si lo prefieres, diremos que son unas vacaciones.

Ella apretó los puños, se clavó las uñas en las palmas de las manos.

–No lo prefiero, no quiero unas vacaciones.

–Eso es lo que dicen siempre las personas que necesitan unas vacaciones. Te vendrá bien desconectar de todo unos días y la casa es un lugar estupendo para relajarse. Puedes nadar, tomar el sol o montar a caballo. O, si prefieres salir, hay restaurantes estupendos en Siena. También podemos ir a la ópera en Florencia. Italia es un deleite para los sentidos, también podemos entretenernos como se nos ocurra…

–No voy a tener que entretenerme porque no me voy a quedar –le contestó ella en tono tenso.

«Te equivocas», pensó él, viendo cómo se le ponía la piel de gallina. Estaba allí y no iba a permitir que se escapase hasta que accediese a ser su esposa. Estaba convencido.

–Para ti es eso, ¿verdad? Un entretenimiento –le dijo ella con el ceño fruncido–. Una especie de juego. Pues no me interesa jugar. Así que te sugiero que le digas a tu piloto que vuelva y me lleve a Nueva York.

–Eso no va a ocurrir. Y te equivocas, Lily. Esto no es un juego para mí. Es mi vida. Mi negocio. Mi futuro. Por eso he hecho una declaración anunciando nuestro compromiso poco antes de despegar de Nueva York –anunció, mirándola a los ojos–. ¿O pensabas que solo se lo había dicho a tus padres?

–No te creo. No puedes haber hecho eso…

Lily palideció. Trip pensó que no había tenido elección.

–Me he visto obligado a hacerlo.

La vio tocar la pantalla del teléfono móvil con manos temblorosas.

–Al menos aquí no tendrás que lidiar con los *paparazzi* –le dijo él.

Lily no se lo había contado, pero Trip sabía que no le gustaban los medios de comunicación.

–Tienes que cambiar esto. Tienes que llamar a alguien, decirles que has cometido un error. No puedo casarme contigo…

Parecía horrorizada y eso lo hirió en su orgullo masculino.

–No voy a llamar a nadie. Ya está hecho. Cuando antes lo aceptes, antes podremos recuperar nuestras vidas. Por separado.

Trip no sabía lo que iba a ocurrir. Sabía lo que quería que ocurriese, que era que ella cediese y accediese a casarse con él. Se sintió culpable. Tal vez la manera de conseguirlo no hubiera sido la más adecuada.

–No pienso bajarme de este avión.

–Claro que lo vas a hacer –le respondió él en voz baja.

La vio ruborizarse.

–Y ahora me amenazas.

–No era una amenaza, sino más bien una información. Soy tu anfitrión y tengo la obligación de cuidarte…

–¿La obligación de cuidarme? Pero si me estás secuestrando, Trip.

Él no lo pensó, la tomó en brazos y avanzó por el pasillo.

–Bájame.

Lily se retorció entre sus brazos, pero él ya estaba bajando las escalerillas y se dirigía hacia el todoterreno que los esperaba en la

pista. El conductor apareció de repente y le abrió la puerta, y Trip la dejó en el asiento trasero y después se sentó a su lado.

–¿Te has vuelto loco? –inquirió Lily, con el rostro enrojecido, apartándose de él–. No tienes ningún derecho, ningún derecho…

Agarró el tirador de la puerta, pero el coche ya había arrancado y ella miró hacia donde estaba el conductor, no porque esperase que fuese a defenderla, pero esperando, tal vez, alguna reacción, tal vez de sorpresa, o de horror.

Pero el conductor tenía la vista puesta en la carretera como si estuviese acostumbrado a que su jefe llevase a mujeres en volandas al coche, como un cavernícola. Tal vez lo estuviese. Tal vez Trip estuviese acostumbrado a comportarse así.

–No podías quedarte en el avión y no querías ceder. Ha sido un día muy largo.

–Tienes razón. Estoy deseando que se termine –admitió ella, llevándose las manos a la cabeza, que cada vez le dolía más.

Se apoyó en la puerta del coche, lejos de él, y miró hacia fuera mientras se preguntaba por qué lo que deseaba era apoyarse en él.

–¿Sabes cuál es tu problema? Que todo lo piensas en términos absolutos. Todo. Y eso es… agotador. No me extraña que tus padres piensen que necesitas un descanso.

–Si estoy agotada es por ti, por tu culpa.

Era afortunada. Tenía una familia que la quería, un trabajo que le encantaba, un pequeño grupo de buenos amigos, un apartamento amplio y bonito y suficiente dinero como para no tener que preocuparse por ese tema.

Entonces, ¿por qué se había pasado gran parte de su vida viviendo entre las sombras?

No toda su vida, Trip había sido como un rayo de sol en su rostro y lo había aceptado agradecida a pesar de saber que no se podía fiar de él, que mirarlo fijamente podía cegarla.

Como le había ocurrido con Cameron.

Este no había sido tan guapo como Trip, pero había sido un tipo popular y ella se había sentido halagada por su atención y no se

había dado cuenta de que no se podía fiar de él.

Y, para entonces, el daño ya estaba hecho. Había puesto a su hermano en peligro, pidiéndole que los llevase, a Cameron y a ella, de vuelta a la ciudad, a pesar de que Cameron le había contado varias semanas antes que no tenía coche, pero a ella no le había parecido importante hasta que había oído las sirenas de la policía.

Lily había intentado explicarse, pero lo cierto era que el coche era robado. Cuando su padre había llegado a la comisaría, Lucas no podía dejar de temblar y estaba llorando tanto que no era capaz de responder a las preguntas. Lo peor había sido que sus padres habían sido comprensivos.

No, lo peor había sido cuando lo habían llevado a la clínica de Ginebra.

Lily tenía el corazón en la garganta.

Había tardado mucho tiempo en olvidar aquella noche, pero en ocasiones seguía oyendo la sirena de la policía, veía a Lucas temblar, presa del pánico, y le entraban ganas de llorar. Su hermano siempre había sido muy tímido y había tenido problemas de ansiedad, pero en esos momentos se había vuelto un hombre reservado y retraído.

Y ella…

A lo largo de los años, todos los comentarios despectivos acerca de su imagen la habían hecho cautelosa con los demás en general, y con los hombres en particular, pero Lily había pensado que Cameron era diferente. Había creído que había visto su belleza interior, pero se había equivocado.

Por eso, acostarse con Trip había sido una locura. Al menos, los riesgos que había corrido no habían afectado a nadie más.

–Yo no tengo ningún problema –mintió–. Salvo tú. Tú eres mi problema.

–Eso ya es un avance –le respondió él en voz baja–. Ayer ni siquiera era eso.

Ella volvió a girarse hacia la ventanilla, sintiéndose frustrada, furiosa por haberle contado lo que iba a hacer y haberle dado la oportunidad de planear aquello.

Cuando Trip había roto con ella, había pensado que era un egoísta y un arrogante, pero se había quedado corta. Había mentido a sus

padres, le había mentido a ella, la había engañado, haciendo que pensase que iban a Londres para llevarla allí.

–¿A dónde vamos exactamente? –le preguntó, girándose a mirarlo.

–A Villa Morandi. La casa pertenece a mi padre. Bueno, supongo que ahora es mía –comentó, casi sorprendido.

Ella había visto a Henry varias veces. Físicamente, Trip se parecía mucho a él, en la altura, la nariz delgada y recta y los ojos azules, pero sus personalidades no podían ser más diferentes. Henry había sido un hombre disciplinado, centrado en sus objetivos, mientras que Trip llevaba la energía y la emoción a todas partes, asumía riesgos y eso hacía que pareciese más vivo y dinámico.

Pero Trip seguía siendo su hijo y, para muchos chicos, su padre era una figura a la que imitar. ¿Sería ese el motivo por el que estaba actuando de aquella manera? ¿Porque había perdido su guía? Quiso preguntárselo, quiso masajearle los hombros para que no estuviese tan tenso, pero para eso tenía que tocarlo y hacerlo habría sido una estupidez.

–¿Y qué pensaría tu padre de esto? –le preguntó–. Conocí a tu padre y no actuaba impulsivamente. Pensaba las cosas, las reflexionaba, y te dejó a cargo del negocio, por lo que entiendo que quería que ocupases su lugar, que crecieses y que fueses un sucesor digno. Estoy segura de que no esperaba que te casases con alguien en contra de su voluntad.

Él la miró fijamente.

–Está bien, rompe conmigo. Toma, puedes utilizar mi teléfono –le dijo, tirándolo encima del asiento–. Hazlo oficial. Llama a tu padre. Aunque te advierto que, dado que hay bastante sangre en el agua, los tiburones están esperando. Porque no es solo mi imagen la que va a quedar manchada por tu ruptura.

Ella se limitó a observarlo, tenía el corazón desbocado.

Trip tenía razón, los titulares serían demoledores. Se burlarían de ella, de que hubiese pensado que podía encandilar a un hombre como Trip Winslow. Porque, dijese lo que dijese, pensarían que él la había dejado.

Aunque podría soportarlo, llevaba soportándolo desde que tenía nueve años y la carrera de su padre la había convertido, aparentemente, en propiedad pública.

–Pero eso ya lo sabes, ¿no? –le dijo él entonces–. En vuestra familia sabéis muy bien cómo funciona el tema de la imagen y la reputación. Por qué, si no, no pensaría todo el mundo que tu hermano estaba estudiando música en el conservatorio de París cuando en realidad está en Suiza.

Ella lo miró a los ojos, supo que había palidecido. Nadie, salvo la familia, sabía del paradero de Lucas. Su propio padre lo había llevado a la clínica.

–Tú no sabes nada…

–No. Ni tampoco esos fotógrafos y periodistas que duermen en el coche, delante de mi casa, pero así es como se ganan la vida. Cuando encuentran un cabo suelto, tiran de él hasta que dan con algo.

Su voz era firme. Como una puerta que se cerraba y que no podía abrirse desde dentro.

Lily sintió náuseas. Solo había pensado en ella.

Se dijo que podía seguir con aquel falso compromiso y dejar que la prensa se centrase en la futura boda, o romper con Trip y esperar a que el cielo se derrumbase sobre su cabeza. Porque lo haría. Y no solo sobre su cabeza.

Se agarró las manos con tanta fuerza que las uñas se le clavaron en las palmas. Levantó la barbilla.

–¿Cuánto tiempo tendría que estar casada contigo?

Hubo un breve silencio.

–No lo he pensado todavía. Un año, supongo. Tal vez un poco más.

Ella había dado por hecho que Trip se mostraría encantado. Al fin y al cabo, había ganado, pero lo vio apretar la mandíbula.

–¿Acaso importa? –le preguntó él.

«No», pensó ella. Sobreviviría. Tenía que sobrevivir.

–Lo que importa es que filtremos la noticia a la prensa cuando mejor nos venga. Estas cosas hay que hacerlas de una determinada manera. Anunciarlo ahora, cuando hay tanta información acerca de

mi vuelta, hará que se centren en algo positivo. Y eso también es bueno para ti, Lily.

Ella se preguntó si lo era. No le importó que Trip hubiese hablado en plural como si aquello fuese algo que habían negociado, no una emboscada por su parte.

Porque Lily ya sabía que lo que importaba no eran sus sentimientos. Ni la trayectoria de su vida. Ya entendía que algunas personas asociaban ser atractiva con ser importante. Y aunque todo aquello había empezado antes de su adolescencia, los años de burlas y de sentirse inferior por no tener la nariz recta ni el cabello suave y brillante todavía estaban en su memoria.

Le dolió confirmar que Trip pensaba lo mismo de ella, saber que le había resultado tan fácil dejarla y que, en esos momentos, con la misma facilidad, la manipulaba para que se casase con él por interés.

No fue consciente de cuánto duraba el resto del viaje. Le resultó interminable. Tuvo la sensación de que el tiempo se detenía y ella revivía el mismo momento una y otra vez. Por fin, el coche tomó un desvío a la izquierda y llegó a un camino bordeado de cipreses.

Entonces, vio Villa Morandi, que parecía un palacio encantado sacado de un cuento de hadas. El pulso se le aceleró mientras el conductor disminuía la velocidad y después apagaba el motor, salía y rodeaba el coche para abrirle la puerta. Lily salió y observó la casa en silencio, recorriendo con la mirada las paredes deslucidas por el sol y las contraventanas verdes.

–¿Qué te parece? –le preguntó Trip, sacándola de sus pensamientos.

–Es preciosa –admitió ella, incapaz de mentir.

Incapaz de mentir, se le volvió a acelerar el corazón. Trip no solo le había mentido, sino que había engañado a todo el mundo y la estaba obligando a casarse con él. Tenía que volverse más dura, cuanto antes, o no iba a sobrevivir a aquello.

Levantó la barbilla, volvió a mirar hacia la casa y se encogió de hombros.

–Pero vista una mansión italiana, vistas todas, ¿no? Son todas iguales, lo mismo que sus dueños. Esperemos que no te confunda

con cualquier otro multimillonario egocéntrico y manipulador.

–Eso complicaría la situación –comentó él con los ojos brillantes bajo la luz del sol–, pero dado que casi todo el tiempo que hemos pasado juntos hemos estado desnudos, tal vez deberíamos quitarnos la ropa. Así no habrá ninguna confusión.

Ella no respondió y le dio la espalda a la casa.

Se centró en el modo en el que la brisa acariciaba su piel, en el olor a tierra, a hierba y a los cipreses y, más allá, oyó…

Nada.

Se estremeció. El silencio lo envolvía todo y tuvo una sensación que no había tenido antes. De estar lejos de la civilización, porque no necesitaba un mapa para saber eso.

Se estremeció. Estaba obligada a estar a solas con aquel hombre que había a su lado y, de repente, sintió que le costaba respirar.

Una mujer de mediana edad con el pelo cano, largo, recogido en una coleta, se acercó a saludarlos sonriendo.

–*Buongiorno, signor* Winslow, *signorina* Dempsey –dijo–. Espero que hayan tenido un vuelo agradable.

–Ha habido algunas turbulencias, ¿verdad, cariño? –comentó Trip, forzando una sonrisa–, pero nada que no hayamos podido soportar. Lily, esta es Valentina. Es el ama de llaves y la persona que gestiona la finca. Si necesitas cualquier cosa, pregúntale a ella. Salvo esta noche.

Se giró hacia la otra mujer.

–Gracias, Valentina. Ya me ocupo de todo yo.

Mientras atravesaban el recibidor, Trip se giró hacia Lily.

–Dejaré que te instales y después comeremos algo.

Ella lo miró como si no entendiese nada, de repente, se sentía aturdida. En el coche, cuando había accedido a casarse con él, no le había parecido real, pero en esos momentos se lo parecía. Aquello estaba ocurriendo, pero era solo el principio.

–No tengo hambre –le respondió ella en tono frío–. Quiero tumbarme. Y no se te ocurra pensar que vas a acostarte a mi lado.

El arqueó una ceja.

–Te enseñaré tu habitación –se limitó a decir.

Agotada, derrumbada, lo siguió al piso de arriba, y el pulso se le aceleró cuando Trip la llevó hasta un dormitorio muy bonito, con una preciosa cama de madera tallada con dosel.

–Vas a dormir aquí.

Ella se quedó inmóvil cuando Trip se giró a mirarla. Había suficiente espacio entre ellos para aparcar un coche, pero Lily se puso tensa de todos modos.

–Ahí hay un cuarto de baño y aquí está el vestidor –le indicó, avanzando y encendiendo una luz.

Ella frunció el ceño, había una chaqueta colgada en una percha. Y ella tenía una justo igual…

Sin respirar, miró otras prendas que habían sido cuidadosamente colgadas y dobladas.

–¿De dónde has sacado todo esto?

–Me lo envió tu madre antes de que saliéramos.

Otra traición. Sintió una punzada interna y, necesitando escapar de aquella mirada tan penetrante, dio un paso atrás y salió del vestidor hacia la habitación. Caminó despacio hacia la ventana, que llegaba al techo, con la mirada clavada en el horizonte.

Las cortinas estaban abiertas y Lily se quedó mirando a través del cristal y notó que le picaban los ojos. Era extraño pensar que aquel mismo sol que había visto ponerse en Nueva York el día anterior brillaba allí con una intensidad distinta, como si fuera el sol de un sueño. Se agarró con fuerza la muñeca, como para obligarse a despertar de la pesadilla que la estaba envolviendo, como si pudiera pellizcarse y despertar en una realidad diferente.

–Sabes que no se trata solo de mí, Lily.

Trip estaba detrás de ella. Podía ver su reflejó en la ventana, pero lo habría sabido, aunque le hubiese tapado los ojos.

Sus miradas se cruzaron en el cristal y ella se dio cuenta de que a Trip se le dilataban las pupilas, sintió calor en el vientre, pero supo que tenía que resistirse a él.

–Todo el mundo quiere esto para nosotros. Tú también lo querías. Me querías a mí.

Ella quiso retroceder, esconderse en el vestidor, pero no tenía sentido. No podía esconderse de la verdad, de lo que sentía dentro.

Era verdad. Había querido estar con él.

–Me había gustado la idea, sí –le respondió en tono frío, sin molestarse en girarse–, pero la mayoría de las mujeres tienen fantasías románticas en su cabeza y el problema con esas fantasías es que siempre suelen decepcionar.

Él no respondió de inmediato, se metió la mano en el bolsillo y sacó una pequeña caja cuadrada.

A ella le dio un vuelco el corazón mientras Trip la abría y le mostraba un enorme diamante de talla marquesa, rodeado de pequeños zafiros.

–Esto no es una fantasía. Tiene un objetivo. Tenemos que comprometernos. Lo necesitamos los dos. Y ese es el motivo por el que, de ahora en adelante, tienes que llevar esto puesto.

Trip le ofreció el anillo y ella lo tomó, como si estuviese hipnotizada, y se lo puso.

Él clavó la vista en su mano.

–¿Te queda bien?

Lily asintió y se preguntó cómo había sabido la talla.

–Me siento rara –comentó en tono tenso.

Él levantó la vista a su rostro, el color de sus ojos era un tono más oscuro que las piedras del anillo.

–Te acostumbrarás a llevarlo –le dijo, dudando, como si quisiese añadir algo más, pero después se dio la vuelta y se marchó.

Se detuvo en la puerta para quitar la llave y luego cerró la puerta y ella esperó a oír cómo echaba la llave, pero no lo hizo.

Porque no hacía falta que la encerrase. No iba a marcharse a ninguna parte y él lo sabía y, entonces, le resultó demasiado fácil odiarlo, pero supo que odiarlo no cambiaría nada. Tal vez le hubiese mentido, la hubiese engañado, la hubiese secuestrado y chantajeado, pero iba a tener que casarse con él.

Capítulo 5

Le apetece otro té, *signorina*?

Lily levantó la vista hasta Valentina y negó la cabeza.

–No, gracias. Siempre me tomo solo una taza.

Cambió de postura en la silla y volvió a clavarla donde la había tenido durante los últimos veinte minutos, en un punto un centímetro a la izquierda de donde estaba el bello rostro de Trip.

Estaban desayunando al aire libre, bajo el delicioso olor de las glicinias.

Más allá de los cuidados jardines, con sus setos de boj, parterres y estatuas medio ocultas, se extendía un paisaje de distintos tonos de verde, praderas con caballos pastando, olivos y campos de parras llenas de uvas y, al final, las oscuras colinas boscosas que se elevaban hasta encontrarse con el cielo completamente azul.

Era su primera comida en la casa y tenía que admitir que era excelente, estaba al mismo nivel que la que el ama de llaves de sus padres, Marisa, preparaba en Nueva York. Ella estaba todavía demasiado tensa para poder disfrutar del desayuno de huevos revueltos, esponjosos, y panceta crujiente, pero eso no era culpa de Valentina, que parecía una buena persona y no era responsable de los actos de su caprichoso dueño.

–Los huevos estaban muy buenos, por cierto –comentó, mirando al ama de llaves con una sonrisa–. Lo mismo que el pan. Todo estaba delicioso.

El día anterior, debido probablemente al estrés y a las pastillas para no marearse, se había quedado dormida y no había comido. Se había despertado al final de la tarde, había tomado una ducha, se había cambiado de ropa y, atraída por las increíbles vistas de su habitación, había decidido salir de su habitación.

Entonces había visto a Trip paseando por el jardín, con aire relajado, muy guapo, hablando por teléfono, y se había sentido tan furiosa que incluso había sacado el teléfono para llamar a su madre y contarle la verdad.

Entonces, al deslizar el dedo hacia la derecha, había aparecido el dulce rostro de su hermano y su ira se había desvanecido de repente.

En un momento dado, Trip había llamado a su puerta y había dicho su nombre en voz baja, y ella se había quedado inmóvil, en silencio. Él no había entrado y Lily se había pasado las siguientes horas odiándolo e intentando encontrar la manera de salir de aquella situación sin causar daños colaterales a sus seres queridos.

Pero había fracasado.

Después, había visto como Valentina ponía una mesa, con candelabro incluido, y la había invadido el miedo al darse cuenta de lo que había accedido a hacer. Tal vez Trip le había leído la mente, porque había sido el ama de llaves la que había llamado a su puerta en esa ocasión. Ella había abierto y le había explicado que tenía una fuerte migraña y que no iba a poder cenar con el señor Winslow.

Le había parecido una pequeña victoria, aunque ya daba la guerra por perdida, pero aquella mañana, al mirar hacia las colinas cubiertas de niebla, había decidido que no quería seguir escondiéndose. Había pasado gran parte de su vida con la cabeza agachada, intentando que no la vieran, ni siquiera por lo que hacía bien, como su trabajo.

Si alguien debía esconderse, ese era Trip. Esa idea la había empujado a bajar a desayunar. Era lo correcto. El aire caliente, con aroma a limón, la tranquilizó. Escondida tras una cerca de cipreses vio brillar una piscina azul reluciente cual zafiro bajo el sol, tentándola.

Aunque pensó que la belleza de la casa y de la piscina seguían viéndose eclipsadas por la de su dueño, que se echó hacia atrás en la silla con el ceño ligeramente fruncido mientras levantaba el rostro al sol, que parecía haber salido para iluminar a Trip.

Lily apartó la mirada de sus rasgos perfectos y la clavó en los prados donde estaban los caballos, con su pelaje reluciente, agitando las cabezas con nerviosismo para ahuyentar a las moscas.

–Parece un cuadro, ¿verdad?

La voz de Trip interrumpió sus pensamientos y ella lo miró con el corazón acelerado, sorprendida de que le hubiese leído el pensamiento. No era la primera vez, pero no le pareció justo que tuviese aquel poder sobre ella.

Dado que Valentina estaba delante, asintió levemente.

–Supongo que sí.

No iba a darle la satisfacción de confirmarle que podía leerle la mente. Ni se lo iba a poner más fácil.

Eso era lo que había pensado él. Al bajar las escaleras esa mañana, se había comportado como si estuviesen de vacaciones, como si aquel viaje hubiese sido consensuado, como si lo hubiesen planeado juntos, cuando en realidad la había arrinconado, la había metido en una farsa en contra de su voluntad.

Aunque a él no le importaba, pensó Lily, mirándolo, estaba tan relajado y guapo, con unos pantalones chinos beis y una fina camisa azul clara. Después de haberse salido con la suya, parecía habérsele olvidado lo que había hecho para llegar hasta aquel punto.

Así que tal vez fuese el momento de recordárselo.

Cuando Valentina despareció dentro de la casa, Lily dejó la taza sobre la mesa.

–Solo para tu información. Sé que no eres un hombre detallista, pero si esto tiene que funcionar, tendrás que comprender que yo también voy a poner algunas normas a nuestro acuerdo. Mis normas.

–¿Tienes normas para esto? –le preguntó él–. Y yo que pensaba que era el primero.

Eso la enfadó.

–¿Crees que es una broma? Me has puesto en una posición muy delicada, por eso he accedido a hacerlo, Trip, y lo haré lo mejor posible, pero lo haré pasando el menor tiempo posible contigo.

Él la miró fijamente.

–¿Eres consciente de que vamos a casarnos?

Sonrió como si no le importase nada lo que Lily le había dicho, pero mientras estiraba las piernas, ella se dio cuenta de que tenía el ceño ligeramente fruncido y había cierta tensión en su cuerpo.

–Entiendo que tendremos que pasar tiempo juntos en público y, cuando eso ocurra, me comportaré como se comportan las parejas en una relación real. Ya sabes, cuando uno no ha coaccionado al otro.

–Pero lo nuestro es mucho más emocionante, ¿no te parece?

Ella hizo caso omiso a su provocación.

–Te daré conversación y sonreiré, pero que te quede claro que no es lo que quiero. Lo único que quiero de ti es mi libertad. Por desgracia, me has hecho partícipe de tus mentiras, pero eso no significa que tenga que mentir cuando estemos a solas. Así que no te voy a dar conversación cuando estemos los dos solos, bastante tengo con actuar en público, no voy a hacerlo en privado. Tampoco va a haber beneficios entre nosotros.

–¿Beneficios?

A ella le ardió el rostro de repente.

–Ya sabes, intimidad –le aclaró enseguida–. Y ahora que ya sabemos los dos lo que piensa el otro, voy a…

–¿Y besarnos? –le preguntó él, frunciendo el ceño– ¿Cuál es la regla al respecto? ¿Cuenta como intimidad?

–Por supuesto.

–Estoy confundido –le respondió él–, porque el otro día, cuando nos besamos en tu casa, estábamos los dos solos.

Lily se dio cuenta de que había caído en su propia trampa.

–No habrá más besos –le aseguró, poniéndose de pie–. Si tenemos que parecer una pareja, nos daremos la mano.

–¿Para qué? –inquirió él–. Te lo pregunto solo por curiosidad.

Pero ella ya había vuelto a la casa.

Se quedó en su habitación hasta la hora de la comida. Cuando Valentina llamó a su puerta para avisarla de que la comida estaba preparada, se sintió tentada a fingir que tenía otra migraña, pero pensó que no podía hacer eso cada vez que Trip la molestase. Así que agarró una novela para usarla a modo de escudo y siguió al ama de llaves al piso de abajo.

La comida fue ligera, pero tan deliciosa como el desayuno. Cuando una de las criadas fue a recoger la mesa, ella hizo amago de retirarse, pero Trip tenía otra idea.

–Tomaremos el café junto a la piscina, que hace más fresco. Y hay más intimidad –comentó, alargando la mano para tomar la de ella.

Después de lo que había dicho por la mañana, Lily no pudo negarse, pero en cuanto Valentina les sirvió el café y se retiró, ella apartó la mano.

En realidad, no tenía de qué preocuparse, porque Trip necesitaba estar estimulado constantemente y cinco minutos después había desaparecido dentro de la casa.

Ella clavó la vista en el cielo azul y volvió a bajarla porque pensó que era como clavarla en los ojos de Trip. Tomó su libro y lo abrió. Una leve brisa procedente de las montañas la acarició y ella entrecerró los ojos.

Aquello estaba mucho mejor…

–¿Cuál será nuestro próximo paso?

Lily abrió los ojos y vio que Trip estaba de vuelta, con el teléfono pegado a la oreja. Se había puesto un bañador negro. Estupendo.

Lo miró, con la boca seca, consciente de que, de repente, no era capaz de controlar su reacción, pero agradecida de que estuviese caminando en dirección contraria a donde estaba ella, paseando por el borde de la piscina, con esa gracia suya que resultaba hipnótica. Era una llamada de trabajo, a juzgar por la tensión de sus hombros, pero a ella le daba igual. No le interesaba nada que tuviese algo que ver con Trip.

«Mentirosa», pensó, sintiendo calor en el estómago e intentando no mirarlo.

No se le había olvidado lo atractivo que era, pero le sorprendió tenerlo tan cerca. Tragó saliva y agarró su libro con más fuerza,

clavó la vista en él, pero no fue capaz de leer.

Levantó la vista y estudió su cuerpo perfecto con la mirada. Entonces, él miró hacia donde estaba Lily, ruborizada, y dijo en voz baja:

–Tengo que dejarte.

Ella volvió a bajar la vista al libro. Lo oyó sentarse y vio su cuerpo con el rabillo del ojo, pero fue su olor lo que más nerviosa la puso.

–¿Qué estás haciendo? –le preguntó, apretándose contra la tumbona al notar que Trip se cernía sobre ella.

–Tranquilízate –le dijo él–. No voy a saltarte encima.

–Ya lo has hecho antes –le respondió ella, tragando saliva, recordando el calor, el deseo–. Y me has engañado para venir aquí y, desde que lo hemos hecho, lo único que has hecho ha sido amenazarme y manipularme, así que tendrás que perdonarme si dudo de tus intenciones.

–Solo estaba moviendo la sombrilla –le contestó él–. Para que no te quemes. Aunque a lo mejor te mueres de una insolación antes. ¿No tienes calor?

Ella esbozó una sonrisa tensa.

Lo tenía, gracias a su madre, porque Laura solo había metido ropa apropiada para un viaje romántico, por eso iba con la misma ropa desde que se había bajado del avión, porque, a pesar del calor, necesitaba aquella armadura.

–Estoy bien, gracias –le contestó.

Trip la miró fijamente y se encogió de hombros.

–Como quieras.

Ella le mantuvo la mirada.

–Nada aquí es como yo quiero, como ya sabes.

Pensó que él iba a contestarle, pero se dio la vuelta y fue hacia la piscina, y Lily observó enfadada y con envidia cómo se zambullía en el agua, casi sin salpicar. Después, salió a la superficie y se subió al bordillo sin ningún esfuerzo. A Lily se le subió el corazón a la garganta mientras él se echaba el pelo hacia atrás y las gotas de agua corrían por su cuerpo.

Era imposible apartar la mirada.

«Haz algo, muévete», se dijo, pero Trip estaba volviendo hacia ella, se sentó a su lado, estiró las piernas y levantó el rostro hacia el sol.

–Ah, ahí está Valentina –le dijo él en un susurro, tomando su mano antes de que a Lily le diese tiempo a reaccionar, y se la llevó a los labios.

El ama de llaves les había llevado una jarra de zumo de melocotón recién exprimido y Lily se obligó a sonreír y se sentó, furiosa, mientras Trip le preguntaba a la otra mujer qué melocotones había utilizado y le acariciaba a Lily la mano con el dedo pulgar.

Cuando el ama de llaves se marchó por fin, ella se zafó y se puso en pie, temblando.

–¿Qué haces? –le preguntó él, frunciendo el ceño.

–Me voy dentro.

–¿De verdad? –le preguntó él con gesto inexpresivo–. ¿Porque te he tomado la mano? He seguido tus normas y tal vez tú también deberías hacerlo, Lily, porque necesitas que el plan funcione tanto como yo. Así que es mejor que dejes de luchar contigo misma, porque esto ya está ocurriendo.

Trip tenía razón, pensó ella mientras volvía a la casa, pero no le gustó admitirlo.

Trip la vio alejarse y apretó los puños. El día anterior había sido complicado, Lily se había resistido y solo había cedido cuando él había mencionado a Lucas. Y lo había desconcertado.

Tomó la jarra de zumo, se sirvió un vaso y se lo bebió enseguida, su sabor dulce, familiar, solía calmarlo, pero en esos momentos tenía un nudo en el estómago.

Conocía al hermano pequeño de Lily, aunque no bien, pero sabía que era tímido y sensible. Tampoco sabía qué estaba haciendo exactamente en Zúrich, el tema no le había interesado hasta que se había dado cuenta de que los Dempsey habían mentido acerca de su paradero.

No había hecho falta mucho esfuerzo para atar cabos. Estaba rehabilitándose.

No había planeado utilizar eso contra Lily, pero no había tenido elección. No obstante, la victoria no le había resultado tan satisfactoria como había pensado. No quería hacerle daño a Lily y, en parte, ese era uno de los motivos por los que había decidido llevársela a Italia.

Tras leer el mismo párrafo por enésima vez, Lily levantó la vista del libro y suspiró. Estaba sentada junto a la ventana de su habitación, un lugar perfecto para leer, pero no se podía concentrar. Solo podía pensar en lo que Trip le había dicho un rato antes.

Tenía razón. Ella también necesitaba que aquello funcionase, pero le iba a resultar mucho más complicado de lo que había imaginado.

Intentó no pensar en cómo se había sentido cuando Trip había tomado su mano junto a la piscina, sabía que lo había hecho para que los viese Valentina, pero ella seguía notando un cosquilleo en los dedos.

Como necesitaba distraerse, estudió las vistas desde la ventana. Solo había estado en Roma una vez, con sus padres, y le había encantado su arte y su arquitectura, y el bullicio de sus calles, pero estaban en la otra punta de Italia, en una zona mucho más frondosa, rural y tranquila. Era como mirar un cuadro o el escenario de un ballet, pero sin bailarines, solo caballos que pastaban.

Dejó el libro.

Su familia era una familia de marineros. Su padre había tenido yate y habían pasado los veranos disfrutando de él. A Lily le gustaban los caballos, pero eran grandes e impredecibles, prefería verlos de lejos.

Aunque, tal vez, si consiguiese superar su miedo y acercarse a ellos, todo le parecería más fácil en comparación. Y al menos dejaría de pensar en Trip. Empezaría por cambiarse de ropa porque tenía demasiado calor y no podía seguir vestida igual día tras día.

Tras ponerse un vestido ligero, de cuadros, con mangas abullonadas, se calzó unas sandalias y bajó las escaleras.

Le resultó sencillo encontrar los establos, que tenían las mismas paredes de yeso y el mismo tejado que la casa principal y eran, con

diferencia, los establos más lujosos que había visto, pero no había caballos en ellos.

Entonces, oyó un relincho procedente de otro edificio, una especie de granero. La puerta estaba cerrada, pero la abrió con facilidad y entró, levantando la vista, momentáneamente hipnotizada por las motas de polvo que se movían lentamente desde el techo.

Entonces, lo vio.

Trip estaba junto a un hermoso caballo castaño, todavía iba vestido con el bañador, pero no iba descalzo, sino que se había puesto una especie de botas bajas de montar.

Al principio, Lily pensó que estaba hablando por teléfono. Tenía la cabeza ligeramente agachada y una mano apoyada a un lado de su rostro, pero luego se movió y ella vio que no tenía nada en la mano, pero estaba concentrado.

El caballo sacudió la cabeza de manera brusca y dio unos pasos al frente, y Trip frunció el ceño y siguió al animal.

Lily contuvo la respiración. ¿Qué estaba haciendo?

Trip volvió a agachar la cabeza, cerró los ojos y, por un momento, no ocurrió nada. Luego, el caballo se giró y le mordisqueó los hombros y Lily tuvo la sensación de que no debía estar allí.

Sin girarse, empezó a retroceder y chocó con algo duro, metálico, un rastrillo.

–¡Ay!

–¿Lily?

El caballo dejó escapar un quejido acusador, pero fue la voz de Trip la que la dejó inmóvil por un momento. Se había dado la vuelta e iba andando hacia ella. Bajo la tenue luz del granero, su belleza era indescriptible.

–¿Estás bien? –le preguntó él, entrecerrando los ojos.

A sus espaldas, el caballo se había acercado hasta un montón de heno.

–Estoy bien –le respondió Lily, aclarándose la garganta–. He oído a los caballos y he venido a verlos.

Pensó en la actitud había tenido con el animal y, refiriéndose a él, le preguntó:

–¿Está bien?

–¿Acrux?

Se giró hacia el caballo.

–Está bien –añadió.

Lily no podía ver su expresión, pero su voz le resultó extraña, era casi como si le hubiese costado hablar.

–Es precioso.

Él volvió a dudar, pero la tensión de su voz se hizo más tenue.

–Es muy listo. Las personas piensan que son animales tontos, pero no lo son.

–¿Por eso lo elegiste? ¿Por su inteligencia?

–Yo no lo elegí. Lo crie desde que nació.

Eso la sorprendió. Que hubiese sido tan perseverante. Y se le debió de notar en la cara, porque Trip sonrió de medio lado.

–No me crees.

–Bueno, no me lo esperaba de ti –admitió ella, y no era la primera vez.

Se puso tensa al recordar el momento en el que se había dado cuenta de que se le había olvidado el discurso.

–Nunca te he dado las gracias –le dijo–. Por lo que hiciste aquella noche en el acto benéfico. Salir y dar un discurso así, fue impresionante. No sé qué habría hecho si no hubieses estado allí, así que muchas gracias.

Hubo un breve silencio.

–¿Qué te ha hecho pensar eso?

Lily se encogió de hombros.

–No lo sé. Que seas distinto a como yo pensaba. A como fuiste durante la primera comida.

Él dejó escapar una carcajada y a Lily le temblaron las piernas al oír aquel sonido.

–Bueno, sí, no fue mi mejor momento –admitió–. Tú estabas impresionante. Muy seria, pero impresionante. Me sorprendió tu juventud.

–Para ser justos, llevaba trabajando en ello un tiempo.

–Pues te salió muy bien, parecía espontáneo, emocionante, a pesar de que me odiabas –le dijo él.

Lily se ruborizó.

–No te odiaba. Bueno, tal vez un poco, pero porque llegaste tarde. Y con resaca. Estabas distraído –le respondió ella, haciendo una mueca–, pero cuando te quité el teléfono se te ocurrieron muchas ideas.

Él la miró fijamente.

–Hacíamos un buen equipo. Y esa noche me diste las gracias –añadió en voz baja.

No había palabras para describir cómo se sentía Lily cuando Trip hablaba en aquel tono.

Tal vez ese fue el motivo por el que, por un instante, se olvidó de por qué estaba en Italia. Tuvo la sensación, de repente, de que eran solo dos personas que conversaban con normalidad, casi una pareja.

Respiró hondo.

–No sé cómo hacer esto, Trip –admitió en voz baja.

–Le estás dando demasiadas vueltas –comentó él–. Ambos estamos sometidos al escrutinio público, lo que significa que, en ocasiones, tenemos que hacer un papel, ponernos una máscara.

Eso la sorprendió. Ella no se ponía solo una máscara, sino una armadura entera. Era la única manera de hacer un trabajo que le encantaba, de ser la hija que quería ser, pero le sorprendía que Trip también se sintiese así.

–Recuerda cómo nos comportamos en la gala benéfica, pues será lo mismo.

Ella pensó que no era o mismo. En casa, rodeada de sus amigos y de su familia, podía ser ella misma, pero allí, con Trip, no se podría relajar. No podía arriesgarse a bajar la guardia y que algo ocurriese, como en su casa.

–No es lo mismo, tú tienes servicio constantemente en casa, eso significa que tendré que estar todo el tiempo fingiendo.

El gesto de Trip se endureció.

–¿Qué quieres que te diga, Lily? La vida no es justa.

Ella lo miró, con un nudo en la garganta. No necesitaba que Trip le dijese aquello, ya lo sabía.

–No sé por qué te pones así. No te estoy pidiendo que hagas algo que no estuvieses dispuesta a hacer ya.

A Lily se le encogió el corazón.

–Sí. Porque es cierto que nos estábamos acostando, pero en privado, y ahora me estás pidiendo que sea tu prometida, tu animadora, tú aval, en público.

Él la miró fijamente y sonrió de manera tensa y a Lily se le aceleró el pulso.

–No te lo he pedido –le respondió él con impaciencia–. Mira, Lily, ya sabes cómo funciona el mundo. A todo el mundo le gusta una historia. Tenemos que hacer que se crean esta. Y tú eres una mujer muy inteligente, así que no creo que vaya a ser un problema. Además, tienes un incentivo. Ambos lo tenemos.

Ella tomó aire.

–No me gusta esa palabra.

–¿Cuál? ¿Historia? ¿Incentivo?

–Ambos –le respondió ella en tono tenso–. Somos dos personas independientes. Ambos implica consentimiento e intimidad. Y no hay ninguna de las dos en nuestro actual acuerdo.

–Por actual, ¿te refieres a este preciso momento? Porque no hace tanto tiempo que nos estábamos besando y ambos estábamos de acuerdo…

Lily sintió que le costaba respirar, se sintió aturdida.

–Eso fue…

–¿Qué? –le preguntó Trip, arqueando una ceja–. ¿Una mala idea? ¿Un error?

Dio un paso hacia ella y Lily sintió que aumentaba la tensión entre ambos. Trip bajó la vista a sus pechos endurecidos.

–Me estás mintiendo y te estás mintiendo. Tú me deseabas, Lily, todavía me deseas. No sé por qué no lo admites…

Estaba tan cerca de ella que Lily podía ver las pecas que salpicaban sus mejillas, la sombra de su barba. Estaban demasiado cerca, aunque no era necesario estarlo para saber que Trip tenía razón y, aunque no quisiera admitirlo, el mero hecho de oírselo decir tuvo un efecto en ella, le hizo recordar cómo se había sentido al verlo excitado, al ser consciente del poder que tenía sobre él.

En esos momentos, tuvo la sensación de que era el único poder que le quedaba.

–Pues vamos a acostarnos –le dijo, dando un paso al frente, con los brazos en jarras, como si lo estuviese retando–. Vamos a hacerlo. Aquí. Ahora. Vamos a tener sexo en este granero.

Él pareció sorprendido.

–¿Qué? Lo has dicho tú. Te deseo y tú me deseas a mí. Son solo nuestros cuerpos y no podemos hacerlo con nadie más. Y da igual aquí que en cualquier otra parte.

Lily alargó los brazos hacia él, se aferró con torpeza a su camisa para atraerlo y notó que estaba tenso, que apoyaba las manos en sus caderas para detenerla.

–¿Qué estás haciendo? –le preguntó Trip con voz ronca, pero no la apartó.

Lily notó su erección en el vientre y se estremeció, arqueó la espalda hacia él.

Como si no fuese el hombre del que había intentado huir, el hombre que la estaba chantajeando, como si solo importase el deseo.

–Lily, no, así no…

Fue la ternura de su voz lo que hizo que Lily retrocediese y lo mirase fijamente, con el rostro ardiendo, y se pusiese a llorar. Ya no se sentía poderosa. Había querido castigarlo, hacerle daño como él se lo hacía a ella, y solo había sabido una manera de hacerlo, porque en el sexo se había sentido a su mismo nivel.

Pero había dejado de estar a su nivel. Solo era una herramienta, un medio para lograr su objetivo.

–Si así no, entonces, ¿cómo?

Tenía el rostro mojado, pero no se limpió las lágrimas, en su lugar, se cruzó de brazos.

–¿Como antes, tal vez? ¿Es eso lo que quieres? Porque no va a poder ser. Jamás –le respondió con voz temblorosa–. ¿Piensas que, porque no soy bella, como tú, no tengo sentimientos? Que no me importa que…

Lily se llevó la mano a la boca. Había hablado demasiado. Había dicho más de lo que quería que él supiese.

Trip parecía sorprendido, tenía los ojos más abiertos y más azules que nunca.

–Lily…

Pero ella ya estaba saliendo a trompicones por la puerta, a la luz del sol, y luego echó a correr, huyó del dolor de su corazón y de la mirada de lástima de Trip.

Capítulo 6

Trip se recostó en la silla, levantó la vista al cielo y respiró hondo. Era otro día perfecto.

El sol brillaba con fuerza, pero había una brisa ligera, suficiente para hacer que el calor fuese soportable. Se llevó el vaso que tenía en la mano a los labios. Aquel vino también era perfecto. Estaba fresco y tenía notas de albaricoque y melocotón.

Por fin iba todo tal y como había planeado.

Miró al otro lado de la mesa, donde debía de haber estado sentada Lily.

Lily estaba cooperando, pero solo como un soldado aceptaba ser prisionero en la guerra. Aparentemente con pasividad, pero por dentro contaba los días que faltaban para su liberación.

Había conseguido desayunar y comer sin decir más de diez palabras en total, antes de desaparecer sin ninguna explicación o excusa. Eso lo había molestado, sin duda, porque no podía obligarla a hablar con él. Así que las posibilidades de que Lily cambiase de actitud durante la cena eran pocas.

Porque no quería hablar con él. No quería mirarlo. No quería tenerlo cerca. Por eso él estaba allí, bebiendo solo, y ella debía de estar escondida en su habitación, odiándolo con todo su ser.

Se puso tenso al pensar en el momento en el que se había dado cuenta de que estaba llorando en el granero.

Por él.

Levantó la vista al sol, permitiendo que lo cegara para intentar apartar de su mente la imagen del rostro de Lily y un dolor que iba de una sien a la otra. Eso solo empeoró la situación, porque también pudo oír su voz.

«Jamás».

Su mente repitió aquella palabra una y otra vez y él se dijo que todavía no sabía lo que había ocurrido en el granero.

Su presencia allí lo había desconcertado. No debía haber estado allí. De hecho, él solo había ido porque la tensión entre ambos había empezado a desestabilizarlo.

Había notado un escalofrío en el brazo desnudo y, al girarse, había descubierto a Lily observándolo mientras estaba con Acrux, y se había sentido más vulnerable que en toda su vida, más expuesto. A parte de su familia más cercana y de los terapeutas que lo habían tratado a lo largo de los años, nadie sabía que tenía TDAH. Al menos, oficialmente. Sus profesores lo habían sospechado, sus amigos habían bromeado al respecto, pero Henry siempre se había negado a que lo etiquetasen. Había querido proteger su apellido a toda costa.

Trip también había sorprendido a su padre observándolo algunas veces. Se puso tenso.

Había perdido la cuenta de las veces que le habían dicho que, para afrontar el problema, debía involucrarse toda la familia y, quizás, si su madre hubiese estado menos centrada en sus propios asuntos, todo habría sido diferente. Ella podía haber reconocido y valorado su ingenio, su energía y su capacidad para hablar con cualquiera. Tal vez, si se hubiese llevado menos edad con Charlie y si este no hubiese tenido tanto miedo a molestar a Henry, podrían haber sido amigos, y su hermano podría haberlo ayudado durante los primeros años de su vida.

Pero los Winslow no habían sido una familia, sino cuatro individuos con el mismo apellido, algo de ADN y una cartera de propiedades inmobiliarias de primera categoría.

Cuando tenía diez años, por fin lo habían diagnosticado y al principio había sido un alivio saber por qué era diferente a otras personas, en particular, al padre al que admiraba, pero con el que

chocaba con frecuencia. El inconveniente había sido que su padre se había empeñado en curarlo y él había empezado a sentirse como un ratón de laboratorio. Le habían hecho muchas pruebas, habían utilizado diferentes técnicas, medicaciones, terapias, algunas lo habían ayudado durante un tiempo, pero solo había conseguido encontrarle el sentido al caos que tenía en la cabeza cuando un terapeuta le había aconsejado la psicoterapia asistida con equinos.

Y, dado que su padre era Henry Winslow II, no se había conformado con mandarlo a terapia. Siempre que había sido posible, todas sus casas alrededor del mundo habían sido equipadas con establos y, por supuesto, caballos. En realidad, su padre había hecho todo lo que había podido.

Pero a Trip todo le había parecido un arma de doble filo en su complicada relación porque, a pesar de sus progresos, nunca había sido suficiente.

Ni siquiera cuando había demostrado que era más que capaz de dirigir el negocio, más capaz que Charlie en muchos aspectos porque, de los dos, era el que había asumido riesgos. Se había lanzado por su cuenta sin la bendición ni la orientación de su padre. Y sí, al principio había fracasado, pero eso había sido parte del proceso de innovar. Su objetivo siempre había sido fracasar mejor hasta que llegase el momento de lograr el éxito.

Miró hacia donde estaba Acrux, detrás de uno de los castaños que salpicaban el paisaje verde. Descubrir la hipocresía de su padre era solo uno de los motivos por los que intentaba evitar que sus pensamientos se arremolinaran como una manada de caballos salvajes.

Notó que su rostro se tensaba.

Lo que no había sabido hasta el día anterior era lo mucho que estaba luchando ella también.

Volvió a regañadientes a la escena del granero, a sus ojos grises observándolo con curiosidad, pero también con ternura. Como si lo comprendiese. Como si hubiese traspasado las barreras que Trip había puesto para protegerse del mundo.

No recordaba que nadie lo hubiese mirado de aquel modo antes. Ni siquiera su madre. Alessandra Winslow había estado demasiado perdida en sus propios pensamientos como para centrarse en él.

Tal vez ese fuese el motivo por el que lo había tomado por sorpresa. Por eso había sido tan impactante lo que había ocurrido después, tanto, que había olvidado su frustración y su ira, de esa furia oscura que parecía imposible de disipar, que le hacía sentir que había estado furioso casi toda su vida, desde antes de haber encontrado las cartas de su padre.

Se le encogió el pecho. Sabía que también había dolor en aquella ira, pero sabía que no había hecho mucho para tranquilizarse, ni para aliviar el dolor, el dolor de haber perdido a su padre no una vez, sino dos, porque así era como se había sentido al encontrar las cartas. Al leer las palabras apasionadas de la amante de su padre se había cuestionado todo lo que había creído saber del hombre que lo había criado.

Y no sabía qué hacer con aquellos sentimientos.

Al mirar a Lily a los ojos el día anterior, en el granero, había sentido que el mundo se detenía. Y que algo cambiaba. La ira y la frustración habían desaparecido y se había relajado. Le había parecido muy sencillo, solo hablando, y luego ella había sonreído y él se había quedado sin respiración.

Pero ella le había dicho que no sabía cómo hacer aquello y le había dolido. Trip no entendía qué era aquello que sentía por ella, por qué la necesitaba, así que lo que había hecho era pagarlo con ella, intentar hacerle daño obligándola a admitir que lo deseaba.

Respiró hondo y se puso tenso al pensar en Lily con aquel vestido, con la luz entrando por su espalda, revelando el cuerpo que había debajo de la fina tela de algodón. Que ella no hubiese sido consciente lo hacía todavía más erótico.

Pero sí lo había sentido, había sentido cómo cambiaba el ambiente, la tensión que había entre ellos, por lo que, cuando había llevado la mano a su pecho, a Trip no le había sorprendido. Lo que lo había sorprendido, lo había dejado de piedra, era lo que Lily le había dicho y cómo se lo había dicho. Como si estuviese hablando de tuercas y tornillos, en vez de sexo.

Eso lo había molestado. Y había querido responder, besarla y apretar su cuerpo contra el de ella, pero entonces se había dado cuenta de que estaba llorando.

Por él.

Luego, Lily lo había apartado, pálida, vulnerable, como si él fuese solo un extraño, una amenaza…

Y eso no era justo porque Lily tenía que saber que él jamás sería capaz de hacerle daño. De hecho, había intentado hacer lo correcto.

No obstante, ella había actuado después como si hubiese sido él quien había comenzado. Como si ser su esposa fuese una sentencia a cadena perpetua. Trip se puso en pie con brusquedad, entró en la casa y subió las escaleras. La puerta de la habitación de Lily estaba cerrada. Llamó.

No obtuvo respuesta.

Volvió a llamar, con impaciencia porque él era así, pero Lily no respondió y eso lo enfadó todavía más. Sin pensarlo, giró el pomo y abrió la puerta.

–¿Se puede saber por qué no…?

Se detuvo. La habitación estaba vacía. Trip frunció el ceño, miró en el cuarto de baño y en el vestidor. Estaban vacíos. Con el corazón acelerado, miró a su alrededor y después se acercó a la ventana.

Desde allí, vio una figura vestida con unos pantalones cortos y un top, andando con paso decidido por la hierba, hasta desaparecer detrás de una curva.

A Trip se le aceleró todavía más el pulso. ¿Estaría huyendo o escondiéndose? En cualquier caso, la encontraría. Era la primera vez que iba detrás de una mujer, pero también era la primera vez que quería hacerlo.

Lily iba caminando deprisa.

Había intentado leer en su habitación, pero no había podido dejar de pensar en lo ocurrido en el granero. Entonces, había visto a Trip en la terraza, tan tranquilo, disfrutando de una copa de vino bajo el sol, y había necesitado salir de la casa.

No tenía ni idea de a dónde iba, pero se sintió más tranquila solo con andar. Vio varios caballos pastando a la izquierda, así que se mantuvo a la derecha, no se detuvo. Hasta que oyó el timbre de su teléfono.

–¿Lily?

–Papá.

–¿Tienes tiempo para hablar? Sé que mamá ya te ha dicho lo contentos que estamos, pero quería felicitarte en persona.

Hizo una pausa.

–Aunque supongo que estarás muy enfadada con nosotros, ¿verdad? Supongo que sí, que por eso no nos contaste que estabas prometida. Porque odias todo el drama que implica ser mi hija, pero podías habérnoslo contado. Habríamos guardado el secreto.

Ella pensó que lo que odiaba era tener que mentir a sus padres.

–Conectamos a través del arte –dijo ella, porque era cierto.

–No tienes que darme ninguna explicación, cariño. Estamos felices de que hayas encontrado el amor, pero espero que él sepa lo afortunado que es de tenerte, Lily.

De repente, a Lily le costó respirar. Se le había hecho un nudo en la garganta. Sus padres estaban siempre de su parte, eran ajenos a sus imperfecciones. Les habría roto el corazón si les hubiese contado que Trip solo la había escogido porque sabía que a los accionistas les parecería bien.

–Lo sabe, papá –le respondió, aclarándose la garganta–. Tengo que dejarte…

–Por supuesto, cariño. Pásatelo bien. Mamá dice que te quiere y Lucas, también.

Lucas.

Al colgar, miró la fotografía de su hermano. Él era el verdadero motivo por el que estaba allí y por el que iba a casarse. Quería que dejasen a Lucas en paz.

Pensó que había lugares mucho peores que aquel en el planeta. La Toscana era preciosa y, en otras circunstancias, le habría encantado estar allí.

Si aquello hubiese sido real, si Trip se le hubiese declarado…

Recordó lo ocurrido en el granero. No había pasado más vergüenza en toda su vida. Trip no solo la había rechazado, sino que le había dejado claro que jamás le habría pedido que se casase con él de verdad, y eso le había dolido.

No había querido quedarse a ver cómo la miraba con pena. Ya conocía la sensación.

La primera vez que la habían mirado así había sido durante el treinta cumpleaños de su madre, cuando ella tenía siete años. Su padre había querido regalarle un retrato de toda la familia y a Lucas y a ella les había hecho mucha ilusión la idea, pero al mirar el cuadro terminado se había dado cuenta de que no era bella.

Nunca había mencionado el tema, no habría sabido cómo hacerlo porque sus padres nunca la habían tratado de manera diferente ni habían hecho que se sintiese inferior.

Pero otras personas, sí.

Algunas, utilizando el sarcasmo. Otras, de manera más abierta. Ella había aprendido a ignorarlos, a no llamar la atención, a agachar la cabeza. Y eso había tenido ciertas ventajas. Había destacado en el colegio, después, en la universidad y, tras varios años supervisando las obras benéficas de sus padres, había ofrecido un servicio de asesoramiento filantrópico. Su éxito no había conseguido detener por completo a sus detractores, pero ella había estado ocupada haciendo algo que le encantaba.

Entonces, había conocido a Trip.

Sintió ganas de llorar. No entendía lo que le pasaba. Después de lo ocurrido con Cameron, debía haber mantenido las distancias. No necesitaba involucrarse con otro hombre guapo y encantador, pero egoísta y egocéntrico.

No obstante, Trip había hecho que superase sus inseguridades y que se sintiese ágil y brillante, e incluso hermosa.

Aunque, en muchos aspectos, el sexo era tan cegador como el amor. Y eso era lo que Lily no había visto hasta entonces. Todo lo contrario, se había felicitado por ser capaz de controlar la situación con Trip como no lo había hecho con Cameron.

Porque las chicas como ella no terminaban con hombres como Trip. Y aquel matrimonio falso era todo a lo que podía aspirar.

En Nueva York el sol era abrasador, pero allí le gustaba su suave caricia, acompañada de una ligera brisa. Se quedó inmóvil, respirando hondo, dejando que la luz iluminase su rostro, y luego avanzó entre las ramas cubiertas de hojas y llevó la mano a un racimo de uvas negras. Tomó una y se la llevó a la boca.

Una sombra se cernió sobre ella. Era más grande que un pájaro y no se trataba de una nube. Miró hacia arriba y vio al hermoso caballo castaño que había estado en el granero el día anterior. ¿Acrux?

Le pareció todavía más grande, probablemente, porque lo tenía muy cerca o, tal vez, porque Trip lo estaba montando y eran sus anchos hombros los que bloqueaban la luz del sol.

–Pruébalas si quieres, pero es posible que te lleves una decepción –le dijo él–. Son más pequeñas que las uvas de mesa, pero su piel es mucho más gruesa, así que tienes que masticar mucho y, después, escupir las semillas.

Trip, que había cabalgado sin silla, bajó al suelo con agilidad y tomó la cuerda que había alrededor del cuello del caballo.

–Allí tenemos uvas de mesa –comentó, echando a andar seguido del animal.

Lily también lo hizo.

–Son uvas moscatel italianas. La mayor parte se cultiva en la Puglia, pero a mi padre siempre le gustaron, así que, cuando compró la finca, empezó a cultivarlas, solo para la familia. Creo que saben como el vino antes de embotellarlo.

Trip le ofreció un pequeño racimo de uvas doradas con la piel brillante.

–No te preocupes, no tienen semillas. Y no terminarás pasando seis meses en el inframundo.

Ella lo miró con sorpresa. ¿Conocía Trip el mito de Perséfone y las granadas?

–¿Ahora te estás comparando con un dios griego?

Él esbozó aquella sonrisa que Lily conocía tan bien.

–Prueba solo una, por favor –le contestó él en voz baja, aunque con cierta tensión.

Ella, que seguía haciendo un esfuerzo por respirar, lo miró, sorprendida por su tono de voz. No era una rama de olivo ni una granada, pero era un sacrificio de paz… o, al menos, un intento.

Así que aceptó la uva y se la metió en la boca. Estaba dulce y se le deshizo en la boca de tal modo que tuvo que llevarse la mano a los labios para contener el jugo.

–¿Está buena? –le preguntó él.

Y Lily asintió.

Él se comió también un par y luego se las ofreció a Acrux.

–No sabía que los caballos comiesen uvas –admitió Lily, frunciendo el ceño.

–Les encantan, por eso no suelo traerlo por aquí –le respondió Trip–, pero la necesidad obliga.

Se quedaron en silencio y el ambiente se tensó entre ellos.

Lily se aclaró la garganta.

–¿Cuánto vino producís aquí? –le preguntó, por romper el silencio.

–Unas quinientas cajas. Es una producción muy pequeña, pero nuestro *rosato* ha ganado premios. Según Stefano, el administrador del viñedo, este año va a ser muy buena cosecha. Ha pasado a verme esta mañana. Al parecer, van a vendimiar dentro de unos días, así que podrás verlo. Es toda una suerte. Aunque supongo que a ti no te lo parecerá –añadió, un segundo o dos después.

Ella lo miró con un nudo en la garganta.

–No pensé en eso hasta ayer, cuando te disgustaste –continuó Trip–. Y sé que me odias, pero no tenía elección. Nunca fui el candidato…

Lily se dio cuenta de que volvía a estar enfadado, aunque tal vez no fuese ira, sino dolor y frustración. Esperó, vio cómo recuperaba el control de sus sentimientos.

–Siempre iba a ser Charlie y, de repente, fui yo y, a pesar de que muchas personas tenían dudas sobre mí, yo sabía que podía hacer funcionar el negocio, que podía hacer que fuese mejor. Y lo conseguí, pero entonces me marché a Ecuador y, cuando volví, todo el mundo tenía miedo. Así que tenía que hacer algo al respecto para no perder el control de la empresa. No podía darles la razón. No después de todo lo que…

Se interrumpió, clavó la vista en las vides y ella supo que ya no estaba allí, sino que había vuelto a Ecuador. Lily también se puso tensa e intentó imaginarse cómo debía de haberse sentido, teniendo que enfrentarse a tanta violencia, a la muerte, él solo. Y pensó que, si ella no hubiese estado allí, Trip habría estado solo.

–No te odio –le dijo por fin, porque era cierto–, pero a veces haces tonterías.

Pensó en el momento en que la policía había aparecido de repente y Lucas la había mirado, asustado, a través del espejo retrovisor. Se aclaró la garganta.

–Le ocurre a todo el mundo. Y estoy aquí porque tenías razón. Habrá momentos mejores para que rompamos. Cuando no esté todo el mundo tan pendiente de tu regreso de Ecuador.

Trip la miró en silencio y hubo algo en su expresión que hizo que Lily pensase que casi odiaba oírle decir aquello. Lo que no tenía sentido.

Entonces, asintió.

–Eso es cierto –admitió–, pero también es cierto que solo estoy aquí por ti. Tú eres la razón por la que salí vivo de la selva.

Trip sintió que le faltaba el aire, Lily lo estaba mirando con sorpresa. Llevaba el pelo recogido en un moño bajo perfecto e iba vestida con unos pantalones cortos y una camisa blanca también corta que parecía cubrirla por completo y, al mismo tiempo, dejaba imaginar lo que había debajo de un modo que lo confundía y lo excitaba al mismo tiempo.

–No lo entiendo.

Al verla fruncir el ceño, él apretó los puños.

Él tampoco lo había entendido. Ni lo entendía todavía, por eso no le había contado a nadie lo ocurrido, lo que había visto, por qué había planeado no hablarlo jamás con nadie, pero, de repente, quería contárselo a Lily.

El recuerdo le pareció más claro y más real que las vides y la tierra.

–El tipo que se ocupaba de atarme bebió, olía a alcohol y, una noche, me di cuenta de que podía soltarme las manos. Esperé a que se durmieran, me quité la venda de los ojos y conseguí escapar.

Todavía recordaba el miedo que le había dado que se despertaran o, todavía peor, que le dispararan. Con el corazón desbocado, había tenido la sensación de estar en la situación más intensa de su vida y, al mismo tiempo, de estar siendo testigo de algo que le ocurría a otra persona.

–¿Y cómo supiste hacia dónde ir? –le preguntó Lily.

Los ojos de Lily eran del gris de las nubes cuando había tormentas en verano y, de pronto, Trip deseó enterrarse en su dulzura.

–No lo sabía –le respondió–. Fui decidiéndolo según avanzaba. Un día, mientras intentaba escalar una cima, el suelo se derrumbó debajo de mis pies y perdí la botella de agua. Entonces, todo se complicó. Tenia mucha sed y bebí de una poza. No sé qué tenía el agua, pero, después de eso, casi no podía caminar. Temblaba tanto que incluso me mordí la lengua.

Se había apoyado en un árbol, con la piel ardiendo, y se había puesto a rezar, desesperado.

–Entonces, te vi. Llevabas un vestido color crema, como el que te pusiste para comer la primera vez que nos vimos, y me tendías la mano…

Agarró con fuerza la cuerda que estaba sujetando. Ya entonces había sabido que estaba alucinando, que Lily estaba en Nueva York, pero había intentado agarrar aquella mano,

Después de tantos días de semioscuridad y delirio, había pensado que seguía alucinando, así que no se había dado cuenta de que había personas moviéndose a su alrededor. Solo le había importado Lily.

–Así es como encontré el poblado. Por ti. Tú estabas allí, conmigo…

La miró y no comprendió su expresión, pero se le aceleró el corazón y levantó la mano para tocarle la mejilla.

–No pretendía hacerte llorar –le dijo con voz ronca–. Y no es que no quisiera estar contigo ayer.

Se preguntó si aquello tenía sentido. ¿Acaso importaba? Eran solo palabras, una colección de palabras que eran poco más que el balbuceo de un niño. No se acercaban a lo que realmente quería decirle, a lo que sentía, pero se estaba creando algo entre ellos, algo precioso y frágil, y le daba miedo estropearlo y que estallase como una burbuja.

Tal vez Lily sentía lo mismo, porque en vez de responder, se tambaleó ligeramente, apoyándose en la curva de su mano, y Trip notó que su cuerpo reaccionaba al instante, con anhelo.

Ella levantó la barbilla y giró la cabeza al oír el ronroneo de un motor. Trip siguió su mirada hacia donde un tractor subía la colina, juró en silencio al ver que Lily retrocedía y se apartaba de él.

–Es solo Maurizio. Trabaja aquí –le explicó, aunque no fuese necesario.

Maurizio debía de haberlos visto, porque el tractor se detuvo y, de repente, se hizo el silencio. Trip lo vio bajar de la cabina. Maurizio había trabajado en la finca desde que había salido de la escuela y ya se le había pasado la edad de jubilación, pero, tras el fallecimiento de su esposa, se había sentido tan perdido, tan necesitado de una ocupación, que Trip había accedido a que siguiese trabajando.

Se giró para explicarle todo aquello a Lily, pero ella había echado a andar y, cuando quiso darse cuenta, había desaparecido.

Trip se sintió como perdido, sintió pánico, pero tardó cinco minutos más en poder deshacerse del otro hombre. Para entonces, Lily hacía mucho que se había marchado, pero tenía que buscarla.

Y sabía dónde encontrarla.

Hacía fresco en el bosque. Con el corazón acelerado, siguió uno de los sinuosos caminos, escogiendo el sendero más ancho cuando este se bifurcó, solo para retroceder poco después y tomar el que estaba más cubierto de maleza. Y, entonces, la vio.

Lily estaba en mitad del camino, con los ojos muy abiertos y ligeramente ruborizada.

A Trip le dio un vuelco el corazón. Se habían mirado a los ojos cientos de veces o más en los últimos días, pero había algo diferente en esa ocasión, una intensidad, una anticipación que hizo que se le secase la boca y le temblase el estómago.

En la distancia, volvió a oír el murmullo del tractor, pero allí, en el bosque, solo se oía el ruido de los insectos y su respiración acelerada.

–Me has esperado –le dijo a Lily con voz ronca.

Ella lo miró fijamente.

–Has venido a buscarme.

Por un momento, ambos guardaron silencio. Él tuvo la sensación de que estaban sumergidos en el agua y estaba conteniendo la respiración. No se quiso mover por si estaba alucinando y, entonces, ella le tendió la mano y lo sacó del camino, a través de la maleza, hasta llevarlo a una zona de sombra cubierta de pequeñas flores amarillas y azules. Allí, se giró a mirarlo.

–¿Vas a atarme? –le preguntó.

Trip se sintió como si le hubiese dado una bofetada.

–¿Qué? –balbuceó.

Ella miró hacia la mano en la que tenía la cuerda.

–¿Quieres que lo haga? –inquirió con voz ronca.

A Lily se le dilataron las pupilas.

–Sí, pero, primero, bésame.

La cuerda cayó sobre la hierba a sus pies y Trip, respirando con dificultad, se inclinó hacia delante para agarrar su barbilla y besarla. Se besaron, cada vez de manera un poco más profunda, hasta que ella se apartó y giró la cabeza para tocar su mano con los labios.

–Te deseo, Lily –le dijo él, enterrando los dedos en su pelo.

–Y yo a ti…

Lily se inclinó hacia él y volvió a besarlo y, después, lo empujó para apartarlo.

–Mírame mientras me desnudo.

Se quitó las sandalias y empezó a desabrocharse la blusa muy despacio, a propósito, y él la observó, excitado.

De repente, perdió la paciencia y la atrajo contra su cuerpo, le abrió la blusa, rasgando la fina tela, y se la quitó. No llevaba sujetador y le acarició los pechos con ambas manos, se excitó todavía más al oír que daba un grito ahogado. Entonces, bajó la boca para pasar la lengua por su suave piel, jugó con los pezones hasta que se endurecieron.

Lily volvió a apartarlo.

–Te he dicho que me mires.

Se desabrochó los pantalones cortos y dejó que cayeran al suelo, sobre sus pies descalzos. Y se quedó solo con unas braguitas de color melocotón.

Por un instante, Trip pensó que iba a desmayarse y, entonces, se quitó los zapatos, la agarró por la muñeca y la acercó a él.

–Ahora, desnúdame a mí –le pidió.

Temblando por dentro, Lily le quitó la camisa por la cabeza y pasó las manos por su pecho, por su vientre, y metió los dedos por debajo de la cinturilla del pantalón. Tiró de la cremallera para liberarlo y, luego, se arrodilló para tomarlo con la boca. A él se le cortó la respiración y le acarició el pelo.

–Así, no. No esta vez.

Se bajó los pantalones y los calzoncillos, se arrodilló delante de ella, pasó las manos por sus pechos y por su cintura, por sus piernas, exploró cada una de sus curvas, cada centímetro de piel, hasta que por fin enterró los dedos entre sus muslos. Ella gimió contra sus labios y eso lo alentó. Trip le quitó la ropa interior, temblando mientras ella lo abrazaba con las piernas por la cintura y se colocaba contra su cuerpo.

Él la penetró y gimió. Estaba tan húmeda y caliente.

–Lily…

Esta lo agarró por las caderas para alentarlo a moverse en su interior y arqueó la espalda. Trip se puso tenso al notar cómo sus músculos internos lo apretaban y llegó al clímax como un tren que hubiese perdido el control.

Capítulo 7

Lily apoyó la cabeza en el musculoso pecho de Trip, temblando mientras este se movía en su interior y la iba rompiendo en pedazos con cada empellón.

Había intentado olvidarse de lo mucho que le gustaba aquello, había intentado convencerse de que el recuerdo de su pasión era exagerado, pero se había intentado engañar. Trip era el único hombre que la había hecho sentirse tan indefensa y hambrienta al mismo tiempo. Tan mujer.

Había sido así la primera vez y todas las siguientes, tal vez siempre sería así entre ellos.

–Lily…

Trip la obligó a mirarlo, tenía los ojos azules muy brillantes. Ella todavía tenía las piernas alrededor de su cintura y fue entonces, al bajar la vista al lugar en el que sus cuerpos se unían, cuando se dio cuenta de que él seguía arrodillado, soportando con la otra mano el peso de su cuerpo.

–No te he preguntado. ¿Te estás tomando…?

–Sí, me estoy tomando la píldora.

La expresión de Trip cambió un instante, pero no se movió ni intentó apartarse de ella. Lily tampoco lo hizo. Quería quedarse así para siempre, completamente rota, con su erección dentro y sus corazones latiendo al unísono.

Tardó en relajarse y en respirar con normalidad y él continuó abrazándola. Por fin, Trip cambió de postura, la levantó y la tumbó

en la hierba caliente. Ella lo observó maravillada mientras se tumbaba a su lado.

Una leve brisa movía las hojas de los árboles sobre sus cabezas y ella levantó la vista mientras Trip le acariciaba la palma de la mano, relajado, en paz, mientras que ella…

Lo ocurrido unos minutos antes estaba empezando a ocupar su cabeza. Miró a su alrededor y se dio cuenta de que había sido ella la que había llevado a Trip hasta allí.

¿En qué había estado pensando?

En nada.

No había estado pensando, solo sintiendo. Había necesitado tocarlo, apretarse contra la curva de su hombro, sentir el calor de sus brazos. No había pensado en ella, ¿cómo iba a hacerlo, después de todo lo que Trip había vivido?

Pasó los dedos por una larga cicatriz que tenía en la pierna y, al fijarse, vio más arañazos y rozaduras en su piel morena. Las arrugas alrededor de sus ojos hicieron que se le encogiese el corazón. Su sonrisa era maravillosa y la idea de que lo hubiesen perseguido, herido, disparado o algo peor hizo que sintiese pánico.

Levantó las manos para tomar su rostro y le dio un beso desesperado en la boca, necesitando sentir su aliento, su latido, para saber que aquello era real.

Él le devolvió el beso, pasó la mano firme por su pecho, por las costillas, por la cintura y las caderas.

Lily dejó de respirar al ver que él pegaba el cuerpo al suyo y notar su erección. Se arqueó contra su cuerpo, separó las piernas y Trip la penetró. Lo recibió con un gemido, se le aceleró el pulso y empezó a moverse al mismo ritmo que él hasta que no hubo nada más que calor y deseo, y sus respiraciones entrecortadas.

El sol había empezado a ponerse cuando por fin volvieron a la casa. Valentina estaba en la cocina, preparando la cena. Se giró hacia Lily y sonrió de manera cariñosa.

–¿Ha tenido una buena tarde?

Ella asintió.

–Sí. Hemos… –empezó, pero se le secó la boca al pensar en lo que había ocurrido.

–Hemos pasado una buena tarde –contestó Trip en su lugar–. Le he enseñado a Lily la zona de viñedos y luego hemos ido a dar un paseo por el bosque para relajarnos.

Miró a Lily a los ojos. La vio ruborizarse y se estremeció.

–¿Crees que se imagina lo ocurrido? –le preguntó ella mientras subían las escaleras–. Que no hemos… Es decir, que hemos…

–¿Qué? ¿Que hemos hecho el amor al aire libre? –le dijo él, sacudiendo la cabeza–. Yo diría que no, pero ¿qué más daría que lo hiciera? Estamos prometidos. Podemos tener sexo.

Llegaron al dormitorio de Lily y él la siguió con toda naturalidad, casi como si fuesen una pareja de verdad. ¿Podrían llegar a serlo?

La Lily romántica, a la que ella misma había suprimido después de lo ocurrido con Cameron, se asomó un poco y le mostró todo un mundo de posibilidades. En aquel nuevo mundo, Trip le diría que no tenían que fingir que estaban prometidos. Y que un año no era suficiente porque quería pasar el resto de su vida con ella.

De repente, Trip puso una mano en su nuca y la besó.

Luego, se puso recto, enterró los dedos en su pelo y le dijo:

–Te preocupas demasiado. ¿Quieres darte una ducha antes de la cena? Porque no me importaría acompañarte…

–No –le respondió ella, con la piel de gallina solo de imaginarse a Trip desnudo, enjabonándola–. Me la daré luego, pero voy a arreglarme un poco el pelo.

–¿Por qué? –le preguntó él, tumbándose en la cama y estirando las piernas–. Me gusta así.

El comentario, o tal vez su mirada, seguida de la sugerencia de la ducha, hizo que Lily sintiese calor en el vientre.

–Se me llena de nudos si no me lo peino –le respondió ella enseguida–. Nos vemos abajo.

Lily cerró la puerta y se apoyó contra la madera. Deseó poder bajar a la cocina y meterse en la nevera para aplacar el calor que le había provocado Trip dentro, porque ese era el problema de jugar con fuego, que después era imposible apagarlo.

Se apartó de la puerta y fue hasta el cuarto de baño. Se miró al espejo un instante. Después de haberse acostado con él otra vez, de que Trip le hubiese contado lo ocurrido en Ecuador, le era más complicado contener sus sentimientos. Sentimientos contradictorios, que la confundían, que eran tan temerarios como la decisión de Trip de tomar una carretera que era utilizada por cárteles de la droga.

Algo había cambiado allí fuera, en el bosque.

O tal vez hubiese cambiado ella. No sabía si había sido el sexo o que se había dado cuenta de que había estado a punto de perder a Trip para siempre, pero ya no estaba tan enfadada y otras emociones estaba empezando a reemplazar a aquella.

Aquel compromiso no podía funcionar si sentía algo por Trip. No podía cambiar lo que había pasado, pero eso no significaba que tuviese que volver a ocurrir.

Aunque lo deseara.

Apoyó los dedos en la fría porcelana del lavabo.

Y lo deseaba.

Tal vez pudiese mentir al resto del mundo, pero no podía engañarse a sí misma, y cuando Trip se había inclinado y le había dado un beso unos minutos antes, ella había deseado devolverle el beso, tocar su rostro y llevar la mano a su erección. Le había resultado casi imposible resistirse.

Y la intensidad de aquella lucha le demostraba que tenía que mantener los límites con él porque ese era el problema con el sexo. Y su acuerdo ya era lo suficientemente complicado.

Volvió a mirarse al espejo, se abrochó correctamente la camisa y se recogió el pelo en una coleta. Luego, respiró hondo y abrió la puerta del cuarto de baño.

Pero el corazón le dio un vuelco.

Trip estaba tumbado en su cama, con su libro abierto en el regazo.

–Señorita Lily Jane Dempsey, BA Amherst, MBA Oxon. Esas son muchas letras detrás de tu nombre.

Lily se dio cuenta entonces de que Trip tenía en la mano la invitación a la cena de reencuentro de compañeros de la beca, que había estado utilizando como marcapáginas.

–Tú también las tienes –le respondió ella, sabiendo que Trip había estudiado en Harvard.

–Cierto.

La expresión de Trip cambió solo un instante.

–¿Te divertiste en esta cena? –le preguntó él.

–No fui. Tenía demasiado trabajo –mintió ella.

Trip la miró fijamente a los ojos.

–¿Es ese el único motivo por el que no fuiste? ¿Por el trabajo?

No lo era. La cena había tenido lugar el fin de semana después de que él hubiese terminado su relación y, durante días, Lily se había sentido cansada y dolorida, como con una gripe, pero no tenía ningún motivo para compartir eso con él.

–No. También estaba preocupada por ti.

–Pero querías ir…

Ella asintió.

–Lo pasé muy bien en Inglaterra e hice amigos allí. No tengo muchas oportunidades de verlos, así que, sí, habría ido.

–¿Era ese el motivo por el que querías ir a Londres? ¿Para recordar viejos tiempos?

Lo que había querido había sido huir de él.

–En parte, sí, pero también porque no es como en Nueva York, en Oxford es más sencillo llevar una vida normal.

–¿Te refieres a la prensa?

Sí, se refería a que no le hacían fotos, lo que significaba que no la humillaban en los titulares ni se burlaban de ella con memes.

Lily se encogió de hombros.

–Todos los estudiantes son parecidos para una persona de fuera, por lo que es mucho más fácil pasar desapercibida.

–¿Más fácil? –le preguntó él, frunciendo el ceño.

–La gente piensa que puede decir lo que quiera, por mi padre –le respondió ella, consciente de su mirada de curiosidad–. Y sé que lo que dicen de mí es porque están enfadados, pero a veces es duro…

Vivir en Inglaterra había sido una bendición, le había encantado. Se había sentido aceptada, segura.

Por ese motivo, volver a Estados Unidos quince meses después había sido muy duro. Había vuelto a estar en el candelero por

motivos equivocados. Se había sentido vulnerable y por eso no había visto el peligro que representaba Cameron Carson.

De repente, sintió que estaba a punto de llorar al recordar a Lucas en el suelo de su habitación, con el frasco de pastillas a su lado. Se sintió culpable. Había estado cegada por su propia necesidad, había puesto su confianza en alguien en quien, claramente, no se podía confiar.

Y en ese momento se sentía de un modo parecido. Así que no volvería a ceder ante ese anhelo que nublaba su sentido común.

Y se lo diría a Trip, pero en otro momento, cuando él no estuviese tumbado en su cama, como si fuese su prometido de verdad, en lugar de un examante con el que había tenido sexo por razones que, en realidad, solo habían tenido sentido en el ardor del momento.

Necesitaba apartar su mente de aquello, así que se miró el reloj.

–Deberíamos bajar a cenar, son más de las siete.

Trip miró al otro lado de la mesa, chupó la cuchara y la apoyó en el cuenco. Algo había cambiado, pensó, mirando a Lily, que tenía los ojos grises cerrados y parecía preocupada.

–¿Está todo bien?

Valentina había ido a recoger la mesa.

–Estaba delicioso. ¿Podrías darme la receta? El *bunet* es el postre favorito de mi padre.

Al ver a Lily sonreír al ama de llaves y cómo se le suavizaba la mirada al mencionar a su padre, Trip sintió celos. Le ocurría lo mismo siempre que su familia la llamaba o le enviaba un mensaje. Su rostro y su voz cambiaban porque, a pesar de haber contribuido a que ella estuviese allí, Lily sentía por ellos un amor incondicional. Y ellos también la querían, y Trip se sentía incómodo por haber explotado ese amor.

También se sentía incómodo cuando el gesto de Lily se ensombrecía al hablar de esas personas que habían hablado de ella, probablemente, en Internet. Él no sabía qué podían criticarle. Era una mujer inteligente, trabajadora, leal, valiente y apasionada. No era perfecta, reflexionó, cuando su cuerpo se tensó al pensar que

también era muy apasionada. Además, era testaruda y cortante, pero, en cualquier caso, a Trip no le gustaba que se metiesen con ella.

–*Prendiamo il caffe in salotto, per favore* –le dijo en voz baja a Valentina.

Después, se puso en pie y se giró hacia Lily.

–¿Vamos? –le preguntó, dando por hecho que accedería y retrocediendo para dejarla pasar.

Habían pasado cuatro horas desde que ella había tomado su mano y lo había guiado hasta el claro del bosque, y su cuerpo todavía sentía los efectos de la dopamina posterior al sexo, pero sabía que desde que habían vuelto a casa y Lily había entrado en el cuarto de baño, algo había cambiado.

Ella había cambiado.

Al principio, Trip había pensado que era la blusa, que se había abrochado correctamente, una pena. Le encantaba mirar a Lily después del sexo, le había gustado desde la primera vez, con el pelo alborotado sobre los hombros. Sobre todo, porque normalmente parecía serena y remilgada.

Pero había algo más que los botones de la blusa.

Durante el camino de vuelta a la casa, había estado muy callada y, a pesar de que habían caminado de la mano, Trip había sentido que guardaba más las distancias. Y en esos momentos estaba tan distante y distraída que era como si estuviese detrás de un cristal.

Trip clavó la vista en las marcas rojas que tenía en los hombros, causadas probablemente por su barba.

Ella lo miró un instante, y después clavo la vista en otro punto, como si le doliese mirarlo.

–¿Todo bien?

–Todo bien. Creo que me ha dado demasiado el sol.

A Trip se le encogió el pecho al mirar su rostro pálido. Lily ya no solo se estaba conteniendo, sino que también le estaba mintiendo. Y no supo por qué le importaba. Aquel acuerdo era un manojo de mentiras, pero para él también resultaba complicado, aunque no sabía si Lily lo creería.

En algún lado de su mente, Trip oyó la voz de su madre, poniendo otra excusa.

Su madre había tenido mucha práctica. Su padre había llegado tarde con frecuencia, o había cambiado de planes en el último momento. Nada era sagrado, ni aniversarios ni las actuaciones en el colegio o los cumpleaños.

Recordaba muchos momentos de aquellos, pero pensó en uno en particular. Él había volado con su madre durante las vacaciones de primavera. Había sido el fin de semana del cumpleaños de su padre, pero Charlie había tenido que estudiar y se había quedado en el colegio, y Henry había quedado en unirse a ellos, pero al final había llamado diciendo que se retrasaría.

Trip miró a su alrededor y se recordó con once años. Había pasado la tarde montando a caballo y había vuelto hambriento y sintiéndose culpable porque había dejado a su madre sola, pero la casa había estado tan en silencio que, por un instante, había pensado que estaba vacía.

Entonces, lo había oído. Como un gemido suave.

Había visto a su madre sentada al piano, en aquella misma habitación, y al principio había pensado que estaba cantando en voz baja, pero luego se había dado cuenta de que estaba llorando.

–No pasa nada, es esta melodía, que siempre me hace llorar.

Él había aceptado la explicación, pero cuando había encontrado las cartas de la amante de su padre seis semanas antes, le había quedado claro que su padre había estado con ella aquella noche. La había elegido a ella, en vez de a su familia.

La sorpresa lo golpeó como si aquello acabase de ocurrir. Durante mucho tiempo, había intentado ser perfecto, como quería su padre, pero Henry le había mentido, le había engañado, al mismo tiempo que le exigía explicaciones.

El recuerdo de la mirada fría e impenetrable de su padre hizo que se pusiese tenso. O tal vez se sentía como un hipócrita, por haberse puesto fuera de sí por sus mentiras, cuando él mismo la había convertido en una cómplice involuntaria.

Apretó la mandíbula. Que Lily le mintiese a él era distinto a que ambos engañaran a otras personas. No sabía por qué le dolía que le

mintiese, y por qué le importaba tanto lo que pensase de él.

–¿Por qué no me lo cuentas? Sea lo que sea lo que quieres decir, pero no me estás diciendo.

Su tono había sido seco, demasiado seco.

Ella arrugó la frente.

–Me siento decepcionado, Lily. No te hagas la tonta –insistió él.

–Está bien –le respondió ella por fin–. ¿Quieres que hablemos de lo que ha ocurrido esta tarde? No me arrepiento…

Él cambió de postura, se le había acelerado el corazón porque no quería escuchar el final de la frase. No quería que ella le dijese que había sido un error. O, peor, que él era un error.

–Me alegro –la interrumpió–, porque ya es un poco tarde para arrepentirse.

Ella parpadeó antes de continuar.

–Pero no debería volver a pasar.

–¿Por algún motivo en particular? –le preguntó él.

–Ya sabes el motivo –le dijo ella–. Porque no es lo que quiero.

–¿No es lo que quieres? –inquirió Trip, mirándola a los ojos–. ¿Qué quieres que te diga? Salvo que no te creo.

Lily lo miró con los ojos brillantes.

–No quiero que me digas nada. Quiero que me escuches, por una vez.

«Por una vez» le sentó como una puñalada trapera.

–Te estoy escuchando, y me estás mintiendo.

Ella negó con la cabeza.

–Que alguien diga algo que no te gusta no quiere decir que sea mentira, Trip –le espetó, levantando la barbilla.

Él deseó besarla, demostrarle que estaba equivocada.

–Que me guste o no, no tiene nada que ver con su veracidad.

Se puso en pie a la vez que ella y se quedaron muy cerca.

–En otras palabras, que no te importa lo que yo quiera, ya lo sabía –le replicó ella–. ¿Qué va a pasar ahora? ¿Vas a intentar manipularme para que piense que solo podemos hacerlo como tú quieres?

Trip apretó los dientes.

–¿Por qué dices eso? ¿Eso es lo que piensas de mí?

La idea lo enfadó.

–No, pero…

–Entonces, ¿por qué estamos discutiendo por esto?

–Porque haces suposiciones. En Nueva York diste por hecho que aceptaría tu plan, lo que tú necesitabas, independientemente de cómo me sintiese yo, supusiste que cedería. Y ahora estás dando por hecho que, como hemos tenido sexo, va a volver a ocurrir.

Él la miró fijamente.

–Doy por hecho que va a volver a ocurrir porque ambos lo hemos disfrutado. ¿O también me vas a mentir acerca de eso?

Esa pregunta la sorprendió. Lily se tambaleó ligeramente como si fuese a caer en sus brazos, pero después se puso tensa.

–No, no te voy a mentir acerca de eso –le respondió con la voz temblorosa–. Me gustó y volvería a gustarme, pero nada de esto es real. Actuar como si pudiésemos retomarlo donde lo habíamos dejado solo complicaría la situación y no es justo que des por hecho que va a ocurrir, porque no puede ser. Porque entonces éramos honestos acerca de lo que queríamos, y yo no quiero mezclar eso con todas las mentiras de ahora.

–No todo son mentiras… –protestó Trip.

–Tú no eres el hombre al que yo esperé después del acto benéfico, y no puedo fingir lo contrario.

Él intentó ponerse una máscara, como había hecho muchas veces en el pasado, pero no pudo. Pensó que, de todos modos, en su vida nunca había habido nada sólido, como en la de Lily. No había habido amor, comprensión ni aceptación. Lo más parecido había sido Mason Cooper, que al menos se había sentado a hablar con él.

Pero Lily lo había escuchado. Después de contarle lo ocurrido en la selva, había tenido la sensación de poder contarle cualquier cosa, como si a ella le importase, así que, por un momento, a Trip se le había olvidado que se suponía que aquello era una farsa para los accionistas.

Tuvo que aclararse la garganta para poder hablar.

–Es más fácil con práctica –le dijo, intentando sonreír–. Ya sabes, toda la vida he sido el segundo, pero esta es la primera vez que quedo segundo frente a mí mismo.

Lily lo vio darse la vuelta y alejarse, y se quedó intentando descifrar su expresión. No había sido ira, sino dolor, y una especie de agotamiento.

De repente, tuvo la sensación de que hacía frío. El corazón le latía muy deprisa, como si hubiese esprintado para llegar la a meta, y lo había hecho, en cierto modo, pero la medalla le parecía barata y sin brillo.

¿Qué había querido decir Trip con eso de que siempre había sido el segundo? No tenía sentido. Trip lo tenía todo. Era guapo, encantador, inteligente, rico…

Y, no obstante… Lily miró hacia el otro lado de la habitación, donde estaba él. Lo vio apartar de un soplido el mechón de pelo que había caído sobre su rostro, gesto que a Lily le resultó familiar y tuvo que apartar la mirada. Habría sido demasiado fácil caer en la tentación, pero ya se había dejado tentar otra vez por un hombre menos atractivo y encantador y había salido mal.

Se acercó con piernas temblorosas hacia él, que se había sentado delante del piano y tenía los dedos encima de las teclas.

–No sabía que supieses tocar –comentó Lily en voz baja.

–Un poco. Charlie era el que tenía el don musical. Creo que podría haber sido profesional, pero se suponía que tenía que asumir el mando de la empresa.

Su tono volvió a parecer vacío y Lily se estremeció al pensar en un mundo sin su hermano. Y eso había estado a punto de ocurrir.

–Parecía agradable.

Charlie Winslow no había sido tan guapo ni seductor como Trip, pero Lily todavía se acordaba de él y se preguntó qué vacío habría dejado su muerte en la vida de su hermano menor.

–No me habías dicho que lo conocías.

–No lo conocía, pero una vez, en un partido de polo, se me cayó el helado y él fue a comprarme otro.

Trip asintió despacio, como si se estuviese imaginando la escena.

–Era un buen hijo, un buen tipo, creo –añadió–. No teníamos mucha relación. Era mucho mayor que yo.

Suspiró.

–Se suponía que se iba a hacer cargo del negocio –continuó, bajando la vista a sus manos–. Yo era solo el suplente. O así era como me veía mi padre.

El ambiente se tensó. Ella lo miró con cautela.

–Estuviste al frente de la oficina de Extremo Oriente, una de las corporaciones más grandes del mundo –le contestó por fin–, eso no es ser el suplente.

Trip giró la cabeza. Parecía agotado, pero en su rostro había también una expresión cínica.

–A mi padre le gustaba que mi empresa fuese considerada un unicornio, por eso me invitó a trabajar en el negocio familiar, pero nunca nos entendimos. Su estilo de gestión me parecía demasiado restrictivo y cauteloso.

Extendió la mano y presionó dos teclas a la vez, produciendo un sonido discordante y estridente.

–Yo no era como él tenía en mente que fuese su hijo…

Lily se preguntó si eso era cierto. Henry y ella habían hablado un par de veces sobre su esposa, y él había mencionado a Charlie de pasada, pero nunca le había hablado de su hijo pequeño.

Trip empezó a tocar las primeras notas de un aria que ella reconoció.

Lily observó su perfil y pensó que estaba equivocado. Sabía tocar, y bastante bien. Y era probable que también estuviera equivocado sobre su padre, pero no supo cómo decírselo sin parecer condescendiente o despectiva.

–No me crees –le dijo él, poniéndose recto y mirándola.

Ella sacudió la cabeza.

–No es que no te crea. Es solo que no entiendo por qué piensas eso.

–Bienvenida al club –le contestó él, con una sonrisa que contradecía la amargura de su voz–. Nadie entiende nada de lo que pienso o hago. Eso forma parte de quién soy. Ya sabes, yo también tengo varias letras detrás de mi hombre…

¿Se refería a su educación?

–Lo sé –comentó ella, frunciendo el ceño–. Fuiste a Harvard…

–Nunca me gradué. No terminé. Lo dejé.

Trip respiró hondo y su gesto se tensó.

–No tengo el mérito que tienes tú. O Charlie. Y a mi padre le enfadó mucho porque no podía cambiar esas letras que iban conmigo y, entonces, decidió ignorarlas.

Se hizo un breve silencio.

–¿Qué letras? –le preguntó Lily en voz baja.

Él dudó antes de responderle.

–TDAH. Seguro que has oído hablar del tema.

–Yo… no lo sabía –le respondió ella.

¿Cómo era posible? Se sentía confundida y avergonzada.

–Solo lo sabía mi familia y un par de terapeutas, oficialmente. Mi padre no quería que me etiquetaran, pero no hacía falta. Él me dejó claro que nunca iba a ser lo suficientemente bueno.

Había dolor en su voz y ella se había quedado de piedra. Había estado segura de saber quién era Trip. Había aceptado, de hecho, que era igual que Cameron. Un hombre encantador, bello, pero sin escrúpulos. Por eso había mantenido las distancias. Pero se dio cuenta de que aquel hombre era algo más que una cara bonita. Le habían hecho daño, mucho daño, lo habían juzgado y le habían dicho que no era suficiente. Y ella entendía cómo se sentía, salvo que para Trip era peor, porque las personas que la criticaban a ella eran personas desconocidas. Mientras que las que habían criticado a Trip eran personas que debían haberlo querido de manera incondicional.

Sintió que le costaba respirar. Sabía lo difícil que era confiar, lo duro que debía de ser para él hablar de aquello, pero había confiado en ella.

Lo miró y la luz que entraba por la ventana le hizo pensar que iba a desaparecer, y sintió pánico a perderlo.

–¿Cuándo te diagnosticaron?

–Cuando tenía unos diez años. Aunque creo que mi madre lo sospechaba desde mucho antes. Mis profesores, también, pero mi padre no quería saberlo y, además, tenía a Charlie, y Charlie siempre era el primero, el mejor.

Hizo una mueca.

–Creo que a él tampoco le gustaba llevar el mismo apellido que yo. Éramos polos opuestos. Él, siempre tan preciso, tan seguro, mientras que yo era impulsivo, temerario, tanto que, en ocasiones, tropezaba, me equivocaba.

Ella alargó la mano para tocar la suya.

–Todos tropezamos a veces –le dijo–. Y cuando te empeñas en algo, lo consigues.

Trip arqueó una ceja.

–¿Cómo secuestrar a mi ex?

Ella le apretó la mano.

–En realidad, estaba pensando en tu empresa. Nadie crea una empresa unicornio por suerte. Necesitas experiencia, energía, optimismo y entender al cliente y el mercado –le respondió ella, dudando un instante–. Y yo no soy tu ex. Estás aquí atrapado conmigo, ¿recuerdas?

–Porque yo he querido, ¿recuerdas? –le dijo él, mirándola de manera seductora.

Lily se mordió el labio.

–¿Estás con medicación?

–Ya no. La estuve tomando un tiempo, pero algunos de los síntomas desaparecieron con los años y otros los manejo con estrategias y terapia.

–¿Cómo lo de dar golpes?

Él asintió.

–Y la terapia con caballos, que ayuda a regular la energía del cuerpo. Yo siempre había montado y uno de mis terapeutas se la sugirió a mi madre. Lo probé y me fue muy bien.

Eso era lo que Lily había visto en el granero.

–¿Cómo funciona? –le preguntó.

–Ayuda a desarrollar la comprensión de las señales no verbales. Los caballos son muy selectivos con las personas en las que confían, así que tienes que aprender a controlar el caos que llevas dentro. Eso te ayuda a lidiar con lo que tú percibes como caos a tu alrededor.

Ella lo recordó de pie, con la cabeza inclinada, intentando calmar su respiración.

–¿Es por eso por lo que Acrux se alejó de ti?

Él asintió despacio.

–Después de discutir contigo, estaba alterado, enfadado contigo. Y conmigo mismo. Él podía sentirlo… –Se interrumpió–. Lo siento, Lily, por transmitirte mi problema. Por hacer suposiciones y por mentir. Por mentirte a ti y a tus padres.

¿Se estaba disculpando? Ella lo miró y se recordó que aquel hombre no era Cameron.

–Yo también estaba enfadada contigo.

–Tenías derecho a estarlo. Sigues teniéndolo –admitió Trip–. Lo he estropeado todo. Pensé que sería fácil, pero yo tampoco sé cómo hacer esto. Solo sé que no puedo hacerlo solo.

–No estas solo. Estamos en esto juntos –le respondió ella, segura de repente.

Él la miró a los ojos y Lily se sintió hipnotizada, emocionada por la expresión de su bello rostro.

–Me parece que lo estás diciendo de verdad.

–Así es –le confirmó ella.

Él le acarició la mejilla.

–Tenías razón antes. Acerca de mí. Hice suposiciones. Di por hecho lo que iba a ocurrir. Porque estoy acostumbrado a que me den la razón, pero también porque te deseaba. Te he deseado siempre, desde aquella comida en la que me lo pusiste todo tan difícil.

Hizo una breve pausa.

–Sé que te he hecho daño, y lo lamentó más que nada en el mundo, pero no puedo lamentar haberte traído aquí, Lily.

La ternura de su voz hizo que su nombre sonase como un poema y ella deseó enterrar su rostro en la curva del cuello de Trip.

–No puedo lamentar estar contigo, estar dentro de ti, porque es real. Lo que ha ocurrido esta tarde en el bosque es real. Y lo que tenemos es la parte más sencilla, más real de mí.

Ella no podía arriesgarse a decirle que sentía lo mismo. Habría sido una imprudencia, así que separó los labios para decirle que no había cambiado nada, pero no pudo. Era como si algo hubiese cambiado entre ellos. No era solo el sexo. Ni siquiera era su disculpa.

–Para mí también –susurró.

Y a él le brillaron los ojos. Entonces, apoyó la mano en su nuca y la besó.

Capítulo 8

Grazie, Valentina, ya me ocupo yo.

Trip sonrió al ama de llaves y cerró la puerta. Dejó la bandeja en la cómoda más cercana y tomó el mando a distancia para abrir un poco las cortinas.

Era por la mañana y, al parecer, iban a tener otro día perfecto, el cielo estaba azul, el sol brillaba y Lily estaba en su cama, con la melena extendida sobre la almohada.

Él estudió su pequeño rostro ovalado.

Todavía no podía creerse que estuviese allí, pero cuando por fin habían dejado de besarse, ella lo había agarrado de la mano y lo había llevado escaleras arriba, como si fuese lo que hacían todas las noches. Al llegar al último escalón, se había girado hacia él y, sin mediar palabra, porque no hacía falta, Trip la había tomado en brazos y la había llevado a su dormitorio.

No a dormir. Se puso tenso al recordarla tumbada sobre sus sábanas blancas.

Había sido un milagro. Toda la tensión y los obstáculos de las últimas semanas se habían disuelto en la certeza de su deseo y, al despertarse esa mañana, se había sentido tranquilo y sereno, como solo le hacía sentir el sexo con Lily.

Todavía no sabía por qué se había abierto con ella, porque, a pesar de todo lo ocurrido, le resultaba sencillo contarle su vida y del diagnóstico que había mantenido en secreto durante tantos años.

Lily lo había escuchado y le había hecho alguna pregunta, pero no le había dicho que tener TDAH fuese un superpoder o algo que tuviese que arreglar.

Sencillamente, lo había aceptado. Lo había aceptado a él.

Lo había elegido.

De repente, Trip sintió la necesidad de asegurarse de que Lily seguía pensando así y le acarició el rostro. Ella, que todavía estaba dormida, cambió de postura y parpadeó, y Trip se puso tenso, nervioso, hasta que la vio sonreír.

–Hola –le dijo ella, esbozando una sonrisa somnolienta.

–Hola. Espero que tengas hambre –le respondió él–. Le he pedido a Valentina que nos trajera el desayuno.

La bollería estaba deliciosa, sabía a mantequilla y todavía estaba caliente, recién sacada del horno, y Lily comió con un apetito que la sorprendió. Durante las últimas semanas le había costado comer, pero, de repente, ya no tenía el estómago encogido.

Trip también parecía más tranquilo. Seguía teniendo aquella energía que lo caracterizaba, pero no estaba tenso.

Y no era solo que hubiese liberado tensión con el sexo. Era como si algo en su interior hubiese cambiado. Se había abierto a ella, pensó Lily, recordando su conversación de la noche anterior. Miró hacia donde estaba tumbado, a su lado, con la cabeza apoyada en un brazo, intentando cazar las migas de un bollo por el plato.

Para ella, el TDAH no era algo que definiese a Trip, pero eso le daba sentido a la fuerza y a la energía que parecía emanar. Y también eso debía de explicar su impulsividad y esos repentinos estallidos de concentración intensa.

Eso era parte de su persona, como la habilidad de Lucas para escuchar música dentro de su cabeza, y no se imaginaba a Trip de ninguna otra manera ni podía imaginarse lo mal que debía de haberlo pasado en la selva.

¿Y qué había hecho ella? Nada. Se había sentado y había estado pendiente de las noticias, pero su mente había estado como

nublada, recordando que le había dicho a Trip que no le importaba si no volvía nunca de Ecuador.

Esas palabras la habían atormentado durante semanas.

–No debería haberte dicho lo que te dije cuando te marchaste. Lo de que no te molestases en volver. No era lo que quería, pero me habías hecho daño y quise devolvértelo. Así que te dije cosas que no eran ciertas.

–También dijiste otras que sí lo eran –le respondió él, alargando una mano y agarrando su muñeca–. Aquel día fui egoísta, no pensé y te hice daño, y lo siento. Ojalá no lo hubiese hecho…

Él se refería a cómo había terminado con ella, no al hecho de haber terminado, pensó Lily, atrapada en su mirada.

–Ojalá pudiese cambiar las cosas, el pasado…

Había arrepentimiento en la voz de Trip, y algo más que Lily no supo descifrar, pero entendió su angustia y el deseo de haber actuado de otra manera.

–No todo el pasado –le contestó en voz baja.

Él la miró fijamente.

–Eres una buena persona, Lily.

Ella miró el reloj que había al lado de la cama. Era martes por la mañana en Nueva York, el segundo martes del mes. Lucas estaría en terapia. Se lo imaginó, encogido en una silla, y se sintió culpable. No era una buena persona, pero, al contrario que Trip, sus errores no eran públicos porque su padre había utilizado su influencia para minimizar las consecuencias de sus actos hasta reducirlas a una reprimenda.

–Demasiado buena para mí –añadió Trip–. Y ahora que he estropeado tus planes, me gustaría compensarte.

–¿Y cómo piensas hacerlo?

A Lily se le encogió el estómago al ver que Trip se inclinaba hacia delante y le daba un beso en el hombro.

–Tengo una idea, pero estoy abierto a sugerencias –le respondió él, sonriendo.

Lily lo miró y vio que le brillaban los ojos.

–Antes, cuéntame tu idea –le pidió ella, temblando cuando Trip levantó el rostro para darle otro beso en el cuello.

–He pensado en llevarte a Inglaterra.

–¿A Inglaterra?

Trip fue bajando por su cuerpo con los labios y a ella le costó formar frases completas.

–Podríamos volar hoy, me enseñarías Oxford. Sé lo mucho que querías ir, así que quiero llevarte. ¿Me vas a permitir que lo haga, Lily? ¿Vas a dejar que haga lo que quiero?

Ella notó su aliento caliente entre los muslos.

–Sí –le respondió con voz ronca, separando las piernas y arqueándose contra su boca, sin poder hablar ni pensar.

Llegaron a Oxford a la mañana siguiente.

Después de haber estado en la Toscana, en la ciudad hacía demasiado calor y no corría el aire.

–Se me había olvidado que, en verano, está lleno de turistas –comentó Lily, mirando por la ventanilla del coche.

–Entonces, pasaremos inadvertidos mezclándonos con ellos –le dijo Trip, apartándose el flequillo de la frente y poniéndose una gorra–. También he traído un mapa.

Ella se echó a reír.

–No necesito mapa, he vivido aquí más de un año.

–Lo sé, pero forma parte de nuestro disfraz –le explicó Trip, dedicándole una de sus arrebatadoras sonrisas.

–¿Nuestro disfraz?

–Hay otra gorra para ti.

Le brillaban los ojos azules y Lily se sintió conmovida al darse cuenta de lo mucho que se había esforzado en organizar aquella visita.

–¿Las ha conseguido Lazlo?

Él volvió a dedicarle una de sus sonrisas.

Trip pertenecía al Diamond Club y Lazlo, el conserje, lo había organizado todo con discreción, incluido un avión privado, un coche con conductor y seguridad, y una casa con servicio para su estancia, aunque debía de haber sido pan comido para el hombre que había

conseguido sacar a Trip de Ecuador y llevarlo de vuelta a Nueva York sin que se publicara ni una sola noticia al respecto.

–No hay nada que se le resista. Por eso fue la primera persona a la que llamé en Ecuador al llegar al pueblo. En una hora, me había enviado un coche, pero para eso está el club. El servicio que te ofrece el conserje no es solo de lavandería, es un facilitador que actúa respetando la ley, por supuesto. Casi siempre –añadió–. Ya hemos llegado.

–¿Es aquí? –le preguntó ella, mirando la casa de piedra color miel de tres pisos–. Pasaba por aquí todos los días para ir a la universidad. Me he preguntado muchas veces quién viviría aquí.

–Nosotros –le respondió Trip mientras salía del coche–. Al menos, durante los próximos días.

El interior era moderno y elegante, pero fueron las vistas de la ciudad lo que más le gustó a Lily. Si se ponía de puntillas podía ver la Magdalen Tower.

–¿Te parece bien?

–Es perfecta.

Trip se había colocado detrás de ella.

–¿Qué quieres hacer primero?

A ella le dio un vuelco el corazón.

–Esto –le respondió en voz baja, girándose y dándole un beso en los labios.

Era primera hora de la tarde cuando por fin salieron de la casa. Había caído un chaparrón que había dejado las calles vacías. Pasearon despacio, disfrutando del calor, sin destino, mientras otros turistas iban saliendo de tiendas y cafeterías.

–Impresionante –comentó Trip, girando sobre él mismo–. Así que estudiaste aquí. Deberíamos hacer una fotografía.

–No, de verdad, no haca falta… –protestó ella, pero ya era demasiado tarde.

Trip la agarró y levantó su teléfono.

Ella se obligó a sonreír. A lo largo de los años, y gracias a los numerosos posados familiares que había necesitado su padre como

senador, había aprendido a posar para las cámaras, pero todavía se ponía tensa cuando lo hacía. Tuvo que hacer un esfuerzo para no arrebatarle el teléfono a Trip porque las fotografías eran implacables y los *selfies,* brutales. Se veían todos los defectos desde tan cerca.

Y Trip los vería y ella vería, a su vez, su mirada de lástima…

Agarró el teléfono.

–Eh…

Trip se giró hacia ella, pensando que era una broma, y dejó de sonreír. Frunció el ceño y ella imaginó que había visto su gesto, de pánico y de tensión, que era como se sentía. Él dudó, luego le agarró la mano, la que tenía vacía, y la obligó a abrir el puño que, sin darse cuenta, había apretado.

–¿Qué ocurre? –le preguntó él y, al ver que no respondía, le dijo–: Soy yo el que hace la fotografía. ¿Qué es lo peor que podría pasar?

Ella se limitó a mirarlo, se le había hecho un nudo en la garganta.

–No importa. Quiero volver a la casa…

De repente, se sentía aturdida y no podía respirar, pero Trip la agarró por la cintura y la sacó de entre la multitud, la condujo hasta un parque verde y tranquilo, como el bosque de la Toscana.

Se sentaron en un banco y Lily empezó a calmarse. Una ligera brisa le sacudió el pelo y eso la ayudó también. O tal vez fue el modo en que Trip le agarraba la mano, como si fuese él quien necesitaba que lo tranquilizasen.

–Siento haberte disgustado. Otra vez…

–No me has disgustado.

–Pero te ha molestado algo que he hecho –insistió Trip–. Cuando he querido hacer la fotografía.

Trip vio que Lily tenía los puños apretados. Hasta ese momento, había sido un día casi perfecto. Él nunca se había imaginado vivir una relación así y Lily había estado más feliz y relajada que nunca.

Pero ya no lo estaba.

Y él todavía no estaba seguro del motivo.

–Tal vez, si me contaras qué ha ocurrido, podría ayudarte…

–No puedes. No lo entenderías.

Lily se puso tensa de nuevo, casi como si se estuviese preparando ante una amenaza.

–Tal vez sí, en cualquier caso, puedo escucharte. Como tú me escuchaste a mí.

El rostro de Lily se suavizó un poco, pero negó con la cabeza.

–No lo entenderías porque tú eres como eres. Y yo… soy así –le respondió ella, señalándose la nariz.

–¿Así cómo? –le preguntó él, confundido.

–Así –repitió ella.

Escribió algo en su teléfono y después lo levantó con una mano temblorosa y Trip miró la pantalla, sorprendido y enfadado al leer los titulares que acompañaban las imágenes de Lily de niña, luego de adolescente y en esos momentos. Algunos pretendían ser graciosos, otros eran crueles, otros, simplemente brutales.

No le sorprendió que Lily no quisiese hacerse fotografías.

–¿Cómo es que tu padre no ha parado eso? –inquirió, furioso.

–Lo ha intentado –le respondió ella en tono protector–, pero es difícil. Si los persigues, alegan que era broma. Y si consigues que se disculpen, solo les das las oportunidad de volver a publicarlo. Así que es mejor hacer caso omiso y no darles más oxígeno. Por eso hay pocas fotografías mías de la actualidad. Porque tengo cuidado.

Él sintió ganas de vomitar. En otras palabras, Lily mantenía un perfil bajo y él había hecho que volviese a ser noticia.

–Mira, Lily, estas personas son inhumanas, pero no puedes pensar que la gente normal te ve así.

–Tú me veías así –lo contradijo ella–. La primera vez que comimos juntos, me dejaste claro que lo hacías porque estabas obligado.

¿Eso era lo que Lily había pensado? Trip estudió sus pómulos marcados, su suave boca y la curva de su nariz. No tenía un perfil clásico, pero era una mujer muy bella. ¿Cómo era posible que no se diese cuenta?

–Tenía resaca y tú estuviste muy cortante conmigo, así que me defendí.

–Comiste conmigo porque te viste obligado a hacerlo. Jamás habrías salido con alguien como yo –replicó ella.

–¿Cómo iba a hacerlo? Todas las mujeres a las que conozco son iguales, todas se han retocado la cara, se han hecho tratamientos y operaciones. Que tu no lo hayas hecho no significa que esas fotografías te representen.

–¿Cómo que no? Soy yo, no están hechas con inteligencia artificial.

Él sacudió la cabeza, se guardó el teléfono y le agarró las manos.

–Son momentos. No eres tú.

–¿Ahora es cuando me vas a decir que la belleza está en el interior? ¿O en los ojos del que te mira? ¿Que lo que importa es que soy una buena persona?

–Eso importa. Y eres una buena persona.

–No, no lo soy –le respondió ella, zafándose y abrazándose sola–. No lo soy, lo que ocurre es que nadie lo sabe.

Él la miró confundido.

–Entonces, cuéntamelo –le pidió.

Porque quería saberlo y quería demostrarle que estaba equivocada.

Ella se quedó en silencio.

–Se llamaba Cameron –empezó por fin.

Él se puso tenso. Era solo un nombre, pero la forma de decirlo de Lily hizo que desease buscarlo y borrarlo de la faz de la tierra.

–¿Lo conozco? –le preguntó.

Lily negó con la cabeza.

–Lo dudo. Nos conocimos cuando volví a Oxford –le contó ella, haciendo una mueca–. A veces pienso que, si no hubiese venido aquí, jamás habría ocurrido.

–¿Qué ocurrió?

–Yo estaba en un acto benéfico con mi padre y él… me hizo un cumplido. Fue agradable conmigo, me dijo que era su heroína, me halagó. Y empezamos a salir. Entonces, un sábado nos invitó a Lucas y a mí a una fiesta en casa de los Colville.

Él asintió. Sabía cuál era la casa y conocía a Ward Colville y a su hermano del colegio.

–Al principio fue divertido. Todo el mundo bebía y yo también lo hice, pero entonces me di cuenta de que tenía que marcharme

porque a la mañana siguiente tenía un desayuno con un cliente, pero Cameron había bebido demasiado para conducir, así que le pedí a Lucas que lo hiciera.

Lily tragó saliva.

–Cameron puso la música muy alta en el coche y empezó a cantar, yo me olvidé de mi hermano y me sentí como en una película, pero, de repente, apareció la policía. Yo no me preocupé porque sabía que Lucas no había bebido, pero lo que no sabía era que Cameron había robado el coche que Lucas conducía.

Se llevó una mano al rostro.

–Detuvieron a Lucas –admitió en un hilo de voz–. Nos llevaron a todos a comisaría. Fue horrible.

–¿Cómo es que yo no sabía nada de esto?

–Porque mi padre lo ocultó –admitió ella–. Y fue en la época en la que Charlie y tu madre…

Él pensó en aquellos días, en los meses posteriores al accidente. Podría haber ardido el mundo y él no se habría dado cuenta.

–¿Y Lucas?

Ella se mordió el labio inferior.

–No es un delincuente. Se quedó destrozado. No salía de casa, dejó de componer y, un día, volví del trabajo y estaba tirado en el suelo de su dormitorio y no lo pude despertar.

Una lágrima corrió por su mejilla y Trip sintió que se rompía por dentro. En respuesta a su pregunta de unos minutos antes, aquello era lo peor que podía ocurrir.

–Lo siento, Lily –le dijo, abrazándola por la cintura y apoyándola en su cuerpo.

–Después, dijo que había sido un accidente, que solo había querido dormir, detener todo el ruido que tenía en la cabeza, pero mis padres decidieron mandarlo a Suiza. Fue todo culpa mía. Yo ya sabía que Cameron me causaría problemas. Era muy mentiroso. Pero yo pensaba que le gustaba y era un chico guapo y me hacía sentir guapa a mí también. Así que no me importó que fuese peligroso y me comporté de manera egoísta y superficial, no como una buena persona.

–Eso no es cierto. Cometiste un error y, por supuesto, tienes defectos, pero estás aquí conmigo por lo mucho que te importa Lucas. Porque sabes que tu hermano tiene dificultades, pero esas dificultades forman parte de su ser, no son culpa tuya. Eres una buena persona, mejor que buena. Y eso te hace bella, pero esto, también –le dijo él, acariciándole la nariz, y luego la curva de la mandíbula–. Y esto.

Ella quiso creerlo, pero le costó.

–Cuando salimos de la comisaría, pensé que Cameron se disculparía, pero no lo hizo. Y yo me enfadé, me sentí decepcionada. Y él se rio de mí. Me dijo que nunca había ido en serio conmigo, que tenía unos estándares.

Las lágrimas que había estado conteniendo rodaron por sus mejillas y Trip la abrazó con fuerza hasta que dejó de llorar.

–Lo siento… –le dijo ella después, con voz temblorosa.

–No, yo soy el que lo siente –le contestó él, agarrándola de la barbilla–. Escúchame, Lily. Antes tenías razón, nunca te habría invitado a comer, pero no porque pensase que no estabas a la altura de mis expectativas, sino porque pensaba que yo no estaba a la altura de las tuyas. Pensaba…

Trip se quedó en silencio y ella lo miró y se le encogió el corazón. Parecía triste, como cuando lo había visto sentado delante del piano en la Toscana, aunque entonces también había estado enfadado.

En esos momentos, parecía cansado, como si llevase un enorme peso invisible sobre los hombros.

–¿Qué pensabas? –le preguntó.

–Que jamás sería lo suficientemente bueno. Para nadie, pero, sobre todo, para él. Para mi padre.

Hubo otro silencio y ella esperó, se limitó a agarrarlo con fuerza de la mano.

–Entonces, encontré esas cartas e iba a quemarlas, pero pensé que si él las había guardado era por algún motivo –continuó Trip–.

Eran de una mujer, se llama Kerry y era su amante.

Lily lo miró con sorpresa. No podía ser verdad.

–¿Me lo dices en serio?

Trip se encogió de hombros.

–Estuvo con ella más de una década, a juzgar por las fechas de las cartas. Creo que empezaron a verse poco después de que yo naciera.

–¿Y cuándo encontraste las cartas? –le preguntó ella–. ¿Fue antes de que tu padre…?

Trip negó con la cabeza.

–Fue el día antes de que me marchase a Ecuador. Es el motivo por el que me marché.

El día que había roto con ella. Lily lo recordaba muy bien. Trip había estado enfadado, distante, había ido a buscar pelea y estaba deseando marcharse. Y, no obstante, al final había sido ella quien lo había echado, se había sentido demasiado dolida y enfadada para darse cuenta de que su comportamiento era contradictorio.

–En realidad, yo quería contártelo. Por eso fui a tu casa. Pero, cuando te vi, no pude hacerlo. Sentí que tenía que protegerlo.

–Es normal, era tu padre.

–Lo era, pero, en ocasiones, parecía más bien un adversario. Siempre estaba por encima de mí. Me pasé toda la vida intentando ponerme a su altura, intentando ser digno de él… Y luego resultó que no era el hombre perfecto que parecía ser. Y me enfadó tanto que me hubiese mentido, que hubiese engañado a mi madre, a todo el mundo… Que se hubiese muerto.

–Oh, Trip.

Lily lo abrazó, sintió su dolor. Se dio cuenta de que no quería impresionar a los accionistas de la empresa, sino a su padre.

–Y lo pagué contigo porque él no estaba allí y, luego, hui porque sabía que, si me quedaba, cometería una estupidez.

Trip hizo una mueca.

–Y todo el tiempo que estuve en Ecuador, no podía dejar de pensar en la cara que él habría puesto y, entonces, me acordaba de ti y la sensación desaparecía. Tú estabas a su altura.

–Y tú también, por eso chocabas con él. Por eso han aumentado los beneficios de Winslow un veinte por ciento desde que tú tomaste las riendas.

–Hasta que me secuestraron –le recordó él–. Y le demostré que tenía razón.

–También le demostraste que estaba equivocado. En múltiples ocasiones.

–Pero nunca fue suficiente.

–No estoy de acuerdo. Si no, no habría permitido que te pusieses al frente del negocio. Él sabía que eras el mejor para hacer ese trabajo.

–¿Eso piensas?

–Yo conocí a tu padre, ¿recuerdas? Trabajé con él. Tenía el listón muy alto y no era una persona sentimental.

–Ni lo más mínimo –admitió Trip, mirándola fijamente–. ¿Y para ti? ¿También soy el mejor?

–Sí, eres el mejor.

El único. A Lily se le encogió el corazón y sintió pánico.

–Pensé que no ibas a hacer esto –le confesó él.

–¿El qué?

–Hablar. Agarrarme la mano. Ofrecerme un hombro en el que llorar. Darme tu mejor versión –le contestó él, acariciándole la mejilla y la curva de los labios con el pulgar–. ¿Qué te ha hecho cambiar de opinión?

Lily tenía el corazón acelerado, se sentía aturdida, como si estuviese borracha, pero no estaba borracha, estaba enamorada. Completamente enamorada de Trip.

–Oxford –le contestó–. Estar aquí me ha hecho darme cuenta de que estamos juntos en esto.

Era la verdad, en parte. Ya habría momentos mejores para confesarle más.

–Es cierto. Y lo que te he dicho antes, te lo he dicho de verdad. No esperaba que ocurriese lo que ocurrió entre nosotros, pero lo cierto es que nunca he deseado a otra mujer como a ti. Porque eres diferente. Eres preciosa, Lily, y no solo por dentro. Eres muy *sexy* y, donde tú ves defectos, yo veo autenticidad.

Ella sonrió.

–Es una pena que los accionistas no estén aquí.

–Los accionistas me dan igual –espetó él, frunciendo el ceño, como si acabase de darse cuenta de aquello–. Solo me importas tú. Ahora estás conmigo y yo te voy a cuidar. No permitiré que nadie te haga daño, te lo prometo.

No era una declaración de amor, pero era suficiente por el momento.

Capítulo 9

El sol era más débil en Inglaterra que en Italia, pensó Lily, sentada delante del espejo del tocador, poniéndose crema protectora en los hombros de todos modos. Podría haberle pedido ayuda a Trip, pero la última vez que lo había hecho se habían pasado el resto del día en la cama.

Sintió deseo solo de pensarlo y miró hacia el cuarto de baño, donde Trip se estaba duchando.

Lo que tenían ya no era solo sexo, sino que parecía más bien una relación. Él le había dicho que le importaba, que iba a cuidarla. Y no había nada que pudiese significar más para ella que saber que Trip la apoyaba.

Siempre y cuando no pensase en el futuro, se sentía tranquila.

Contuvo la respiración al ver que Trip entraba en el dormitorio.

–¿Qué quieres hacer hoy?

–Lo que tú quieras.

–Es lo que esperaba que dijeras –admitió él sonriendo–. Vamos a alquilar una barca, pero antes…

A ella se le aceleró el pulso al notar su mano caliente en la espalda.

–Te falta crema aquí.

–¿Es eso verdad?

–Jamás te mentiría –le dijo él en voz baja–. Nunca.

Se miraron a los ojos a través del espejo y Lily se sintió aturdida, pero supo que era verdad.

Un par de horas más tarde estaban en una barca en las aguas del Cherwell, lejos del centro. Se recostó en los cojines, con la vista clavada en el cielo, y sintió que flotaba.

Y Trip era una compañía excelente. Era inteligente, divertido, curioso y tenía esa energía increíble, pero fue cuando le habló de sus planes para la empresa cuando Lily empezó a pensar que era mucho más que una cara bonita.

Vio otra barca con un grupo de mujeres y sintió pánico al darse cuenta de que miraban a Trip. Una de ellas tenía una revista en la mano.

–Eh –le dijo Trip–. ¿En qué piensas?

–Solo en lo diferente que es esto de Nueva York.

–¿Lo echas de menos? –le preguntó él.

Pero a Lily no le dio tiempo a responderle porque, en ese momento, otra barca chocó con ellos.

–Lo siento –dijo el hombre que iba en ella, acompañado de una mujer.

–No pasa nada –le contestó Trip.

–Me acaba de pedir que me case con él –les explicó la mujer, enseñándoles un solitario que brilló bajo la luz del sol–. Y le he dicho que sí.

–¡Enhorabuena! –los felicitó Trip–. Nosotros también nos hemos comprometido hace poco.

–Oh, enhorabuena –contestó la otra mujer, mirando a Lily–. ¿Puedo ver tu anillo?

A su lado, Trip le agarró la mano sonriendo, pero a ella se le había hecho un nudo en la garganta. Su anillo era mucho más opulento que el de la otra mujer, pero no era una declaración de amor. Era probable que lo hubiese comprado Lazlo, no Trip, para convencer al mundo de que su compromiso era real.

Cuando la otra pareja se alejó en la barca, Trip le tocó la mejilla.

–No sé por qué te preocupaba que nos creyeran. Por supuesto que nos van a creer.

Ella pensó que eso era lo importante.

–Deberíamos volver.

La barca se movió peligrosamente cuando se puso en pie y habría perdido el equilibrio si Trip no la hubiese sujetado.

–No hagas eso –le dijo–. ¿Qué sentido tiene que vayamos de incógnito si llamas la atención sobre nosotros?

En realidad, a ella le daba igual que los reconocieran, e incluso que los *paparazzi* los fotografiasen. Nunca le había importado menos. El día anterior, y esa mañana, había pensado que conocía a Trip, que las cosas habían cambiado…

–Lily…

Su voz era tan cariñosa que a ella se le llenaron los ojos de lágrimas.

–No hagas eso. No digas mi nombre –le pidió con voz temblorosa.

El sol se había ocultado detrás de una nube y Trip se puso tenso.

Ella se sentó y apartó la mirada de él. De repente, deseó haberse caído al agua y haberse hundido hasta el fango, donde no había sol ni la sonrisa de Trip.

Volvieron a la casa en silencio, pero nada más entrar en el dormitorio, Trip le preguntó:

–¿Qué pasa, Lily? Cuéntamelo, no puedes dejar de hablarme sin más.

–Tú no me pediste que me casara contigo –le respondió ella en voz baja.

Él frunció el ceño.

–Bueno, eso habría sido extraño, pero lo siento –le dijo, acercándose a ella y tomando su mano–. Pero tienes un anillo y, si quieres, podemos hacernos alguna fotografía enseñándolo. Y puedo pedirle a Lazlo que busque algunos sitios para la celebración.

Fue como despertar de un sueño. Trip le estaba hablando como si fuese una compañera de trabajo o un cliente. Y eso le dolió.

–Ya no importa –le respondió ella.

–¿Qué quieres decir?

–En Italia me dijiste que tenías un plan, que había un momento preciso para anunciar nuestro compromiso. Y yo pienso que este sería el momento perfecto para anunciar nuestra separación.

Él la miró con sorpresa.

–No lo entiendo. ¿Por qué dices eso? Todo va a ir bien, Lily, nadie sospechará cuando nos vea juntos. Pensarán que estamos locamente enamorados…

–Pero no lo estamos, ¿verdad? –inquirió ella, respirando hondo–. O, más bien, tú no lo estás.

Lily esperó con el corazón a punto de salírsele del pecho. Él se pasó la mano por la cara y, después, cuando lo entendió, puso gesto de sorpresa. E incluso antes de que Trip empezase a hablar ella supo que sus sentimientos jamás serían correspondidos.

Y le dolió tanto que quiso hacerse un ovillo, y se sintió pequeña y tonta, como tantas otras veces en su vida.

Él sacudió la cabeza.

–No… No lo estoy… –balbució.

–Por supuesto que no. ¿Te importa encargarte de la declaración? Tú sabes mejor cómo explicar las cosas.

Él se acercó a la ventana y ella fue hacia la puerta, como dos actores en plena acción. Porque eso eran. Y eso era lo único que podrían ser, y aceptarlo hizo que Lily se sintiera fuerte.

–Si eso es lo que quieres –le respondió él con voz monótona, distante.

–Lo que quiero es que me amen. Lo que quiero es compartir realmente mi vida con alguien, no fingirlo para complacer a personas a las que ni siquiera conozco. Y supongo que debería darte las gracias, porque tú has hecho que me dé cuenta de que me merezco algo mejor. Me merezco a alguien que me ame.

–Es cierto –asintió él–. Mira, Lily…

–Solo te pido que esperes a que hable con mi familia –lo interrumpió ella.

–¿Lucas estará bien?

Lucas. Lily había accedido a aquello por él, pero no podía utilizarlo para seguir con Trip en aquel momento. Y, curiosamente, Trip le había hecho darse cuenta de que no debía sentirse responsable de su hermano. Ella lo protegería, por supuesto, pero tenía una familia fuerte y se mantendrían unidos.

Después de un tenso silencio, dijo:

–Voy a recoger mis cosas.

–Le pediré a Lazlo que te organice el vuelo. Supongo que los principales aeropuertos estarán bajo el asedio de los *paparazzi* y he prometido protegerte. Te esperaré abajo.

Ella sintió que le temblaban las piernas. No se imaginaba sin él, pero sería peor, mucho peor, casarse y esperar a que se terminase.

–Gracias –le dijo, cerrando los puños para evitar que le temblasen las manos–. Adiós, Trip. Espero que todo te vaya bien…

Él no la miró. Continuó mirando por la ventana y, de repente, se dio la media vuelta y se marchó. Ella clavó la vista en su espalda, deseó que se girase y la abrazase, que le dijese que la necesitaba en su vida, pero aquello no era un cuento de hadas, así que Trip continuó andando y ella se quedó donde estaba, con el corazón roto.

Capítulo 10

Trip apoyó los codos en la encimera de la cocina y clavó la vista en la pantalla de su ordenador. Eran buenas noticias, las mejores. Winslow acababa de firmar un acuerdo importante y lo felicitaban efusivamente. Ya no necesitaba una esposa para mejorar su imagen, pero no tenía con quién compartirlo.

Estaba solo.

Hacía dos horas que había salido del dormitorio y le daba la sensación de que había pasado una eternidad, pero no podía meterle prisa a Lily. Estaba dándole espacio a pesar de que todavía no se podía creer que aquello hubiese terminado así. Que se hubiese terminado.

Pero no había sabido qué decirle. No se habían comprometido por amor, él ni siquiera estaba seguro de saber lo que era el amor.

Y ella lo había retado, se había enfrentado a él, había estado a su lado durante los momentos más difíciles de toda su vida, pero él no había estado preparado para oír que lo amaba.

Ni para amarla también.

En ese momento se dio cuenta de por qué se sentía tan mal. Por qué sentía náuseas, se sentía roto y vacío. Amaba a Lily.

La deseaba, la necesitaba y la amaba intensamente.

Se dio la vuelta y regresó a la habitación en el corazón a punto de salírsele del pecho.

–Lily, yo…

Pero el dormitorio estaba vacío, lo mismo que el baño y el resto de las habitaciones de la casa. Lily se había marchado. Encima de la mesita de noche había algo pequeño, brillante, el anillo.

Estaba empezando a llover. Lily se cerró la chaqueta y levantó la vista a las nubes antes de cruzar la calle.

Había tomado el vuelo nocturno de Heathrow hasta JFK. Nadie se había fijado en ella y, sorprendentemente, había dormido durante todo el viaje.

Al llegar a su calle, vio su edificio y se sintió aliviada y agradecida. Allí estaría segura. Se sanaría y, después, se enfrentaría al mundo.

–Es ella…

–Lily…

Levantó la vista y vio a varios hombres con cámaras y micrófonos, corriendo hacia ella.

Se quedó inmóvil un instante.

–No voy a hacer declaraciones –señaló, respirando con dificultad.

Entonces, vio a Trip avanzando entre ellos, con la mirada brillante, furiosa. Detrás de él, varios hombres vestidos de traje negro y con gafas oscuras, que crearon una barricada humana delante de los periodistas.

–¿Estás bien? –le preguntó Trip al llegar a su lado.

–¿Qué estás haciendo aquí?

–Te prometí que te protegería –le recordó él, respirando hondo antes de tomarla en brazos y llevarla así hasta el interior de su apartamento.

–Ya me puedes dejar en el suelo –le dijo ella en tono tenso–. Y marcharte.

Trip la soltó y se apartó.

–Siento haberte disgustado. Otra vez. Nunca he querido hacerlo. Y no te llevé a Oxford para que nos vieran juntos –añadió en voz baja–. Jamás haría eso… Tú me has cambiado. Has hecho que vea quién soy en realidad. Estaba muy enfadado, sobre todo con mi

padre, pero tú has hecho que me dé cuenta de que no puedo huir, de que tengo que lidiar con esa ira. Si no quiero arruinar mi futuro.

–No te preocupes por eso. He leído la prensa. Enhorabuena. Estoy segura de que los accionistas estarán encantados de que sigas al frente del negocio.

–No estoy hablando de la empresa, sino de nuestro futuro –le dijo él.

–No tenemos futuro –replicó ella–. Ya te he dicho que no voy a casarme con un hombre que no me ama.

–No, vas a casarte con un hombre que está locamente enamorado de ti –la corrigió él–. Porque te amo, Lily Dempsey. Te amo y te necesito en mi vida, a mi lado.

Ella se quedó sin habla al ver que Trip se arrodillaba ante ella y tomaba sus manos.

–¿Te quieres casar conmigo?

–¿Me lo estás pidiendo?

–Dime que sí, por favor.

–Sí –le respondió ella en voz baja, con los ojos llenos de lágrimas de felicidad.

Él tiró de sus manos para que se pusiese a su altura y la besó.

–Nadie notará la diferencia –le dijo ella con voz temblorosa, buscando su rostro y viendo que Trip la miraba con amor.

–Nosotros, sí –le dijo él–. Nosotros lo sabremos. Quería comprarte otro anillo que demuestre lo distinto que es esto para mí, pero no quería precipitarme. No hace falta. Tenemos toda la vida por delante.

Volvió a abrazarla y aspiró su olor, el olor de la mujer que era todo lo que necesitaba en el mundo.